

Selección RNR

*Cuando aman
las Townsend*

Nunila de Mendoza



Romance Histórico

Selección RNR

*Cuando aman
las Townsend*

Nunila de Mendoza



Romance Histórico



Quando aman las TownsendLa saga de los Townsend 3

Nunila de Mendoza

SÍGUENOS EN

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

NOTA EDITORIAL

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Perú, es posible que encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos. Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existen en el habla hispana. Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la lengua española siempre está disponible para consultas.

PRIMERA PARTE

C APÍTULO 1

— a gordita me gusta más —dijo un obrero riendo y gesticulando a medida que hablaba—. Fuertes brazos, fuertes piernas y mejillas redondas. Bien rellena para que me caliente en el invierno.—A mí me gusta la pequeña, la que renguea —sentenció otro albañil sentado a su lado—, parece una figura de porcelana. En mi pueblo, hay una imagen de la Virgen igualita a ella: rubia, con piel de porcelana y ojos azules, aunque esta señorita Townsend siempre está con la nariz levantada.—Pues para mí —dijo un tercero hablando con la boca llena—, la más bonita es la de ojos verdes, la oscura. Con su cabello ondulado que le llega a la cintura, y es la más amable, siempre saluda.—La gordita nos dio pasteles —replicó el primer obrero.—Porque quería saber nuestra opinión.—Estaban deliciosos —afirmó de nuevo y, riéndose, agregó—: ¡¿Ven?, es la ideal!, sabe cocinar y es gordita buena para el invierno. ¿Para qué más? Los albañiles soltaron carcajadas y, terminando su merienda, volvieron apurados a la obra. Era primavera, época cuando Ian Townsend mandaba a reforzar los cercos de Garden House. «Nada ha cambiado», pensaba un hombre, apoyado en una pared cercana, que había escuchado la conversación de los albañiles. «Primavera, época de reforzar los muros. Katy sigue inventando pasteles y dándoselos a probar a todo el mundo. Amy, con su altivez, y Grace, con esa belleza rara, siempre la más amable, la más sencilla, la más callada y buena. Grace es perfecta... la presa perfecta».

La marquesa de Saxonhurts bajó la escalera principal del gran salón, como siempre, vestida de riguroso negro, aunque hacía más de veinte años que había muerto su esposo. Erguida, majestuosa, irritantemente perfecta, entró a la

L

biblioteca, ordenó al mayordomo avivar el fuego de la chimenea y que se retirara.—¿Qué deseas, Richard? —preguntó la marquesa de manera displicente a su visitante que la había esperado por casi media hora.—Hola, prima —dijo el doctor Gervais, se acercó a ella y la besó en ambas mejillas—. A mí también me da gusto verte.—Sabes que detesto que me saluden así —habló la marquesa limpiándose las mejillas, luego, agregó—: Si has venido a interceder por esos dos, pierdes tu tiempo. Ya lo he decidido, de ninguna manera Julian se casará con esa chica.—Se llama Amy —dijo el doctor.—Amy Townsend, lo sé. Nunca pensé, cuando accedí a que Julian se hiciera amigo del conde de Hamilton, que terminaría en este despropósito.—Elinor, los tiempos cambian. No puedes disponer de la vida...—No dejaré que mi único hijo —lo interrumpió la marquesa— ¿Único? —preguntó el doctor extrañado.—Sí, Richard, no permitiré que mi único hijo se case con una huérfana adoptada, de quien no se sabe cuáles serán sus orígenes y cuánto puede contaminar nuestra sangre. ¿Una recogida será la próxima marquesa de Saxonhurts?, sobre mi cadáver.—Elinor, conozco a Amy, prácticamente, desde que nació. Si la conocieras, si vieras el intento de...—Encima —interrumpió Elinor—, criada por esos Townsend.—Honorables y maravillosas personas.—Excéntricos, locos. La madre, esa lady Violet, podrá ser noble, pero es tan, tan sui generis, siempre dando la contra, rompiendo las reglas, y el padre, dicen que de niño fue un deshollinador y recolector de estiércol. ¿Esos serán los suegros de mi hijo?—Decentes, buenos, trabajadores, amables.—¡Basta, Richard! No consentiré nunca ese matrimonio. ¡Nunca!, me da terror pensar en las taras familiares que tendrá esa niña y que puedan heredar mis futuros nietos.—Te refieres a los casos como los de nuestras primas de Bristol, que veían a Dios en los huevos de pato; llegaron a juntar quinientos en su casa. O quizás hables de nuestra tía abuela y los doce dedos de sus pies. O los primos Gunter con su afición por

pescar dentro del inodoro, ni que decir de nuestro tío Gabriel, que se marchó a África a vivir sobre un árbol, con un gorila.

—Richard.—Hembra, claro, loco, pero no sodomita.—¡Richard! —gritó la marquesa.—Ese es nuestro primo John, que dentro de la casa se hacía llamar lady Jean.—¡Basta!, tú sabes a qué me refiero.—¡No, Elinor, y no te entiendo! —El doctor alzó la voz y, después de unapausa, recobró su correcto temple—. Ya perdiste un hijo por estas tonterías, pero no aprendes. Como te he demostrado, tus temores de taras y deformidades los debería de tener Amy sobre nuestra familia. Nada nos diferencia del resto de mortales, solo que sabemos ocultar nuestros defectos, como nuestro deber de nobles nos obliga.—

Richard, te estimo —habló Elinor también modulando su voz—. Estuviste a mi lado en tiempos difíciles, has sido la presencia paterna que Julian no tuvo, pero no, ese matrimonio es inconcebible, sé que es tu ahijada y la quieres, que para ti, unir a los dos es un sueño, pero para mí es una pesadilla. Mi hijo es el marqués de Saxonhurts, ¿te imaginas el escándalo que será ese matrimonio, cuántas puertas se le cerrarán casado con una plebeya recogida, criada por esos excéntricos Townsend?, no puedo concebirlo, y además es deforme.—Sí —dijo Gervais, suspirando para no perder el control—. Mi Amy tiene una ligera deformidad en su pierna derecha, consecuencia de su nacimiento prematuro.—¿Ves?, lo siento, Richard, sé que adoras a esa joven. —Luego de una pausa, acercándose a él y bajando la voz, agregó—: Hasta hay rumores de que es hijatuya, concebida con una sirvienta, y que, al morir la madre, se la diste a criar a Violet Townsend. La estruendosa risa del doctor Gervais retumbó en la casa.—Los londinenses —dijo aún riendo— y su excesiva imaginación. Todo inglés es un escritor de novelas en potencia.—¿No es cierto?—No, Elinor. Nunca me casé; lamentablemente, nunca he tenido hijos, pero si hubiese sido verdad, sería el padre más feliz del mundo. Amy es un milagro que presencié desde que la traje al mundo y que... casi mato.

—¿Estás segura, Katy? —dijeron Grace y Amy al mismo tiempo. Las tres hermanas hablaban en murmullos en la habitación. Con cuidado, Amy

cerró la puerta para que no oyeran el resto de habitantes de la casa su conversación.—Es la única manera, hermanas, y ustedes me tiene que ayudar —habló Katy de manera muy enérgica, señalando a cada una con el dedo.—Pero papá se molestará —dijo Grace—. Él te dijo que...—Papá —la interrumpió Katy— quiere comprarme una pastelería muy lujosa. Cuando le dije que me habían rechazado como estudiante en el Instituto francés de chefs, habló de comprarlo para que me admitieran.—Eres muy buena cocinera —le dijo Amy a medida que le cortaba las puntas de su cabello—. ¿Por qué quieres que esos tontos franceses tengan que decirte lo buena que eres? Tu madrina, la señora Holms, que en brazos del señor esté, decía que cocinabas hasta mejor que ella, y mamá también.—Pero me falta mucho por aprender —respondió Katy—. ¿Y por el hecho de ser mujer se me negará ese derecho?, no es justo.—Sí, hermana, pero hacerte pasar por hombre —exclamó Grace mientras le ajustaba una tela muy fuerte alrededor del busto— es demasiado hasta para ti.—Soy grande, gruesa —pronunció Katy levantando los brazos y dando vueltas para facilitar la labor de su hermana—, puedo pasar por un hombre, también soy muy fuerte. Este primer curso durará seis meses, si logro hacerlo mejor que ellos, les podré demostrar que tengo derecho de estar ahí. Y ustedes tienen que ayudarme.—Pero...—Yo siempre las he ayudado en sus cosas —habló Katy y las miró muy fijamente—. Cuando te hice pasteles para Julian, para que se los enviaras al internado —dijo señalando a Amy—. Y cuando le pegaba a Randolph y a Josué si te fastidiaban. Apuntó a Grace—. Además, mamá siempre dice que debemos luchar por nuestros sueños, y el mío es este: ingresar a esa escuela de cocina francesa y ser la mejor pastelera de Londres. Si tengo que usar pantalones por unos meses, no importa.—Ponte la ropa —dijo Amy, que traía un traje en sus manos—. Madame Diana se extrañó mucho de mi pedido, entonces me hizo un montón de preguntas; tuve que mentirle y decirle que

Randolph había adelgazado.—Hubieses dicho que era para Josué — comentó Katy y se puso la ropaprestamente—. Me he inscrito como Josué Townsend. ¿Cómo es esto?—Lo hombres se abotonan del otro lado —aclaró Amy—Bueno, ¿y qué dicen? —preguntó Katy con los brazos en jarras y dando

vueltas—, ¿parezco un hombre?—Tienes el rostro muy femenino. — Amy cogió un lápiz de carbón, le engrosó las cejas y le dibujó un esbozo de barba—. Así está mejor.—Papá dirá que... —dijo Grace.— Grace, por favor. —La miró, enojada, Katy.—Ah, está bien —exclamó Grace pensando en todas las veces en que su hermana la había defendido de las travesuras de sus hermanos varones y de algún otro desconocido—. Perdona.—¿Y lo que te dijo nuestra prima Alexandra —mencionó Amy mientras retocaba con el carboncillo las patillas— de enjuiciar la escuela para que tereciban?—¿Y esperar unos cinco años para que me acepten? No.—¿Qué le diremos a nuestros padres? — preguntó Grace.—Que me inscribí en otra escuela —contestó Katy. Sacó un papel de su escritorio—. Y tú, Grace, me acompañaste, aquí tengo la ficha, es Escuela de señoritas, de Miss Elliot. Sí me he inscrito, pero no iré, son esas escuelas donde te enseñan a hervir huevos y a almidonar las camisas de los esposos. Me cambiaré en casa de Letti, ella también se ha inscrito en esa escuela, pero en vez de asistir ahí, irá sus clases de actuación.—Letty también en esto —suspiró, esta vez, Amy—. Su papá la va a ahorcar, y sus hermanos también.—Quiere ser actriz y tampoco la dejan, también está luchando por lo que quiere. No se preocupen, lo hemos planeado muy bien, tal como papá hace las cosas, nadie sospechará.—Papá nunca miente, y mamá menos —dijo Grace moviendo la cabeza—. Ya, no me mires así. Te apoyaré.

«El primer encuentro debe ser casual, perfecto»... Grace salía del instituto para señoritas, donde estaba terminando su educación para maestra. «Desde de niña le gusta enseñar», pensaba el sujeto alto y de hombros anchos al verla salir apurada, recordaba el gusto que tenía por enseñar a sus hermanitos menores a leer, a los hijos de los sirvientes y a todo niño que pisara Garden House. Nunca hubo discusión, a diferencia de sus hermanos, de cuál era su vocación; al

menos ese disgusto Grace no se los hizo pasar a los Townsend. En

realidad, ninguno, siempre fue una niña callada y dulce como la definía su madre, muy noble, a quien buscaban sus hermanos por consejos, por su paciencia y racionalidad. La única preocupación de lady Violet era que su hijamayor fuera muy sumisa, como se lo comentaba a la señora Holms, le preocupaba que fuera tan dócil, «si un mal hombre se cruza en su camino, Dios no lo permita, sería presa fácil; es demasiado romántica y soñadora». Se parecía mucho a su hermano Henry en temperamento. Lady Violet catalogaba el carácter de sus hijos con la edad en que habían sido adoptados: los más grandes, a excepción de Randolph, eran muy tímidos y dóciles, como si temieran dejar de ser amados. Los que llegaron más pequeños eran más seguros de sí mismos, como Katy y Josué, y ni qué decir de la orgullosa Amy. Grace había llegado a Garden House por Ian. Una vez que descubrieron que Henry y Randolph habían sido torturados en el anterior orfanato del que los recogieron, no paró hasta dar con ese sitio. Con la ayuda de los amigos Jean Paul y Vespasiano, expertos en esos temas, haciendo preguntas al pequeño Henry, fueron atando cabos y dieron con el lugar. Esa vez, Ian se presentó ante el regente del hospicio haciéndose pasar como el dueño de una fábrica de textiles de Manchester que necesitaba alquilar niños pequeños para limpiar lugares estrechos de sus grandes máquinas. El lugar, como Violet se lo describiría a la señora Holms, era aterrador. El hombre con su mujer compraban niños a padres necesitados, la mayoría hijos de madres solteras o prostitutas, y, habiendo conseguido permisos falsos, se quedaban con las criaturas para explotarlos, alquilándolos en trabajos pesados hasta matarlos. En medio de la conversación de Ian con el despreciable regente, detrás de un mostrador asomó una pequeña niña de piel oscura y grandes ojos verdes, estaba sucia y arrastraba unos trapos envueltos como si fueran una muñeca. Ian se la quedó mirando enternecido, pero el regente lo entendió de una forma perversa y le dijo que no le gustaba

tener niñas, pero que esta era muy rara, que sería muy exótica en un par de años, «me hará ganar mucho dinero, ano ser que usted quiera...». El hombre no terminó de hablar, y esas fueron las últimas palabras que dijo en su vida con la dentadura completa. Townsend lo tomó de la cabeza y lo estrelló contra la mesa tantas veces que le rompió todos los dientes delanteros. Cerró el lugar, denunció a los encargados, que pasarían décadas en prisión, por el abuso cometido a tantos niños y por la desaparición de muchos bebés. Markus Holms recordaba la tarde en que había llegado Grace a Garden House; era pequeña, de pelo ensortijado, delgadita y con una mirada asustada. lan

Townsend había entrado a la cocina con la niña cargada, se había acercado donde lady Violet, quién cocinaba con su madre, y le había dicho: «nuestra hija». Se la había puesto en sus brazos y, sin decir más, se había marchado. Desde ese mismo instante, Grace fue una Townsend; lady Violet, emocionada, se la enseñaba a su madre diciéndole: «señora Holms, mire qué hermosa hija tengo». La niñita, asustada, no hablaba, se limitaba a abrir sus ojos y dejarse abrazar y besar por su efusiva madre; lo había hecho casi después de tres días, cuando Violet estaba escogiéndole nombre, casi en murmullos: «mamá, me llamo Grace». Grace desde ese entonces fue el centro de atención del hogar; con sus cuatro añitos, inmediatamente se convirtió en la engreída de todos. Cargada de vestidos traídos por la tía Helen; la princesita de los Alfreds, «su primera nieta»; la adoración de tía Gloria, que por ella comenzó a alargar sus vacaciones en Garden House. Ian, quien recordando el trapo que cargaba como muñeca, llenó una habitación de juguetes hasta que Violet dijo: «basta, me la vas a malcriar», cuando ella era la que más la engría. La niña se acurrucaba en las faldas de su nueva mamá todo el día, siendo la cocina donde más tiempo estaba, callada y mirando todo a través de sus hermosos ojos color esmeralda. Markus Holms tendría doce años, pero recordaba el día que la vio por primera vez como si fuera ayer. Esperó el caballero buen tiempo parado en una esquina; como siempre, lo tenía todo planeado al milímetro. Era su sello personal planificar las situaciones, organizar en su mente los pasos a dar y anteponerse a las reacciones de sus posibles adversarios o víctimas. Era hábil en extremo, si tan solo...—¿Entendiste lo que te dije? —preguntó Markus.—Sí, amo —respondió el niño pecoso, tirando al aire la moneda que él le había alcanzado. Grace aguardaba en la esquina su carruaje, cuando de repente el mocoso le arrancó la bolsa. Ella gritó asustada y vio a un hombre correr tras el niño. A los pocos minutos, apareció de nuevo el hombre con su bolso y agitado por

lacarrera.—¿Está usted bien? —le preguntó Grace al joven.—Sí.—
¿El niño?, no lo lastimó, ¿verdad?, es muy pequeño.—No, señorita,
no le hice nada, solo recuperé su bolso.—Ah, sí, muchas gracias,
caballero. Su nombre, por favor.—Markus Holms.

Al instante de pronunciar su nombre, Grace alzó la cara y se lo quedó mirando con detenimiento, hasta puso la mano sobre sus ojos para que el sol no le estorbase la visión—¿Markus Holms?, eres el hijo de la señora Amanda Holms. —Sonrió dejando ver una linda sonrisa—. Soy Grace, Grace Townsend, tu mamá y mi mamá fueron grandes amigas.—¡Claro! —expresó Markus con una fingida sorpresa—. Grace de Garden House. Nos conocemos desde niños, ¿cómo están tus padres y tus hermanos?—Bien, gracias. Entonces Grace despidió el carruaje y ambos jóvenes se fueron caminando y conversando hasta la casa. Grace le contó todo de su familia, a la vez que Markus lo hizo de su vida, desde que había dejado Garden House a los diecisiete años, cómo se había embarcado en la marina mercante igual que sus hermanos mayores. Le contó también de la vida de cada uno de ellos; el mayor estaba en Irlanda, casado y con cinco hijos, y el segundo, en América, donde ejercía como ministro de una iglesia presbiteriana, también casado, con tres hijos.—Quise mucho a la señora Holms —le dijo Grace muy dulcemente—, para todos nosotros fue como una segunda madre, sobre todo para mamá. Lloré mucho cuando supo que había muerto, se suponían que eran unas cortas vacaciones en Irlanda.—Si —dijo Markus interrumpiéndola—, su corazón estaba cansando de trabajar tanto. Se fue a dormir y no despertó, eso me contaron mis hermanos. Yo, en esa oportunidad, estuve por Holanda embarcado, me enteré por carta meses después. —¡Oh, Markus, cuánto lo siento!—Así es la vida —aclaró Markus en un gesto compungido; luego, sonriendo, agregó—: ¿Y tú, Grace?, si de niña eras bonita, ahora estás mucho más hermosa.—Gracias —respondió la muchacha, sonrojándose—. Ya llegamos, qué corte se ha hecho el trayecto. Entra, por favor, para que saludes a mis papás y mis hermanos. Les dará mucho gusto saber de ti. Markus le dio su disculpa ensayada diciéndole que para otra oportunidad, el trayecto, aunque muy agradable, lo había retrasado en otros asuntos urgentes

desu trabajo, pero prometió visitarlos un día de estos. Vio entrar a Grace y se cuidó mucho de que nadie lo viera, sobre todo Ian Townsend. Aún no.

—Siéntate y escucha mi historia —dijo el doctor Gervais a su prima—. Y comprenderás por qué me une un lazo más allá de la sangre con la pequeña Amy. Por favor, Elinor, me lo debes... Hace diecinueve años, yo me había hecho ya amigo de los Townsends, habían adoptado cuatro niños y con frecuencia solicitaban mis servicios, aparte me habían contratado para atender el tópicodel orfanato que ellos mantienen. Dos veces a la semana, lady Violet, a pesar de sus múltiples ocupaciones, me ayuda en la tarea de asistir a esos desafortunados niños; es una gran mujer, no lo dudes, Elinor.» Una noche, hubo epidemia de sarampión y se quedó más tarde de lo previsto, ayudándome, cuando nos pasan la voz de que una niña se había desmayado en la puerta del orfanato. Acudimos a verla, no era una niña, pero sí una mujer muy joven, estaba gestando un embarazo bastante notorio y sangraba profusamente entre sus piernas. La atendí con ayuda de la señora Townsend... La jovencita hablaba en una lengua extraña, húngaro quizás, no sabría decirte, estaba muy mal, el embarazo no era a término y ya sentía los dolores, además, había perdido mucha sangre. Recuerdo vívidamente esa noche, en el dispensario estábamos solo ella, lady Violet y yo. La mujer musitaba nerviosa y gesticulaba mientras se tocaba el vientre, suplicando. Nunca supimos qué idioma hablaba, pero sí entendimos su desesperación y dolor. En un momento de sus súplicas, lady Violet le tomó la mano, comenzó a besarla en la frente, la consoló y le dedicó palabras tranquilizadoras. «Estarás bien, estarás bien», le decía a la joven, aunque quizás no comprendía las palabras de Violet, estas sí la fueron calmando, sobre todo cuando le dijo: «Yo cuidaré de ti y de tu hijo, no te preocupes, te lo prometo». Empezó la labor de parto, nació la bebé, inmediatamente, la madre murió.» Era tan pequeña la recién nacida. Une tus manos, Elinor, sí, ese tamaño tenía y casi no respiraba. Como te dije, habíamos tenido una epidemia de sarampión y tenía tres niños moribundos. Me lavé las manos,

mandé llamar a un ayudante del hospicio y le ordené que dejaran a la niña, que moriría en unos minutos, al lado de la madre y que luego las llevaran a enterrar. Abandoné la habitación para ver mis otros enfermos. Pasaron las horas; cuando regresé al dispensario, lady Violet se había ido, no sin antes disponer que enterraran a la joven desconocida en el cementerio de su familia, y además se había llevado a la bebé aún viva. Con mucha curiosidad, fui al día siguiente a su casa, recuerdo que encontré a Randolph y a Josué..., sí, sus hermanos, sentados delante de la puerta principal, con unas espadas de cartón. Cuando les pregunté a quién esperaban, me dijeron

que a un ángel, que su madre les había dicho que su hermanita, que había traídola noche anterior, iba a morir porque era muy pequeña y que un ángel se la llevaría pronto. Ellos estaban en la puerta para matarlo y que no se llevara a su hermanita.» Lady Violet es una persona muy especial, Elinor, y muy sensible. Hacía unos años había perdido dos bebés en embarazos truncanos, yo fui testigo de esa época, el último le produjo una depresión muy grave. Tenía miedo, como su esposo el señor Townsend, de que la muerte de la niña, que ya había tomado posesión como su hija, la afectara. «¿Sabe que va a morir?», le dije mientras la veía acunarla en su pecho y dándole leche con un gotero. «Lo sé, doctor», me respondió, «pero no podía dejarla ahí. Si va a morir, que sea en los brazos de su madre. Mi hija va a morir, pero no sola». Miré entonces a su esposo, Ian Townsend, que suspiró, entornó los ojos, subió los hombros y se turnó con su esposa para acunar a la bebé. Por esos días, yo tenía un viaje programado que me llevaría fuera de Londres por varios meses, así que me despedí de la familia Townsend y partí. Cuando regresé a Londres, al primer lugar al que me dirigí fue a Garden House... Sí, su casa, tenía miedo de que la muerte de la niña hubiese producido estragos en Lady Violet.

C APÍTULO 2

Cuando Katy anunció que quería ser Chef, nadie se sorprendió, y lo había

dicho cuando tenía siete años, lo había repetido a los doce y, luego, a los diecinueve, cuando agregó que se especializaría en pastelería, tampoco a nadie sorprendió. Esa niña Townsend había nacido para cocinar y comer. Katy había llegado a Garden House por el doctor Gervais, que se apareció en la casa un calurosa mañana de verano con ella en brazos, tuvo una conversación con lady Violet de unos minutos y, cuando Ian Townsend llegó de trabajar, se dio con la sorpresa que tenía una hija más, de casi dos años, la misma edad que ya tenía Amy en ese entonces. A diferencia de los otros niños Townsend que inmediatamente se habían pegado a la mamá, Katy lo hizo al papá; donde estaban, ella tenía que estar. Perseguía a su mamá en la cocina o por la casa durante la jornada, pero era escuchar a Ian cruzar la puerta y parecía que el resto del mundo dejaba de existir, lloraba hasta que él la tomaba en brazos y solo en ese momento se tranquilizaba. Con el pasar del tiempo, comenzaron a compartir, padre e hija, los mismos gustos en comidas, lecturas, bromas, hasta tenían la misma manera de reír y la debilidad por los pasteles de madame M. Cuando comenzó a crecer, quiso hacer sus propios pasteles y al primero que le hacía probar era a su papá, quien los saboreaba y exaltaba su sabor, calificándolos como los más fabulosos del mundo, aunque fueran harina cruda y arroz. Katy, un nombre pequeño y dulce, pero ella nunca lo había sido, siempre fue más grande y robusta que sus hermanas. Con tan solo nueve años ya era más alta que su madre, de espaldas anchas y brazos gruesos; parecía que no hubiera ropa que le resistiera un par de semanas siquiera. Tenía tanta fuerza como sus hermanos varones, siendo la

única que podía tumbar a Randolph de un abrazo. Nunca fue nada femenina, para horror de la tía Helen y de tía Gloria, se divertía más aprendiendo a eructar el abecedario que en sus clases de andar como una dama .

También le había costado mucho aprender a leer, Violet lo había asociado a un problema de la vista. Gervais lo confirmó al traer a la casa a un oftalmólogo muy reconocido para comprobar que tenía un defecto llamado dislexia, pero para compensar esa dificultad tenía una memoria prodigiosa, incentivada por su deseo de aprender recetas nuevas y memorizarlas. Cuando comenzó a desarrollar, ya acercándose a la adolescencia, en vez de preocuparse de mejorar su aspecto físico, que ahuyentaba a los hombres, y mostrar sus otras virtudes, como su generosidad o su sentido del humor, o aprender a destacar sus atributos físicos, como su linda sonrisa y sus siempre sonrojadas mejillas, comenzó a pensar en otras cosas, para ella, más importantes. Sacó como conclusión que no era romántica ni soñadora como sus hermanas, ella era práctica, sería una gran Chef que tendría su propia pastelería y punto. No estaba en sus planes casarse, no era bella, no era sofisticada ni delicada, no era lo que un hombre podría desear como esposa y no estaba dispuesta a comprar un marido. Sería la tía que engordaba a sus sobrinos. Katy, como decía Violet, era la versión femenina de Randolph, aunque un poco más juiciosa, igual de despreocupada.—¿Y cómo te fue?—Tuve que tener cuidado de no ir al baño —respondió Katy agitada—, pero aparte de ello, todo perfecto, nadie del instituto sospechó siquiera... y eso que los chefs se me acercaron mucho, un subchef alabó mis grandes manos... Fue divertido engañarlos. Los hombres, cuando están solos, hablan muchas groserías, pero soy hermana de Randolph y no fue problema para mí ponerme a su nivel.—Tengo miedo, Katy, si nos descubren...—¡Oh, Grace, es tal como lo había imaginado! —dijo Katy tomándola del brazo para luego darle un abrazo—. Los cocineros franceses son tan exquisitos, temperamentales. Si la salsa no tiene su punto, te la arrojan a la cara, así está caliente. Si el pescado no está fresco, sale volando por la ventana; si no tienes tus mangas limpias, te insultan con las peores groserías. Son tan excéntricos; mientras

cocinan, gritan, se lamentan, aplauden, lloran; gozan tanto con lo que hacen, por eso son tan buenos. El ser tan dramáticos los convierte en unos artistas.—Como ese amigo de mamá —dijo Grace—. El señor Patrick.—Sí, exacto. Verlos cocinar es ver a un artista creando una obra de arte. Me gritan mucho, pero nunca me intimidó. Los veo de frente, sin bajar la mirada, digo: «sí, chef». Grace, tienes que ayudarme a memorizar más recetas, por supuesto, todas en francés. Hoy aprendimos formas de escalfar un huevo o,

mejor dicho, puf poché . ¡Soy tan feliz, hermana!

Grace se quedó toda la tarde encantada con la agradable conversación que tuvo con Markus, quiso comentarlo con sus hermanas, pero ese día a Amy le habían contado que la madre de Julian se oponía a su noviazgo, lo que desató el llanto desesperado de su hermana. Katy estaba siguiendo adelante con su plan de hacerse pasar por hombre en ese instituto de alta cocina y estaba preparándose para un examen. Llevaba cortando un balde de cebollas; reloj en mano, contaba cuánto se demoraba. Olía tan fuerte la cocina, toda la casa y ella misma, que Grace no tuvo tiempo de acercársele en toda la tarde. Aparte, Randolph había tenido una discusión muy fuerte con su padre sobre su permanencia en el ejército, diciéndole que no era lo que esperaba, que se aburría. Ya Josué había insinuado que dejaría la carrera de medicina por el ejército, así que estaba la casa hecha un polvorín esperando que se encendiera la llama, con mamá siempre en el medio. Ian, furioso por la inestabilidad de sus hijos, discutía con su esposa. Con tía Gloria, a pesar de quererse tanto, era penoso hablar con ella estas cosas. Henry nunca estaba, siempre ocupado en aprender todo lo concerniente a los negocios de la familia, ni se asomaba por la casa. Entonces decidió guardar el secreto solo para ella. Nunca había tenido una conversación tan agradable con un joven por tanto tiempo, Markus Holms era verdaderamente encantador, educado y muy apuesto, «que bueno que no es casado», pensó. Luego, sonrió y se dijo: «y qué te importa si es casado, no te está cortejando, tonta». Grace no había sido cortejada nunca seriamente, tenía ya la avanzada edad de veinticuatro años y nunca había tenido un pretendiente formal; mamá decía que por su mortal timidez; papá, porque era una dama inteligente que prefería leer a estar en bailes; Amy, porque no le gustaba la moda y arreglarse. Pero Grace sabía, aunque todo se lo

negaran, que era por su tono de piel. Mamá le había dicho desde pequeña que seguro tenía ascendencia india, parecía una diosa hindú de una ilustración; el doctor Gervais, que encajaba más con las princesas árabes, y su padre, que quizás tenía algo de sangre de una reina africana. Fuera como fuera, diosa, princesa o reina, era oscura, ya era una cruz pesada ser una recogida, ya era otra forma parte de los excéntricos Townsend. Aunque estaba destinada para ella una jugosa dote, muchos candidatos no había. Cuando tuvo dieciséis años, un viudo bastante mayor la había visto en una feria donde paseaba con sus hermanas y quiso pedir su mano, se presentó a ella como un mercader adinerado

a quien le gustaba ese tipo de mujeres , agregando que haría bien en aceptar su oferta de matrimonio porque una mestiza no tendría muchas oportunidades de casarse . Ofendió tanto a Ian Townsend con esa propuesta, que lo arrojó de su casa de un fuerte puntapié en el trasero. Pero ella había escuchado la infame petición de matrimonio y desde ese instante había tenido recado en no hacer senotar para no avergonzar a su familia. No le cabía duda en su corazón que todos la querían mucho, demasiado, pero se había acostumbrado a ser invisible y, sin nunca casarse, no importaba, tendría su propia escuela, sería una excelente maestra para sus niñas; además, tenía a su familia.—Y tú, Grace —le dijo Katy mientras esta la ayudaba a cambiarse sus ropas de hombre—, ¿qué tal tu día?—Bien —respondió Grace.—Estás muy pensativa. ¿Todo está bien en la universidad?, ¿alguien te está molestando? No estará Randolph, pero aquí estoy yo, dime si hay alguna atrevida o atrevido y verás cómo lo pongo como zapatilla usada...—Oh, Katy —le dijo Grace riendo—, ya no tengo doce. Y tú eres mi hermana menor, yo debo ser quien te proteja. ¡Ay, Katy! ¿No sé cómo terminará esta locura tuya?—¿Cómo va a terminar? Bien. Yo graduada con honores, como la mejor Chef pastelera de Londres. —Tomando las manos de su hermana, comenzó a darle vueltas como niñas—. Tendré la mejor pastelería de Inglaterra, ¡qué Inglaterra!, ¡de toda Europa! Los franceses vendrán a hacer cola en mi puerta para que los atiendan, pero yo lo haré con cita, si me da la gana, querrán robarse mis recetas y me pelearé con ellos a los puños y sartenezos. Grace reía mientras abrazaba a su hermana.—¡Ay, Katy!

—Cuando llegué de mi viaje, Elinor, inmediatamente me dirigí a Garden House—continuó Gervais con su relato. Riendo, dijo—: De nuevo, Randolph y Josué en la entrada de la casa, pero esta vez castigados mirando la pared, habían enredado el cabello de su

hermanita Grace con ramas y bichos, la niña lloraba elan Townsend, desesperado, trataba se desenredárselo mientras amenazaba agritos a sus hijos con mandarlos a una escuela militar. Un día típico en casa delos Townsend. Estaban tan concentrados en sus cosas que apenas me saludaron,entonces escuché el llanto fuerte de un bebé y lo seguí hasta dar con él. Pensé

que los Townsend habían adoptado a otro niño. Encontré a la señora Holms, cocinera, acunando a un bebé grande, hermoso, de cabellos rubios y ojos azules. «Otro bebé adoptado», pensé, cuando entró lady Violet con un biberón y pronunció: «Ya está, no llores. Ya lo enfrié». Se sentó en su mecedora y la señora Holms le puso al bebé en su regazo. Cuando Violet le dio la mamadera, recién la bebé se calmó. La señora Townsend me saludó muy cariñosa como siempre, y pregunté, entonces, por la bebé y cuánto hacía que la habían adoptado. Cuando me dijo: «Es Amy, ¿no recuerda, doctor?, usted la trajo al mundo en el orfanato». ¡Oh, Elinor!, ¿cómo explicarte lo que sentí? En ese momento, la habitación dio vueltas a mi alrededor, era Amy, la bebé prematura que casi no respiraba, que yo había mandado a dejar al lado de su madre muerta, para que muriera. La niña, que yo había predicho que no viviría más de unos minutos, estaba ahí tomando un biberón con ansia, jugando con los cabellos de su mamá. Lady Violet me decía que estaba bien, que un par de veces, los primeros días, le dio grandes sustos, y comenzó a contarme que había notado que su pie estaba un poco torcido, que lo estaba envolviendo con ramitas de junco por recomendación de la señora Holms. Yo no escuchaba sus palabras, solo veía una hermosa bebé, a quien yo había, prácticamente, condenado a la muerte, me preguntaba angustiado que habría pasado si lady Violet me hubiese hecho caso y dejaba a la bebé al lado de su madre, a esperar la muerte. ¿Con qué derecho yo había dispuesto la vida de un ser humano? ¿Tanta había sido mi soberbia? Me había sentido un Dios que decide quién vive y quién muere. Me dejó unos minutos a la niña a mi cuidado, para que la revisara, mientras iba por otra mamadera. «Esta ya se enfrió — me dijo—. Mi hija debe tener sangre real porque no acepta nada ni frío ni caliente, es una bebé muy exigente». Cuando regresó lady Violet, me encontró llorando, abrazado a la niña, pidiéndole perdón por la atrocidad que había cometido. Ella se asustó mucho de

micomportamiento. No soy de llorar, tú me conoces, pero al ver esa niña... yo...me sentí tan despreciable, tan... ¿Ves, Elinor?, mira mis manos cómo tiemblan, hasta ahora me conmueve de solo contarlo. Lady Violet me llamó la atención, porque estaba asustando a su hija, traté de explicar la infamia que había cometido, pero no quiso escucharme. «Doctor —me dijo— es usted uno de los hombres más buenos que conozco y, aunque sea agnóstico, sé que irá al cielo por todo el bien que hace a tantos niños». Me hizo luego prometer que nunca hablaría de nuevo de ese tema. Desde ese día, Amy se convirtió en el centro de mi vida, Elinor, verla crecer, verla vivir era un milagro y una declaración

ferviente de mi vida anterior, de nunca más atreverme a ser Dios. Y Amy creció como una niña feliz, amada, tan protegida. Tenía la obligación de estar con ella. Quiero a todos los hijos de los Townsend, son muchachos maravillosos, pero Amy es... es mía, parte de mí. La he visto convertirse en una mujer íntegra, inteligente, hermosa, algo orgullosa, y también enamorarse. Si hay un responsable de ese amor entre tu hijo y ella, lo admito, soy yo.

—Hoy fui la primera en deshuesar el pato, limpio, sin ningún desgarró. El subchef me felicitó —les contó Katy a sus hermanas—. Me acordé de las lecciones de la señora Holms. ¡Oh, mi santa madrina!, estaría tan orgullosa de mí. Todo saldrá bien, Grace; Amy, no me tuerzas la boca. No se preocupen por mí, tengo todo controlado. Estoy contabilizando mis puntajes y, hasta el momento, soy la mejor. Me esfuerzo mucho, soy la que llega más temprano, la más ordenada y, modestia aparte, tengo ese don, como dice madre, mi paladar es bendito. Solo hay un enano, de Helstone, que me hace competencia. Si lo vieran, siempre está espíandome para ver cómo lo hago tan bien. Llegó diciendo que había cocinado dos años en el Rules Restaurant. ¡Ja! Yo he cocinado quince en la cocina de la señora Holms y lady Violet. Hubiese puesto eso en mi hoja de vida. ¿Y saben cómo le gano?, es que soy fuerte, tengo manos grandes, mientras él con sus manitas de gato. Se demora diez minutos en amasar la mezcla de un pie; yo, en cinco lo he logrado... ¿Cómo se llama el enano?... No lo sé... Llamémoslo «Gatito».

Markus se regodeaba de su gran avance. «Perfecto, todo está saliendo perfecto. Es aún más hermosa de lo que imaginé, tan dulce e inocente; será fácil enamorarla. Pero debo ser más cuidadoso, la Townsend casi me ve. Me olvidé decirle a Grace que no comente que me vio. Mañana, mañana se lo digo». Markus hacía planes, era un

joven, ya un hombre, que, como alguna vez le había dicho su madre, nunca sería feliz. Siempre envidiando lo que no tenía, siempre deseando lo que no podía tener, sentimientos que le impedían disfrutarlo que si poseía. Se lo había dicho su madre la vez que lo vio mirando a los niños Townsend; ese día, Ian le había comprado a su hijo mayor Henry, por sus excelentes calificaciones en el instituto, un bonito caballo pura sangre. Todos reían en la casa, sus hermanos menores, el resto de la servidumbre, incluidos su

madre y sus hermanos, porque el amigo Henry no llegaba a los estribos, pero Markus no hacía como los otros, miraba serio y, en un descuido, su madre lo había oído murmurar: «que suerte tienen esos bastardos recogidos». Ella se indignó mucho al escuchar decir esas palabras al menor de sus hijos, se lo llevó de las patillas a su habitación, donde le dio una gran bofetada y le soltó que era un malagradecido. Desde ese momento, en Markus se gestó un resentimiento silencioso en contra de los Townsend, todo se convirtió en una ofensa para él: las fiestas de los cumpleaños, los regalos de Navidad, los colegios privados. «Tanto para unos recogidos». Cada demostración de lujo era un recordatorio permanente de lo injusta que era la vida para él, el hijo de la cocinera. Aunque sus hermanos mayores y su madre solo vieran bondad en sus patrones, él solo distinguía injusticia. Su madre, siempre recriminándolo, le hacía notar que especialmente la señora Townsend había sido muy generosa con ellos, en darles acogida a ella con sus tres hijos, en una casita construida especialmente para los cuatro, ayudando a sus hermanos mayores en la educación. ¿Por qué no era igual de agradecido que sus hermanos? Pero Markus no entendía, solo sabía que él no había tenido suerte en la vida, como esos chicos Townsend. Cuando llegó a la adolescencia, se volvió aún más rebelde y resentido, hasta había empezado a hurtar cosas en la casa. Al principio, la señora Holms lo reprendía, teniendo cuidado en reponer lo robado, hasta que fue incontrolable. Entonces ella misma le habló a la Townsend para que lo echara de la casa. Lo hizo, aunque tuvo mucha pena por la amable cocinera. Le dio una considerable cantidad de dinero a Markus, le pagó el curso completo para gramete, si asistía o no era su problema, y lo despidió en silencio, sin que se enteraran los de la casa, por pedido de la señora Holms que quería evitarse esa vergüenza. Así que ese secreto se quedó en ellos tres; muerta la señora Holms, aún solo lo sabían Ian y él.

—Ha amado a tu hijo desde pequeña —habló, emocionado, Gervais—. Desde esas primeras vacaciones en que Julian pasaba con los Townsend. No digas eso, fue una bendición tener amistad con ellos, tu hijo es un hombre bastante sano y normal porque vivió parte de su infancia en Garden House, no es uno de esos estirados snob que se ven por ahí entre los nobles. Estás orgullosa de ello, no finjas conmigo, y en parte... claro por la formación que le diste, pero también por los Townsend y lo sabes. ¿Recuerdas cómo se esforzaba por estar en el cuadro de honor del internado para que tú lo dejaras pasar los veranos en Garden

House? Allí aprendió a compartir, a ser generoso... Sí, también a decir groserías, pegarse a los puños y comer pastel hasta que le doliera el estómago. Disfrutó suniñez, Elinor... Sí, y también conoció a mi Amy. Recuerdo cuando llegaba acasa, las niñas lo atendían con esmero, pero especialmente ella; lo miraba comoun príncipe salido de un cuento de hadas. Aunque él solo se dedicara a jugar con los varones y hacer travesuras, ella solo tenía ojos para él. Un día, Amy, aún niña, veía desde la terraza a Julian y a sus hermanos jugar, se sentó a mi lado y me preguntó: «Padrino, ¿qué es eso de que Julian es marqués, qué es de especial?». «Un título nada más», le dije. «¿Pero puede casarse con alguien que no sea noble como él?», me volvió a preguntar, a lo que contesté: «Claro que sí, tendría que pedir licencia, pero debe ser una joven preparada para el alto honor de ser marquesa». Esas inocentes palabras marcaron la vida de mi Amy. Siempre nos preguntamos por qué, a diferencia de los otros niños Townsend, mi ahijada se había dedicado con tanta decisión a ser una dama de sociedad. Enloquecía a la querida tía Helen con las clases de modales y etiquetas. Sí, Elinor, esa Helen. No es una mala mujer, es simplemente, como dice lady Violet, una mujer adelantada a su tiempo... Sí, es divorciada... ¿Te acuerdas de tu marido, Elinor? Ella tuvo el valor que tú no tuviste, eso es todo, no esperó que muriera el desgraciado para deshacerse de él. Bien, ¿en qué iba...? Sí, vive hace años con él, sin casarse, con el irlandés... Estábamos en... Ah, sí, mi Amy se volvió su discípula más disciplinada, todo lo quería saber, tenía la meta de ser la dama perfecta. Aparte de su educación formal, las chicas Townsend se han educado en casa con los mejores profesores particulares, son muy cultas e inteligentes... Lady Violet detesta los internados, negoció con Ian, su esposo, accedió a enviar a los varones, pero las niñas estudiaron en casa. No luchó mucho, Ian es un padre amoroso y sobreprotector con esas niñas, no escatimaron en darles la más exquisita educación. No temas, Elinor,

Amy jamás te avergonzará, ha estudiado Historia, Literatura inglesa, Aritmética, Ciencias Naturales, francés, alemán y algo de griego, con los más distinguidos tutores. Ella pidió, además, aparte de las clases que le daba Helen, clases de moda, canto, piano, baile... Sí, baile... Sobre esto último, claro, había el percance de su ligera cojera. Ian Townsend la hizo ver por muchos doctores, usamos novedosos métodos con ella y mejoró bastante, pero no del todo. Vino entonces la otra parte, la de enseñarle a quererse a sí misma tal cual es. En eso, los Townsend no tienen problemas, padres más amorosos jamás he visto. También la marcaron las palabras que le escuché decir a Helen. Un día, la encontré llorando, llamándose a sí misma fea por su cojera. Su cariñosa tía la

tomó en brazos y, dándole muchos besos, le dijo: «No serás nunca una primaballerina, pero te enseñaré a brillar de tal manera que, cuando se den cuenta de tu limitación, sonreirán diciendo que es una más de tus gracias». Crecía mi preciosa ahijada, destacaba sobre todo en la pintura, ¿viste los retratos que le he hecho a Julian? ¡Ah!, los de pies de pato... Muy gracioso... Te contaré luego por qué lo pintó... Bueno, destacaba especialmente en la pintura. Qué pesada eres... Bueno... Amy siempre les hacía retratos a los muchachos de la casa para que se los enviaran a sus novias, eran sus hermanos, y eso no le molestaba a mi ahijada, pero un día, Julian, viendo un retrato que Amy le había hecho a Josué, ese muchacho es tan enamorado como Randolph, le pidió que le hiciera uno para enviárselo a una muchacha que estaba cortejando. Ya te imaginas cómo se ofendió Amy. Prestamente, lo hizo, pero no se dio cuenta de que lo había dibujado con pies de pato hasta que la muchacha, a quién se lo envió, se lo devolvió a tu hijo muy ofendida. Lo que pasó fue que esa chica tenía el sobrenombre de Ana la pata por sus pies muy anchos... ¿Te acuerdas de ella? Es la hija de Lord... Sí, ella... Fue muy gracioso. El tonto de tu hijo no se dio cuenta del detalle de sus pies hasta que le devolvieron el dibujo... ¿En qué estaba?... Sí... ¿Lo guarda aún?... ¿No te dije?, tiene talento... Ya, no me distraigas. Entonces llegó la hora de escoger su profesión; como los otros niños Townsend, todos deben de tener una: Henry es abogado; Randolph, después de pasar por muchas carreras, desde boxeador a saltimbanqui, se decidió por el ejército; Josué, médico; Grace, profesora; Katy, chef. Todos pensaron que Amy sería pintora, tiene el arte, sensibilidad y disciplina, hasta pensamos en escuelas del extranjero para perfeccionar su talento, pero mi Amy dijo que no, que no tenía intención de estudiar fuera del país, que ella ya tenía otros planes para su vida. Sus padres, consternados, pidieron mi ayuda para que hablara con ella y la convenciera. Recuerdo ese día, tuvimos

una larga conversación en la terraza, entonces descubrí su gran secreto cuando me dijo: «Amo la pintura, pero amomás... otras cosas». En esa pausa, me di cuenta de que miraba a Julian, quien paseaba con una jovencita por los jardines de la casa. Henry los había invitado junto a otros amigos a tomar el té. Mi ahijada se secó una lágrima y partió a la carrera a su cuarto. Mi Amy estaba enamorada de Julian. Primero, me sorprendí, pero luego me alegré, ¿no sería estupendo que los jóvenes que más quiero, a quienes he visto nacer, crecer, se unan? Cuando digerí la idea, se volvió una causa noble, justa, y te lo confieso, mi más caro anhelo: unir a esos jóvenes. Sin decirle a Amy que había descubierto su secreto, me convertí en su gran aliado

para hacer que Julian se fijara en ella, pero tu terco y despistado hijo fue un hueso duro de roer. Miraba a las niñas Townsend como sus hermanas, era cariñoso, protector y las mimaba a todas por igual, como sus hermanitas menores. A pesar de que desde pequeña Amy se deshacía en atenciones para Julian. Cuando llegaba de visita, lo atendía con tal esmero, persiguiéndolo por toda la casa, atenta a cualquier cosa que pudiera necesitar; cuando partía, le bordaba sus pañuelos, atormentaba a Katy y la señora Holms para que le hicieran Julian los dulces que más le gustaban; le hacía dibujos de Garden House, siempre se pintaba en ellos, para que no sintiera nostalgia. No obtenía, sin embargo, de Julian más que un beso en la frente o un jalón de sus trenzas. Salió tu hijo del Internado, entró con Henry a la universidad y seguía sin notar a la hermosísima y maravillosa mujer en que mi Amy se había convertido.

C APÍTULO 3

— hermana —dijo Amy—, si eres feliz, yo soy feliz, y papá comprenderá al final.—Muy feliz —expresó Katy sonriendo ampliamente—, le gané al Gatito otra vez. Ya se está haciendo costumbre, es que repostería es mi gran talento. Ayúdame con la faja... Aunque a veces me siento mal. El pobre Gatito ahorra mucho tiempo para poder pagar el instituto, vive en un cuarto alquilado, trabaja en las tardes, en cambio, yo pagué el curso completo en una cuota, puedo practicar en casa, comprar todos los ingredientes que requiera y echarlos a perder. No solo él, hay muchos otros que ahorran hasta lo que queda en el fondo del saco de harina. A veces me siento mal, no por hacerme pasar por hombre, sino por... No sé cómo expresarlo.—Porque eres rica —dijo Amy mientras le despintaba sus patillas—, te sientes mal por tener dinero. Pero estás compensando la balanza: eres rica; ellos son hombres.—Sí, aunque me da pena Gatito y otros chicos del instituto. Algunos son de muy lejos, hay hasta casados que han tenido que dejar a sus familias para venir a Londres a estudiar. Y yo que pensaba que era la única que tenía sueños, todos luchan por lo que quieren, pero la pelea es más fuerte cuando eres pobre. Es tan triste no tener que comer, tener hambre. Me imagino las largas caminatas de Gatito con sus zapatos viejos para ahorrarse los pasajes, y no puedo ni pensar cuando llegue el invierno. En fin... me he hecho amiga de todos.—Josué Townsend se ha hecho amigos de todos —le aclaró Amy—. Cuando se enteren que eres mujer, la que se va a armar, que les ganó una mujer.—Hmmm. Cuando termine el curso, con suerte, sucederá cuando termine el curso.—¿Dice papá que qué comeremos hoy? —Entró Grace a la habitación donde

H

estaban sus hermanas—. Está encantado con tus recetas, Katy, dice que mandará una carta de felicitación a la escuela de Miss Elliot por todo lo que te están enseñando.—¡Dios mío! No —se asustó Katy y se terminó de despintar los falsos bigotes—. Grace, tienes que interceptar esa carta. ¿Estará sospechando?—Papá es muy listo —dijo Grace—. Pero no creo, están las cosas difíciles en la fundición. Las huelgas, los sindicatos lo tienen con la cabeza ocupada. Dice papá que se avecinan tiempos difíciles para todo el país y toda Europa. La que sospecha es mamá, ayer me dijo que uno de estos días quisiera acompañarte a la escuela de señoritas, le parece increíble lo bien que te has adaptado a ese tipo de escuelas, que ella pensó que a la primera semana saldrías corriendo, y le parece muy extraño que Miss Eliot solo te enseñe a cocinar.—Mierda —exclamó Katy.—Katy, —le dio un tirón de patillas Amy— no seas grosera.—Perdón, hermanas, mis amigos del instituto son muy lisos. Se me está pegando. ¿Qué haremos con mamá?—Distraerla —dijo Grace—. Aunque, cuando a lady Violet se le mete una idea... Me llaman, bajen pronto.—Amy, hazte la enferma —le ordenó Katy una vez que Grace se marchó—. Otra cosa, hermana. ¿Has notado a Grace un poco distraída últimamente?—Algo —respondió Amy—. También me lo preguntó tía Gloria—¿Crees que la estén molestando de nuevo? ¿Recuerdas cuando recién ingresó a la universidad?, esas chicas le hicieron la vida imposible por su color de piel.—No lo sé —exclamó Amy pensativa—, creí que ya no lo hacían, pero sería bueno que nos demos una vuelta, con tus puños y mi boca, ponemos en raya a cualquier atrevida.

Markus calculaba en cuánto consistía la dote de Grace, al ser la mayor, sería buena. Había averiguado que también había heredado una fuerte cantidad de sus abuelos Alfreds, antiguos sirvientes que habían encontrado de casualidad, que los ancianos, poco antes de

morir, le cobraron a lan sus sueldos atrasados, gratificaciones, Navidades y cuanto pudieron sacarle, que lo pusieron en un banco y que, de todos los niños, la escogieron a ella como su única heredera. Nadie sabía por qué, mejor para él, mas dote, más dinero que gastar. ¿Qué haría con tanto dinero? Empezaría con una casa bonita en una buena zona y que fuera

muy grande, quería tener una familia numerosa; también podría invertir en un comercio, pero definitivamente no entraría en los negocios de la familia Townsend. ¿Rendir cuentas?, ¿cumplir horarios?, no era de su gusto. El sería independiente, su propio dueño. También se dedicarían a viajar por Europa o quizás América. ¡Ah!, pero lo primero sería comprar esos automóviles que estaban de moda. Sonreía Markus, todo estaba saliendo bien, se casaría con Grace, tendría a una buena mujer que le gustaba mucho, tan hermosa, pero sobre todo muy dócil; sería un Townsend y tendría en esta vida todo lo que él creía merecer.—Hola, Grace.—Markus, qué sorpresa.—Sí, estaba por aquí. Durante semanas, Markus la esperó fuera de la escuela universitaria, donde Grace, después de un trabajo arduo de cuatro años, se había graduado como docente. En el tiempo en que se encontró con Markus estaba recibiendo cursos para especializarse en preescolar. A su pedido, él la esperaba a las afueras y la acompañaba en largas caminatas hasta Garden House, con amenas conversaciones, anécdotas de la niñez, sueños futuros. Grace se destacaba por una conversación inteligente y sencilla, nada en ella era pretencioso o artificial, tenía una dulzura y tan buen corazón hasta para disculpar las calabazadas de sus hermanos.—Randolph —reía ella secándose las lágrimas— se fue una mañana con el circo; mamá, un mar de lágrimas; papá ni se inmutó, le deseó que le fuera bien y que se alegraba que hubiera encontrado una profesión, que ser saltimbanqui era una profesión tan digna como cualquier otra. Mamá llorando a más no poder cuando mi hermano se fue. Papá le dijo que se calmara y que dispusiera su plato para la cena. Cierta, tal cual como había predicho mi padre, Randolph entró en la noche por la parte de atrás de la casa y, desde la cocina, me pidió que le llevara su plato de comida. Lo hubieses visto, comía como si no hubiese probado bocado en semanas y no las ocho horas que había estado fuera, mientras me decía que no regresaría al circo, que le encantaba

la idea de los viajes, de conocer el mundo y las lindas contorsionistas. Pero que la comida que le daban era para terminar como un Faquir.— Randolph siempre fue loco. —Rio Markus divertido.—Pero es muy bueno —dijo Grace—. Muy protector, hace rabiar a mis padres, sobre todo a papá, pero todos sabemos que es su adoración, dice cuándo no lo

escucha mi hermano en verdad. Randolph es quien lleva la vida tal cual deseavivirla. Mamá dice que lo quiere más porque es lo opuesto a nuestro padre.—Y a ti, Grace, ¿no te tienta la idea de unirte a un circo, de viajar, conocer elmundo?—No. —Rio Grace—. Ya me gradué como maestra y mi sueño es poner unaescuela para niñas de bajos recursos.—Siempre te gustó enseñar.—Dice mamá que es innato. Cuando ella le enseñaba a leer a Randolph, yo aprendí más rápido, solo mirando. Luego fui yo quién le enseñó a leer, y lo hicetambién con Josué, con Amy, con Katy, aunque con ella me costó más que conRandolph, y a mi Bonnie.—Ya llegamos. ¿Nos vemos mañana?— Sí. ¿Por qué no vienes a la casa a almorzar? A mamá le daría tanto gusto, adoraba a tu madre, tus hermanos mayores siempre nos escriben, pero de ti nosabíamos nada desde que te marchaste tan joven.—Mejor no, Grace —dijo Markus con esa encantadora y ensayada sonrisa—. Como te dije el otro día, aún no le digas que nos vemos, que sea una sorpresa, quiero arreglar ciertos asuntos, y después planeamos esa visita a tu familia.

—Por fin, Elinor, te acordaste de invitarme una taza de té, horas hablando y... Ya, ¿en qué me quedé? Ah, sí, pasaban los años y mi Amy se encontrabadesesperada de que tu hijo no se fijara en ella. Para empeorar la situación, tu hijoes un don Juan que a todas las novias que cortejaba se las presentaba a losTownsend. Como no te las podía traer aquí, a tu casa, las llevaba a GardenHouse; te podrás imaginar cuánto sufría mi pequeña viéndolo desfilarse todo el tiempo con una damisela distinta cada semana... No te hagas, Elinor, sabes bien cómo es tu hijo... Sí, es muy atractivo y las chicas lo asedian, pero bien que le gustaba desenvolver esos regalos... Tú eres quien me hace decir tonterías... ¿En que estaba?, ¡ah, sí! A diferencia de sus hermanas, Amy pidió tener una fiesta dedebutantes. Para la ocasión, se realizó un gran gasto, mucho esfuerzo, meses

de preparativos. Ian es un padre que adora a sus hijas, Amy quería una fiesta de debutantes, sería La fiesta de debutantes . Con mucho lujo y cientos de invitados. La tía Helen se esmeró tanto que fue el acontecimiento social de Londres de esa temporada. Pero Amy en realidad solo quería que un invitado se fijara en ella, es más, si nadie hubiese ido, si no hubiese salido en sociales como la mejor fiesta

de debutantes en años, si no hubiese Amy Townsend causado tanta sensación, no le hubiese interesado. Solo había una persona a la que quería sorprender, que la admirara, que se fijara en ella. Hasta diseñó su propio vestido para la ocasión. Tiene un talento maravilloso, Elinor, si sucediera una gran catástrofe y Julian quedara en la miseria, podrían vivir holgadamente de la venta de los diseños devestidos... Cálmate, no grites, sí, trabaja, no es un delito... No, los Townsend no son pobres, su padre es millonario... Caramba, Elinor, déjame hablar... No es una deshonra que una mujer trabaje, Amy tiene un talento maravilloso, se ha unido a madame Diana... Sí, donde compras tus vestidos, creo que ese verde que usaste para el baile de primavera fue diseño de Amy, podría ser tu diseñadora exclusiva, ¿no te tienta la idea? Me haces reír, prima... Bueno, me distraes, llegó el baile, pero Julian no se fijó en ella, no bailó más que una pieza con mi ahijada, y luego se dedicó toda la noche a corretear a otras chicas. Pero algo bueno salió de tanto alboroto, Amy descubrió su vocación: ser diseñadora, unir su pasión por el dibujo y la moda... No, ya te dije, los Townsend siguen siendo muy ricos... Las personas trabajan no solo por dinero, Elinor, una dama inteligente y talentosa tiene derecho a desarrollar su talento... Sus padres la apoyan, lady Violet siempre ha insistido en que todos sus hijos tengan una profesión, sobre todo sus hijas, e Ian Townsend le ha hecho los contratos con madame Diana, para que le paguen lo justo, hasta le quiso poner una tienda de modas, pero Amy no quiso... ¿Te parece escandaloso que una mujer trabaje? Ay, Elinor, ya pasamos un nuevo siglo... Nuestra amada Reina Victoria ya murió, no la nombres, deja que descanse en paz... Qué anticuada eres, ¿no me digas que sigues cubriendo las patas de las mesas con manteles para que no lleven a los hombres a la lascivia?... Me alegro... Bueno, ¿en qué estaba?... Ah, sí, el baile... Este pasó, Amy fue la sensación de la temporada londinense, los periódicos se volvieron locos con ella, ¿cómo la llamaron? La princesa

de porcelana . Al día siguiente de la fiesta, decenas de jóvenes tocaban la puerta de los Townsend pidiendo permiso para cortejar a su hija... ¿Su defecto? Nadie lo notó; como lo predijo su tía Helen, brilló de tal manera en modales y elegancia, que su pequeño defecto se tomó como una más de sus gracias... ¿Lady Helen?... Está viviendo en Marsella... con German... el irlandés... Es que él se enfermó y le recomendaron un clima más cálido... Sí, viven muchos años juntos sin casarse... Si quieren o no hacerlo es su problema, le tendrá que importar al matrimonio, ¿qué se yo?... Y además, ¿a quién le importa?... ¿En qué me quedé?... Ah, sí, muchos jóvenes, agraciados, nobles, millonarios, hasta de más alcurnia que tu hijo, llegaron a

tocar la puerta de Garden House para pedir cortejar a Amy, menos el que le interesaba, por el que se hizo tanto alboroto, pero algo bueno salió de todo eso. Como siempre digo: «el destino se encarga de acomodar las cosas en su momento». Yo me refiero al destino, lady Violet diría Dios; las discusiones teológicas que tenemos son interminables. Un día cuando le hablaba de Darwin, me dijo... Ya, no grites, Elinor, sí, sí, después del baile, una tarde, Julian llega a Garden House para visitar a Henry y se da con la sorpresa de encontrar a tres jóvenes pidiendo audiencia para hablar con Ian Townsend y solicitarle permiso para cortejar a su hija menor. Ya se le había informado a Amy de esas visitas y ella, furiosa, mandó a largarlos a todos, pero yo no la dejé por un comentario que escuché decir a tu hijo... Sí, estaba en la casa ese día, sí, pero mucho en ella... Siempre estoy ahí... Me dan pasteles y galletas, no solo té. Avara... Ya, déjame seguir...

—¿Por qué demoraste tanto? —le habló Grace muy preocupada—, ya no sabía que idear para distraer a papá, Amy hasta se inventó un cólico para que mamá nos aliera a buscarte.—Perdón —dijo Katy desvistiéndose apresuradamente—. Mis amigos del instituto me invitaron con ellos a un bar, era el cumpleaños de Gatito.—¿Bebiste? —preguntó Grace asustada, acercándosele para olerla.—No, claro que no —contestó y se limpió rápidamente sus bigotes falsos delante de un espejo—. Me inventé una religión judeo-budista y les dije que no podía beber. Fue muy divertido, Grace, contamos chistes, reímos, cantamos. Gatito está gracioso, se subió a una mesa y bailó una danza escocesa con muchas acrobacias, lo hubieras visto cómo puede danzar, silbar y dar vueltas al mismo tiempo; Gatito siempre es el que anima la fiesta y nos hace reír a todos.—Tú en una taberna, de lo lindo, y la casa está que se cae.—¿Qué pasó?—Amy está que llora y llora, le dijeron que Julian tiene nueva novia, ¿te acuerdas de esa chica pelirroja hija del

conde...?—¡La casquivana!, que se reía como cacatúa.—Ay, Katy. —
Grace la ayudó a aflojar la enorme faja de tela con que presionaba su
pronunciado busto—. No hables así. A mamá no le gusta.—
Casquivana completa —dijo Katy mientras terminaba de arreglarse.
Por comodidad, se ponía un abrigo grande sobre sus ropas de hombre
y, cuando

llegaba a casa, se cambiaba—. En el cumpleaños de Henry, que no sé por qué lo invitaron, estuvo coqueteando toda la tarde con Randolph, y no pasó nada porque a nuestro hermano le gustan las mujeres mayores, pero luego comenzó a coquetear con Josué y no siguió porque me la quedé mirando como si fuera mi almuerzo... Pobre Amy... Pero que me la cruce nomás, que se atreva a traerla a Garden House el cabeza de huevo.—No le digas así a Julian. —Rio Grace.—Quiero mucho a Julian, como un hermano más, pero hace sufrir tanto a Amy que ya tengo ganas de... —no dijo más, pero levantó su puño.—Él no sabe que Amy está enamorada de él—¡Por la memoria del santo bisabuelo Henry! —Levantó las manos Katy —.Hasta el mozo de cuadra me pregunta cuándo será la boda de Amy con el marqués. Tengo ganas de darle un sartenazo en la cabeza a ver si así se fija en nuestra hermana.—Todo lo quieres arreglar con golpes. —Rio Grace—. Vamos mejor a consolarla.—Le prepararé una torta de chocolate que tanto le gusta.—No, es la que quiere para su pastel de bodas, la harás llorar más.—Entonces una tarta de manzana. Nadie llora con una tarta de manzana.

Cuando Ian Townsend lo despidió de la casa, Markus Holms había dicho cosas muy desagradables, pero Ian ni se había inmutado. Con mucha seriedad y sin levantar la voz le había dicho: «tienes la edad de mi hijo mayor, por lo tanto, note voy a responder. Deseo que te vaya bien, por tu madre, y que jamás vuelvas a pisar mi casa». Él tenía planeado entrar a la casa de los Townsend por la puerta grande, como uno de ellos, se casaría en secreto con Grace para evitar que el padre se opusiera, se fugarían unos meses y regresaría, quizás, con ella ya embarazada, casada y con un hijo de él. No podría echarlo de nuevo, el escándalo en una familia tan poderosa le costaría demasiado. Además, estaba seguro de que de todas sus hijas, Ian Townsend tenía un sentimiento aún más sobreprotector con Grace,

nunca anularía el matrimonio o la obligaría a deshonrarse con una separación. Siempre había sido así en Garden House, todos tenían ese sentimiento de protegerla; dentro de casa era una más, pero bastaba salir a las afueras y se notaban las diferencias, la marginación que las personas le hacían por ser una mestiza, fiestas a las que no la invitaban, rumores de sus

orígenes, burlas por su apariencia distinta. Alguna vez, las personas la habían confundido con el personal del servicio. Recordaba una vez en que Josué, siendo el más ecuánime de todos, se había agarrado a golpes con unos muchachos de la calle que le habían gritado a su hermana groserías relacionadas a su piel oscura; él había ido corriendo a socorrer al menor de los Townsend y les dio también su merecido a esos infelices. Esas situaciones, provocaron que Grace se convirtiera en una mujer retraída y tímida. Rememoraba a su madre, la señora Holms, sentándola en sus piernas, aconsejándole de no permitir que nadie la molestase, que tuviera un poco más de carácter, como sus hermanos. Su madre quiso mucho a todos los niños Townsend, pero siempre tuvo una afinidad mayor con Grace, como no había tenido hijas mujeres, cuando llegó la niña a casa fue centro de sus atenciones. Podía recordarla sentada a la luz de un lamparín hasta muy tarde, bordando unas calcetas, «para la amita», suspirando, decía, «qué niña tan linda y dulce, es como la hija que hubiese querido tener». Markus, siendo niño, jugaba mucho con los niños Townsend, aunque nunca lo trataron mal ni lo hicieron sentir inferior por ser hijo de la cocinera de la casa, al igual que Grace, pero por diferentes razones se fue aislando de todos, dejó compartir juegos con los hijos de los patrones, cuando dejó de ser divertido jugar con juguetes que no eran suyos, cuando comenzó a gestarse en él esa envidia que sería su perdición. Cuando los niños se fueron a los internados y quedaron solo las niñas, con la que más se divertía era con la pequeña Grace, era muy inteligente y divertida cuando perdía su habitual timidez, le leía poemas a los cuales él le cambiaba las palabras y no paraba hasta hacerla reír de los absurdos cambios, o cuando ella iba en su auxilio para que la ayudara a desenredar, de su enortijado cabello, ramas e insectos que Katy o Amy le ponían para fastidiarla.—Tu cabello es hermoso. —El mismo Markus se sorprendió de tan tonto comentario, tenía planeado hablar de sus

hermosos ojos verdes y hasta habíamemorizado unos versos sobre la profundidad del mar o algo así, pero se desconcentró cuando unas horquillas de su abundante cabello se soltaron y dejaron caer una hermosa cascada de cabellos intensamente negros y ondulados, que le llegaban a la joven hasta su cintura.—Gracias, Markus —dijo Grace tratando de envolverlo prontamente—. Me crece muy rápido. Antes lo cortaba y se los mandaba a Mama Romanov para que hiciera pelucas para sus santos, pero desde que murió no me lo he vuelto a cortar, creo que ya va siendo hora...—No lo hagas —le dijo Markus con nerviosismo—. Espera, te ayudo. Como

cuando eras niña. —Se puso detrás y comenzó a enredarlo—. ¿Las horquillas?—Toma.—Listo.—Gracias, tienes futuro en la barbería.—Nunca te lo cortes. Grace, a su edad, nunca había recibido un beso y fue aún mejor de lo que su corazón soñador y romántico imaginó, no se aproximó siquiera a aquellos besos de las cientos de novelas que leyó. Markus la hizo sentir por primera vez como si solo ella importara en el mundo, como la persona más especial y hermosa.—Estoy enamorado de ti, Grace Townsend. Solo por esas palabras, la emoción no dejó a Grace hablar, pero sus ojos, su tierna sonrisa le respondieron también. Caminaron en silencio hasta Garden House y, al llegar, Markus le susurró lo mismo al oído.—Estoy enamorado de ti, Grace. La muchacha, emocionada, sin poder hablar, lo abrazó con ternura, fue tan hermoso el momento, las palabras... Si solo hubiese sido cierto.

—Entonces Julian llega de visita a Garden House y ve a los jovencitos pidiéndocita para cortejar a Amy y, ¡albricias, albricias!, se molestó. Me dijo: «Amy es una niña, ¿qué hacen esos petimetres aquí?, ¿lan está de acuerdo? Si no está, yo mismo los hecho de aquí». Yo fui corriendo a buscar a Amy, quién, molesta, pedía a su mayordomo que botase a esos jóvenes, pero cuando le hice el comentario de lo que había dicho Julian, mi inteligente ahijada entendió inmediatamente de qué se trataba y detuvo al mayordomo que estaba preparandosu bastón para agarrar a golpes a los jovenzuelos. Entonces se quitó su mandil de trabajo, todos los chicos Townsend, por lo menos una vez a la semana se dedican a la jardinería, y pidió que les dijera a los jóvenes que la esperaran, que ella misma los iba a recibir. Corriendo, otra vez, fui a la antesala donde Julian miraba a aquellos jóvenes sin mucha simpatía, quería ver lo que haría Amy. De repente, ella se apareció vestida ante nosotros como un ángel, con un sencillito y bonito vestido azul que hacían sobresalir

sus hermosos ojos, y les dijo a los jóvenes que la disculparan, pero que al no estar su padre, no podía recibirlos. Pudo haber mandado el mensaje, pero decidió decíselos personalmente. Pidió también que, por favor, dejaran sus tarjetas de presentación para darles una cita. Con una magnífica sonrisa, se despidió haciendo una graciosa venia y se marchó sin

siquiera mirar a Julian. Los jovencitos se quedaron suspirando, maravillados de ver de cerca a esa aparición, haciendo ese tipo de comentarios. Julian los despidió y les gritó que ya habían escuchado a la dama y que se largaran de ahí. Ay, Elinor, la naturaleza humana es tan predecible, pero aún más la de los hombres, no la quieres hasta que otro se fija en ella. Julian se marchó unos segundos después de dar un corto paseo por la estancia, tan furioso estaba que no sé encararlo, en ese momento, pero luego supe que había ido a buscar a Henry para decirle de los pretendientes de su hermana, y este le dijo que él no podía intervenir, puesto que era una decisión de Amy y, sobre todo, de Ian. Cuando Julian objetó sobre la edad de su hermana, Henry le hizo notar que su anterior novia había tenido exactamente la misma edad que ella. No contento con eso, Julian buscó la intervención de Randolph, el más posesivo y celoso de los hermanos. Este se rio en su cara de su ocurrencia y le dijo: «Nunca me meto con Amy y sus decisiones, mándame a pelear con un ejército de vikingos, o domar cascabeles al desierto. Pero meterme con Amy, nunca». Josué, el práctico y directo, acotó: «Si estás enamorado de Amy, díselo, si no lo estás, no sabotees a sus pretendientes, y al igual que Randolph, no me meto con Amy»... No le temen... No es que tenga mal carácter, no, Elinor... Calma, lo que pasa es que Amy tiene un temperamento muy singular, cuando toma una decisión... No es mala, tiene la bondad y la nobleza de todos los niños Townsend, solo que... Cuando era pequeña tenía el problema de su pierna, no podía correr tan rápido como sus hermanos ni ser la más hábil en deportes y actividades físicas, a veces era el centro de tormento de ellos, sobre todo de Randolph, hasta que su papá le enseñó que ella podía defenderse con la palabra y comenzó, con el paso de los años, a adquirir una extraña habilidad para atacar, no, más que atacar, a defenderse. Agudeza verbal diría yo, sí, esa es la expresión correcta, agudeza verbal. Mi Amy, con dos comentarios, puede traer abajo una

tarde llena de insultos y provocaciones. Es muy hábil, aunque a veces su madre Violet se horroriza de esa habilidad, sobre todo cuando se trata de defender a sus hermanos. Recuerdo cómo le respondió a una tontuela que la invitó a su casa, pero que le pidió que no trajera a su hermana Grace diciéndole que su piel era muy oscura y que era difícil de explicar a sus demás amistades. Amy no le respondió ni fue a verla, esperó el siguiente baile y le respondió públicamente su atrevimiento. La tontuela no ha sido vista en ningún acontecimiento social desde entonces. Tu nuera perfecta, ya la admiran y le temen. Bueno, me desviaste otra vez del cuento... ¿En qué me quedé?... Ah, sí, Julian estaba celoso, pero no

estábamos seguros si eran celos de hombre enamorado o de un hermano sobreprotector. Intenté sondear a Julian hablándole de que Grace y Katy también tenían pretendientes, a lo que me respondió que no les preocupaba ellas porque eran bastante centradas, pero Amy llamaba últimamente mucho la atención yendo a todos los bailes de la temporada, todos hablan de ella. Un gran avance.

C APÍTULO 4

— oy le salvé la vida a Gatito y a otro amigo —le dijo Katy a su hermana Grace—. Habían ido a ayudar en el castillo de un duque, en una cena, paraganarse un dinero extra. Y amanecieron allí, así que de la fiesta se fueron al instituto. Felizmente que yo había llegado temprano y terminé mi parte de lo que tenía que presentar. Siempre soy la primera, la puntualidad característica de los Townsend. Había avanzado con un segundo, este se lo di a Gatito y entre los dos ayudamos a mi otro amigo para que terminase el suyo. No gané el primer premio, pero me dio gusto ayudar a mis amigos, estoy más allí para aprender. Pobre Gatito, me he dado cuenta de que hay días que no tiene ni para comer. Se levanta todas las sobras que quedan, lleva una cacerola escondida entre sus ropas, y yo siempre le dejo mi parte; al igual que mamá, odio que la comida se desperdicie, es un sacrilegio. Como te conté, mi amigo Gatito vive en el otro extremo de la ciudad porque los alquileres son más baratos, camina una hora diaria para llegar al instituto y ahorra los pasajes. Ahora está trabajando también de mozo en una taberna, ¿pero sabes qué me gusta de él?, que esa pobreza y el trabajar tanto no le quitan en absoluto las ganas de ser feliz, que sea el más gracioso de la clase. Siempre llega corriendo y lo primero que hace es contar el último chiste que ha aprendido en la taberna. Me gustaría presentárselo a Henry para que aprenda cómo se debe contar una broma. —Katy se quedó pensativa y, después de un suspiro, agregó—: Pobre Gatito.

—¿No hay pasteles para acompañar este té, Elinor?... En casa de los Townsend, siempre hay pasteles, dulces; son muy buenos anfitriones... Ya, continúo. Entonces a Julian sí le gustaba Amy, pero tenía que darse cuenta de ello. Para esto, yo intercedía para propiciar encuentros casuales entre ellos, «¿podrías llevar a mi ahijada al

ballet?». Ella ama el ballet, a su papá solo le gusta la ópera

H

y sus demás hermanos lo odian, soy yo quien siempre la acompaña a las presentaciones. Pero ese día, extrañamente, me enfermé y dispuse del generoso tiempo de Julian que, a regañadientes dijo que sí. Cuando mi ahijada se enteró que iría con él, se alistó fabulosamente, tanto que los periódicos de sociales dedicaron cuartos de página para hablar de su último modelo, pero, otra vez, tu hijo... Amy, muy molesta, me refirió que Julian se había comportado muy grosero con ella, casi no le habló en toda la velada y cuando le hizo había sido para llamarle la atención por el escote del vestido, hasta que le puso la capa encima y la obligó a estar así lo que restaba de la función. Pregunté a Julian, por su lado, qué le había parecido la velada, y no respondió más que con gruñidos. Otro asistente a la velada me confirmó mis sospechas: como siempre, Amy había llamado la atención entre todos los hombres, más de un joven había querido acercarse para entablar conversación, lo que puso de mal humor a Julian... Sí, mi Amy es muy hermosa, pero más allá de su belleza física, tiene ese porte majestuoso, diáfano, que atrae a los varones como moscas a la miel. Amy, en su inocencia, y como solo tiene ojos para Julian, no se percata de la conmoción que ocasiona donde va... Ese fue el motivo de enfado de tu hijo. Comencé a planear encuentros, salidas, algunos avances, pero más desencuentros; me volví un cupido viejo. Pero nada... No, Elinor..., no fue una celada o emboscada, no... ni mucho menos seducción. Amy, todos los niños Townsend son gente muy sana. Sí, hasta el alborotador de Randolph, son muchachos sanos, sin malicia... Elinor, no te permito... Amy es prácticamente una niña, ¿qué va a saber de técnicas de seducción o ese tipo de cosas?, otra vez... me interrumpes, ¿en qué estaba? Ah, sí, hasta que mi pequeña ahijada, ya desesperada, me preguntó si era correcto que una dama le declarase su amor a un hombre. Dudé porque ya veía que Julián lo miraba con los ojos de hermanita, todo el tiempo estaba metido en

casa de los Townsend, aunque casi no le hablaba y siempre la observaba con el gesto adusto, estaba donde ella estaba. Comenzó luego a perseguirla a todos los bailes en los que Amy asistía. Los hermanos se turnaban para ir con ella... No, nunca sola... Es por lo de los vestidos, asiste al baile, luce su nueva creación y regresa a casa... Es muy lista... Al día siguiente de cada baile, había un sinnúmero de damas pidiendo a madame Diana el último modelo que había lucido la chica Townsend. Ella gana bien... Una verdadera fortuna, tiene mucho talento... Bueno, entonces, Julian, demasiado controlador con mi pequeña, persiguiéndola por todo Londres, estaba todo el tiempo en Garden House, controlando las salidas de Amy, a sus amistades, ahuyentando a los pretendientes; pero creo que

hasta ese momento ni él mismo se daba cuenta de sus sentimientos hacia Amy. Ella quería declarársele. Medité un poco y le dije que no, lo mejor eradistanciarse un tiempo, para que el interesado se percatase de su ausencia. Pobrecita, la veía muy triste y abatida, lo peor fue cuando Henry llegó a casa con la novedad que Julian estaba saliendo con lady Alessia, sí, la hija del difunto conde... Ya, cálmate, Elinor, opino igual que tú... Esa mujercita es superficial y pretenciosa... Eso no lo sé, no levantaré falsos al honor de una dama... Yo no la he visto, pero claro que tiene más recorrido que mi inocente Amy, es obvio. Bueno, la casa se volvió un mar de llanto, las hermanas la consolaban, yo la intentaba distraer, pero el tonto de tu hijo no se le declaraba.

—No se lo diremos aún a tus padres.—Pero... —habló Grace pegada a su pecho—. Markus, no quiero hacer nada escondidas.—Amor, soy solo un mercader sin mucho que ofrecer, déjame arreglar unos asuntos. Tengo unos negocios que van a salir pronto, con algo que me respalde, iré a hablar con tus padres.—A mis papás no les importa el dinero o la posición social. Para mi mamá son tonterías, como ella siempre nos dice: «lo que más deseo para ustedes es que encuentren buenas personas que los amen». Tú me amas y eres bueno, cumples con todos los requisitos.—Grace, la vida real es diferente a Garden House, Lady Violet les ha hecho creer que el mundo es ese lugar etéreo que inventó para ustedes, pero no es así. ¿Y qué pensará tu papá?—Papá te verá con mis ojos. Siempre ha querido solo nuestra felicidad. Eres bueno, honesto, trabajador y me amas. ¿Qué más puede desear un padre?—Mira la diferencia, Grace, Amy se casará con un marqués muy rico, y tú, con el hijo de una cocinera, que tiene trabajos eventuales.—Markus, Amy se casará con el hombre que ama, que siempre amó, desde que era niña, no con un marqués rico. Yo me casaré con el hombre que amo, ¿qué diferencia

hay? A demás, eres el hijo de la señora Holms, a quién tanto mispadres y todos en casa hemos querido.—Mañana hablaré con tu padre. —Markus abrazó con fuerza a Grace—. Y yaveremos.

Ian Townsend se extrañó de la visita de Markus Holms en la fábrica, no era un hombre rencoroso y siempre había tomado la ira del muchacho, al que había echado de su casa hacía muchos años, como un exabrupto propio de su juventud, pero también era un hombre con mucha experiencia en el mundo de los negocios y en el trato con las personas. Aunque Markus había sido agradable y gentil, hubo algo en su actitud o en su manera de mirar que no le gustó, podría decirse que había realizado una absurda visita de cortesía, le habló que estaba en Londres desde hacía unos meses y que quería pedirle disculpas por lo que había sido su última conversación. También le habló de que tenía un barco pequeño y que se dedicaba al comercio, dos o tres frases protocolares y se despidió, lo dejó a Ian Townsend con una desazón por esa extraña visita.

—Hoy por poco me descubren. Entró un ratón a la cocina.—¿Y gritaste? —le preguntó Amy.—Claro que no —dijo Katy—. No le tengo miedo a los ratones, pero cuando un amigo lo quiso matar y yo le grité «no lo hagas», mi voz sonó un poco más aguda, como mujer.—Eres mujer.—Pero más, tú me entiendes, todos me miraron extrañados, entonces dije un par de groserías tratando de disimular el incidente. Felizmente, Gatito salió en mi ayuda, tomó al ratoncito de la cola y lo llevó a la calle.—Qué gracioso —pronunció Grace—. Gatito salvó al ratoncito.—Luego me dijo que a él tampoco le gustaba matar animales, así sean roedores, pero que, en una cocina, hubieran ratones era inconcebible. Hizo un par de bromas sobre roedores, nos reímos y se salvó la mañana. Pero faltó poco.—¿No te preguntan nunca de tu familia? —indagó Amy—, ¿dónde vives?—Siempre trato de evitar el tema. Digo que vivo con una tía solterona y muy renegona que se llama...—Tía Gloria —dijeron, al mismo tiempo, sus hermanas.—Sí, que soy huérfano, que también es cierto. Y que esta tía no me deja recibir visitas. Casi no he mentado.—Sí, casi... —Rieron

las tres juntas.

—Hasta que un día, me llamó Amy para atender a un becerrito enfermo, tu

futura nuera gusta mucho de los animales... Grita todo lo que quieras, pero sabes que se van a casar... Así lo desheredes... Él es un joven profesional exitoso, él tiene una buena dote, gana mucho dinero con sus diseños... y... por último, ¿yo tengo más dinero que tú! ¿Quién crees que es mi única heredera?... Si estoy aquí es porque Amy me lo pidió, no quiere que Julian se enemiste con su madre y menos por su causa... Lo que es a Julian, le importa un rábano tu opinión... ¡Ya!, no me grites, si no me voy... Ya, entonces no me vuelvas a interrumpir. ¿En qué estaba?... Ah, sí, el becerrito. Fui a verlo mientras Amy aprovechaba para recoger el abono de sus plantas, entonces, en plena faena, notamos acercarse a Julian con pasos agigantados, se plantó delante de nosotros y lo vimos con el ojo morado. Asustados, le preguntamos qué le había pasado, pero no nos contestó, estaba también rojo de cólera. Observamos que Henry corría detrás de él para darle el alcance, entonces tu hijo comenzó a gritar como un loco, le dijo a Amy que todo era por su culpa, por estar exhibiéndose en cuanto baile había, que tenía que cuidarse, que así no era cómo una dama debía comportarse, asistir a tantos bailes y estarse luciéndose para llamar la atención de todos los hombres... Aunque no lo creas, tu hijo, tan caballero, tranquilo y ecuánime, estaba hecho un volcán. Amy, con la boca abierta, sorprendida, no podía responder, hasta que llegó Henry y le gritó a Julian, pidiéndole que se calmara porque estaba ofendiendo a su hermana y que así no eran las cosas. Se agarraron los dos a gritos hasta que estalló mi tierna ahijada, quién gritó más fuerte que ellos. Me acuerdo al pie de la letra lo que dijo: «¡Cállate, Henry, yo me puedo defender sola y muy bien. ¿Quién te has creído, Julian Ferrars, para gritarme de esa manera?, venir a ofenderme en mi propia casa, acusándome de exhibirme, de ser una frívola, que tiene que ir a todos los bailes, ¡cállate, Henry! Trabajo para una modista. Yo hago los diseños que luzco en los bailes, luego se los vendo, gano mi dinero. Mis padres me apoyan y están orgullosos de

mí. Soy una mujer decente, nadie podrá decir absolutamente nada de mí porque no soy como esa clase de mujeres con las que acostumbras salir, ningún hombre en todo Londres podrá decirte que Amy Townsend lo ha mirado siquiera con simpatía porque solo he tenido ojos para ti, de lo cual me arrepiento, me arrepiento de todo lo que hice para que me vieras, de tantos años tratando de que supieras que existo, de haber estado a punto de declararte mi amor, cuando no eres más que un pelmazo, que tiene el valor de venir a ofenderme y...

— Por favor, no lo haga. —Ey, Townsend —le dijo Gatito—, no te pongas el uniforme, primeropasaremos por una revisión médica.Desde pequeña, Katy se levantaba de la cama con extraños presentimientos,sueños extraños y cosas que le sucedían al despertarse, como ponerse laszapatillas en el pie equivocado o quemarse con el café, «tonterías» decía supadre, pero siempre sucedía algo malo cuando tenía esos presentimientos y loque pasó ese día lo confirmó. Hasta pensó no ir, pero era demasiado responsable,demasiado Townsend para faltar a sus obligaciones. Llegó como siempre temprano y sonriente a sus clases, cuando le dieron la terrible noticia queconfirmaba sus temidas y acertadas premoniciones.—¿Cómo? —preguntó Katy asustada—. ¿Por qué?— Hay un brote de tuberculosis en Londres —le explicó otro amigo—. Y estánhaciendo campaña de despistaje, dicen que los cocineros lo podemos transmitirpor la saliva. ¡Qué sé yo! —agregó levantando los hombros—, cosas queinventan los médicos. Hoy nos toca cocinar juntos las trufas, apúrate.—Pero yo no estoy preparado —dijo Katy muy nerviosa.—No te demorarás nada, Townsend —volvió a hablar Gatito—. El médico tepone un aparato en la espalda, te hace toser dos veces y listo.—¿Hay que desnudarse? —preguntó Katy aún más asustada—De la cintura para arriba. —Gatito se extrañó de la actitud de su amigo—.¿Por qué tienes miedo?—Josué Townsend —gritó una voz desde una oficina—. Adelante.—Te llaman, entra, apúrate.Katy entró y se quedó en el centro de la habitación sin saber qué hacer. Unmédico joven, muy alto y bastante delgado, estaba haciendo unas anotaciones.Sin levantar la vista de los papeles, le pidió que se quitara la camisa, al ver queella no se movía, volvió a hacerle la petición.—Por favor, denúdese de la cintura para arriba. —Pero, esta vez, fijó laatención en la muchacha que se había puesto pálida y miraba al piso—. ¿No me escuchó?—Yo estoy bien y no necesito ningún examen —habló Katy, conteniendo larespiración, y agregó

engrosando la voz—: No me gusta desvestirme delante de extraños.—
Soy un médico y el instituto me ha contratado para hacer este
examen a todos sus alumnos. ¿Podría, por favor, desnudarse y no
hacerme perder el

tiempo?—Yo... —Katy sudaba frío y comenzó a secarse con un pañuelo la frente. El médico entonces se levantó de su escritorio y se puso muy cerca de ella para mirar su rostro con atención.—Entiendo —dijo él.—¿Qué?—No tienes que desnudarte. —Trató de tocarle el cuello, pero obtuvo una reacción de Katy de retirarle la mano bruscamente, entonces él se tocó su propio cuello—. ¿Ves aquí?, se llama manzana de Adán, es una protuberancia de la laringe, los hombres la tenemos mucho más pronunciada, en las mujeres no se nota. Además, tienes el rostro muy fino y se distinguen tus bigotes en lápiz.—Por favor —dijo Katy—, no me denuncie, déjeme explicarle, no me dejaban ser alumno del instituto por ser solo para hombres y... —Se te ocurrió hacerte pasar por uno —la interrumpió el médico.— Esta es mi vida, quiero ser chef —exclamó Katy retorciendo sus manos—. Es lo que he soñado desde niña y soy muy buena, por favor, se lo suplico.—Lo siento, pequeña —sentenció el doctor—, esta es también mi vida, señor médico, no puedo mentir.—Por favor, se lo ruego. —Jovencita, sería una falta muy grave de mi parte no decir la verdad. —Se lo pido, se lo ruego. —Katy bajó la cabeza y, sonrojándose mucho, agregó—: Yo tengo mucho dinero, mi padre es muy rico y... —Retírese —la interrumpió el doctor.—Por favor, por favor, yo vivo para esto, es lo que siempre he querido. Me arruinará la vida.—Señorita, como sea su real nombre, retírese. Lo único que puedo hacer por usted es pasar este informe mañana por la mañana. Para que tenga tiempo de retirar sus cosas y evitar el escándalo.—¡Qué generoso! —Katy puso las manos en puño y, groserías de por medio, gritó—: Me arruinarás la vida y, ¿debo agradecerte? No tienes idea de lo que estás haciendo...—Señorita, modérese.—Maldito desgraciado hijo de...

C APÍTULO 5

Markus abrazaba tiernamente a Grace, que lloraba desconsolada en sus brazos.

—Hablé con tu padre. Ni siquiera quiso oírme.—Pero, Markus...— Grace, te lo dije y lo entiendo. Tu padre te ama, eres su hija mayor, siempre ha deseado para ti algo muy diferente, algo más que el hijo de una sirvienta.—Pero no entiendo, ¿qué te dijo?—Ni siquiera me escuchó hablar, cuando mencioné solo la posibilidad de poder cortejarte, hasta se rio de mí y me echó de la fundición. Me prohibió acercarme de nuevo ahí o a Garden House.—Papá no es así, no puedo creerlo —hablaba Grace con los ojos húmedos—. Yo hablaré con él, Markus, pero primero con mamá, debe ser todo una confusión, cariño.—Eres su hija mayor, una Townsend, y yo soy tan poco para ti.—No digas eso, Markus, me haces sentir terrible. Es todo un mal entendido, yo conversaré con ellos y arreglaré esto.—Hay algo más —agregó Markus con el rostro apesadumbrado y la miraba baja—. Amenazó con llevarte al extranjero si me atrevo a cortejarte, quiere enviarte una temporada a los Estados Unidos, está aterrado con la idea de que te cases con un hombre como yo.—¿Eso te dijo?—Sí, pero tú no le digas nada de lo que te he contado. Estoy loco por ti, Grace, te amo desesperadamente. Si te alejan de mí, no sé qué haría.—No, Markus, nadie nos va separar. Pero no entiendo, quizás mamá...—No le cuentes a nadie —se apresuró Markus a hablar, abrazándola—. Tu papá cree que ni siquiera nos conocemos, le dije que te había visto en la calle y que quería empezar a cortejarte, no sabe que estamos saliendo, que nos hemos

enamorado, eso está a nuestro favor. En la casa, actúa como si nada hubiese pasado. ¿Cómo crees que podríamos estar separados?— Pero...—Amor, ya pensaré en algo, pero nadie nos va a separar... Mirando hacia atrás, repasando en su mente una y otra vez cada conversación, cada gesto, cada palabra, Grace no podía creer que hubiese sido tan estúpida, había hecho exactamente lo que él le había pedido, no habló con nadie de su casa, ni con su tía Gloria o con sus queridas hermanas, quienes siempre fueron sus confidentes, temiendo que le contaran a alguien de sus planes. Aunque había sentido mucha pena por sus padres, sintió que estaba haciendo lo correcto, que una vez casada con Markus, ellos comprenderían que era un maravilloso hombre y tirarían abajo los prejuicios que tenían por él. A veces, Grace le echaba la culpa a esas novelas románticas que tanto leía, se había sentido la heroína de su propia historia de amor, sorteando contratiempos para encontrar la felicidad. Grace no podía creer lo estúpida que había sido.

—Sí Elinor, no te rías tan fuerte, te vas a ahogar... Toma agua. Si, Amy arrojó excremento de vaca a la cara de tu hijo. Al marqués de Saxonhurts, lo bañaron con estiércol. Henry y yo, que hasta ese momento estábamos mudos, solo observando, nos pusimos a reír a carcajadas ante la tonta expresión de tu hijo, no sé si por la sorpresa de lo que le arrojaron o por las palabras de Amy. Ella, furiosa como un volcán, recogió sus cosas y se marchó, gritándole que al día siguiente le daría permiso a su padre para que aceptara el cortejo del primer imbécil que se presentara. Adivina, querida Elinor, quién fue el primer imbécil que se presentó en casa de los Townsends a pedir permiso para cortejar a Amy... ¡Ah!, el ojo morado, sí, estando en el club, un joven se le acercó a Henry para pedirle permiso para visitar a su hermana, entonces Julian se puso furioso y agarró a golpes al joven... Solo por eso, y es que era el quinto que se lo pedía... Se

aman, querida Elinor, el mayor deseo de una madre debe ser que a su hijo lo quieran, y ten la seguridad que tu hijo es amado por tu futura nuera, y por toda la familia de ella. ¿Qué más podría desear una madre? Y, como la próxima marquesa de Saxohunrts, no tendrás que trabajar nada en ella. Amy es la esposa perfecta para Julian, ella es la indicada.

Los gritos de Katy e insultos al joven doctor estremecieron todo el recinto. Los alumnos y dos profesores se acercaron detrás de la puerta para escuchar lo que sucedía tras esta.—No necesito tu consideración, muerto fresco —dijo Katy al doctor, haciendo su alusión a su extrema delgadez y palidez en su rostro—. ¿Estás arruinando mi vida y te debo agradecer la consideración de no hacerlo público?— Señorita, modérese.—Ve a moderar a la... Katy, al abrir la puerta y salir, se dio con la sorpresa de que todos estaban afuera, expectantes. Después de unos segundos de confusión, recordó que ella era una Townsend, alzó la cabeza y, dirigiéndose al grupo de amigos más cercano, incluido Gatito, les dijo:—Amigos, siento haberlos engañado, soy mujer, me llamo Katherine Jane Townsend y me hice pasar por hombre para poder ser admitida en esta escuela. Gracias por su amistad de estos meses y, de nuevo, les pido perdón por haberles mentado. No terminó de hablar, cuando los profesores comenzaron a gritar en francés y le exigieron, muy descortésmente, que se retirara inmediatamente de las instalaciones porque su presencia contaminaba sus ambientes, que la iban a demandar y un montón de cosas más. Gatito y otro amigo, en silencio, fueron prestos a ayudarlo con sus pertenencias y recibieron, en compensación, una sonrisa.—¡Ya me voy!, ¿qué tanto gritan? —les contestó ella a los profesores en un perfecto francés—. ¡La tuya en vinagre! Después de que Katy Townsend se marchó, los estudiantes se quedaron inmersos en un sepulcral silencio. Toda la mañana no hablaron más que en murmullos, hasta que Gatito le dijo a un amigo:—Menos mal que es mujer, ya estaba preocupándome.—Desgraciado, claro, porque ahora serás el número uno.—No, no, claro que no. No soy mezquino, es otra cosa, es que...—¿Qué?—De un tiempo a esta parte, me sentía raro a su lado, como que me atraía, gracias a Dios que es mujer, ¿entiendes? El amigo soltó una carcajada tan sonora que tuvieron que llamarle la atención los profesores y pedirle que saliera de las cocinas

porque no paraba de reír.

—¡Mamá!, ¡mamá! Los gritos de Katy despertaron a todos en Garden House.—¿Qué pasa, hija? Katy les leyó a todos la carta que Grace había dejado sobre su escritorio. Escucharon las palabras sin poder creerlo; sus padres, horrorizados; Amy, abrazada a tía Gloria, llorando, y Henry, muy pálido. En la misiva, ella decía haberse enamorado de un maravilloso hombre llamado Markus, y puesto que su padre se oponía a su matrimonio por ser él de bajos orígenes y pobre, había decidido huir para casarse. Les pedía perdón, pero estaba luchando por su felicidad.—¿Quién es Markus? —gritó lady Violet.—¡Henry! —vociferó, al mismo tiempo, Ian—. Ve por tu abrigo, no debes estar lejos.—¿Quién es Markus? —volvió a gritar Violet, tirando de la manga a su esposo—. ¿Por qué te opusiste a que la cortejara? ¿Qué está pasando?—Nuestra hija cayó en una trampa —dijo Ian, con las venas de la frente a punto de reventar—. De un vividor que intenta aprovecharse de ella. Henry, que alisten los caballos—¿Dónde pueden haber ido? —habló, de nuevo, Violet.—Intentaré casarme lo más pronto posible. Maldito. ¿Cómo no me di cuenta?—Ian se ponía el abrigo y los guantes—. Violet, llama a Gervais. Necesitaremos un juez que sea amigo. Apúrate, Henry.—Ustedes —preguntó Violet mirando a Katy y Amy—, ¿no sabían nada?—No, mamá —respondieron las dos al mismo tiempo—, te lo juramos. No nos dijo nada. Ian salió con su hijo a la carrera, tirando las puertas. Una vez a solas las mujeres, Violet le preguntó a tía Gloria, que estaba muy pálida.—¿Tía, qué es lo que haremos? Y por primera vez en lo que recordaran todos en esa casa, tía Gloria no supo qué decir.

—Está bien, solo eso te pido, una audiencia. Conócela, verás que ella es la indicada, Elinor, la perfecta esposa de un marqués; educada, fina, amable, buena... Tú también eres una buena mujer, prima, la prueba es que has criado dos... Sí, dos, deja ese orgullo insano. Dos hijos buenos que buscaron para casarse

mujeres buenas. Si fueran soberbios o engreídos, te hubiesen traído unas mujeres como... Está bien, no es definitivo, solo conócela... Sí, Elinor, es mi única heredera. Un tercio es para que se lo dividan las otras niñas Townsend... Sí, Elinor, incluida esa hermosa casa en Escocia que tanto has deseado. Bien. Mañana a las cuatro.

C APÍTULO 6

Ian Townsend y su hijo llegaron pasado el mediodía. Llegaron muy cansados

después de andar por varios jueces del distrito donde solían ir los enamorados para los matrimonios furtivos. Hasta que dieron con el hombre que los había casado. Les confirmó que por diferencia de una hora no habían llegado a tiempo para impedir la boda. Hasta les dijo que hacían una bonita pareja y, de manera burlona, que se los veía muy felices. Ian contuvo a Henry y se interpuso delante del hombre para que no le rompiera la cara. Recorrieron algunas villas cercanas, sin suerte. Cansados y tristes, regresaron a Garden House. —¿Qué vamos a hacer? —preguntó Violet a su esposo—. ¿Estás seguro de que es un mal hombre? Es hijo de la señora Holms. Ella era una magnífica mujer, su hijo no puede ser malo.—Lo eché de la casa a los diecisiete años a pedido de su madre porque nos robaba. Averigüé de él, y estos años se ha dedicado a las apuestas, al contrabando y mercado negro. Nunca habló conmigo de cortejar a Grace, la engañó, la manipuló, le hizo creer que me oponía para obligarla a huir. Estoy seguro de que se acercó a ella por dinero.—Mi Grace —dijo Violet—, mi dulce Grace, tienes que encontrarla. Anularse matrimonio.—Ya debe haberlo consumado. Tendremos que pasar por el escándalo de un divorcio. ¿Y si ya está embarazada?—¿Y qué me importa el escándalo! —chilló Violet—. ¿Cuándo en esta familia nos ha importado lo que los demás opinen de nosotros? Prefiero mil veces ver a mi hija divorciada a que viva un matrimonio decente con un mal hombre. Y mi nieto se criará como el niño más bendecido del mundo. A ver quién se atreve a juzgarlo. ¿Por qué me miras así? ¿De qué te ríes?—De que eres única, lady Violet. Y te amo.

—No te rías tanto, Ian Townsend —le dijo y, dándole la espalda, le gritó—: ¡Y tráeme a mi hija!

—¿Por qué? —habló Ian muy serio, sosteniendo la carta del instituto de cocina francés donde le exigían una suma considerable de dinero a los Townsend por la afrenta que su hija les había hecho al hacerse pasar, por meses, como varón. Engañándolos a todos.—Primero lo de Grace, y ahora tú —dijo Violet muy triste, mirando a su hija.—No me quisieron recibir —explicó Katy—. Y yo les demostré en estos meses lo buena que soy. En estos cuatro meses, fui la primera de la clase. Les demostré que la alta cocina no es solo de hombres, o de franceses y que...—Mintiendo, engañándolos —la interrumpió Ian—, pero, sobre todo, engañándonos a nosotros, tus padres.—Pido que se me permita hacer todo lo que soy capaz —se justificó Katy con voz firme, pero sin levantar la vista—. Madre, es lo que en la vida no has parado de repetirme.—Katy —la nombró Violet—, pero no así. Te hemos enseñado a luchar por tus sueños. Pero sobre todo a ser honrada, honesta.—Entonces —agregó Ian—, cuando las cosas no se acomodan a nuestras necesidades, nos burlamos de las reglas. Entonces hay que renunciar a nuestros valores.—Ven, Katy. —La hija casi se dobló en dos para estar a la altura de su madre. Abrazada a ella, comenzó a llorar—. Ay, mi Katy. ¿Qué haremos ahora?—El instituto no tomará acciones legales ni hará público el engaño mientras le paguemos una reparación por el fraude cometido. —Ian se quedó mirando a madre e hija llorando abrazadas. Durante toda su vida, le había enseñado a sus hijos el valor de la verdad, de la integridad, de ser nobles en espíritu y a estar a la altura de su apellido, «no es la sangre ni el dinero lo que te hace ser una persona honorable —les repetía—, es la naturaleza de tu carácter lo que te define». Sus hijos lo recordarían como el padre que les pedía hacer siempre lo correcto, pero, sobre todo, como el padre amoroso y justo. Mirando a

Violet limpiar laslágrimas de su hija, suspiró y dijo—: Pero no estoy de acuerdo, pagaste el curso,durante cuatro meses fuiste la mejor de clase, y deben darte una constancia que lo acredite, si no lo hacen, seremos nosotros quienes los enjuiciemos. Vamos, yano lloren. —Se acercó a ellas y las rodeó con sus enormes brazos—. Ya basta de

tantas lágrimas en esta casa. Por esta única vez, Katherin Jane Townsend, por esta única vez... En fin, prepárame lo que has aprendido, ya decía yo que en la escuela de la señorita Elliot se tomaban muy en serio la manera de escalfar un huevo.

Ian entró a la habitación de sus hijas y las encontró hablando una frente a la otra. Tristes, murmuraban palabras entrecortadas y se acomodaban los cabellos, repitiendo los gestos como en un espejo; eran las cosas que tenían desde pequeñas y que, a veces, a él lo desconcertaba tanto.—Hijas.—Padre —dijeron, al mismo tiempo, Amy y Katy. Poniéndose de pie, muy juntas una al lado de la otra, repitieron a la vez—: te juramos que nosotras no sabíamos nada.—Lo sé, pequeñas, tranquilas. Ya sé dónde está Grace y necesito la ayuda de ustedes.—Nuestra Grace —exclamó Amy abrazando a Katy—, yo la convenceré de que deje a ese mal hombre.—Y yo misma lo reventaré a golpes. —Alzó su puño Katy.—No hijas, así no lo haremos. Nos enfrentamos a un hombre muy astuto, al que no se le puede ir de frente. Tenemos que pensar cómo lo cercaremos. Debemos ser más sagaces que él para salvar a nuestra querida Grace.—Haremos lo que digas, padre —respondieron al mismo tiempo.

—Hola, Richard —dijo Elinor mirando distraída una revista de novias.—Hola, prima. —Gervais le dio besos volados a la prima—. No me acerco porque sé que te molesta el contacto físico con otros seres humanos.—Gracioso.—Y —pronunció Gervais—, ¿no tienes nada que contarme?, ¿qué tal el té con Amy Townsend?—Bien —respondió Elinor—. Es educada, inteligente. No es lo que esperaba para mi hijo el marqués de Saxonhurts, pero consentiré el cortejo.—¿Cortejo? —Rio el doctor—, él ya pidió la mano a Ian. Y quieren, sobre todo tu hijo, casarse lo más pronto posible.—La gente murmurará por tanto apuro,

creerán que...

—No lo menciones. Mi Amy es una dama inmaculada, y tu hijo, un caballero.—Bueno —dijo Elinor—, entonces, será un matrimonio digno de un marqués. Townsend es rico, no escatimaré en gastos y, por supuesto, tú colaborarás, puesto que eres el artífice de esta unión. —Claro, tacañísima prima. Tienes carta blanca.—Hay un decorador francés que está en toda moda, sé que lady Helen querrá hacerse cargo, pero... insisto.—Ya lo estás disfrutando. —Rio Gervais de nuevo—Sí —concedió Elinor con una sonrisa triste—, no tuve hijas mujeres, mi primer hijo huyó para casarse y mi matrimonio... no creo que haya habido noviamás triste que yo. Richard también se puso triste por su querida prima, la recordaba de tan solodieciséis años, casada con un hombre que casi le triplicaba la edad, un novio que le presentaron dos días antes de su boda, el cual le dio solo tres alegrías en su corto matrimonio: sus dos hijos y su prematura muerte. —Cambiate la historia, Elinor —le dijo Richard palmeando su mano—. Tu hijo adorado se casa con la mujer que eligió y que ama.—
Doscientas palomas blancas volando sobre la catedral de San Pablo —continuó Elinor volviendo a sonreír—. ¡Ay Richard!, como disfrutaré gastando tu dinero.

—Me gusta mucho esta casa —Grace hablaba sentada en la cama, mirando a su alrededor. La casa que habían rentado por unos días era pequeña y muy acogedora. Mientras ella hablaba, Markus le daba tiernos besos por toda su espalda y hombros—. Podemos quedarnos a vivir aquí, puedo solicitar un puesto de maestra en la comarca y quizás tú puedas poner una tienda de comercio.—Averiguaré si está a la venta.—No nos alcanzará para comprarla, pero averigua el alquiler, me gusta la zona, es tranquila, hay muchos niños y no está muy alejada de Londres, podré visitar a mis padres. —Hizo una pausa y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Algún día me perdonarán?—Claro que sí —dijo Markus sin dejar de besarla y desenredando su cabello

—. Cuando vean lo felices que somos. ¡Oh, Grace!, me gustas tanto, amo tu hermoso cabello, tu piel tan suave, eres tan...—¿Quién será?

—Grace lo interrumpió cuando escuchó tocar la puerta—. ¿El

casero, pero a estas horas?—Voy a ver. Ian y sus hijas se apresuraron en entrar sin dejar reaccionar a Markus. Grace se había puesto una bata encima y también se quedó sorprendida al verlos. Inmediatamente, Katy y Amy se abrazaron a su hermana.—Grace, te extrañamos tanto —dijeron las hermanas al mismo tiempo.—Padre —exclamó Grace mirándolo asustada.—Estamos legalmente casados —se apresuró en hablar Markus, poniéndose a la defensiva—. Todo está...—Lo sé —lo interrumpió Ian—, y lo acepto.—Estoy preparando tu pastel de bodas —le comentó Katy tomando de la mano a Grace—, y mamá está con la cena de bienvenida, para hoy.—Estamos haciendo una gran fiesta —acotó Amy tomando su otra mano—. Ya hemos invitado a todos nuestros amigos. Mamá y tía Gloria están como locas organizando todo; todos estamos muy contentos.—Será a la carrera —dijo Katy, mientras Markus e Ian se miraban seriamente—, pero saldrá todo muy bonito.—Hijas —habló Ian—, ¿por qué no ayudan a preparar a Grace sus cosas y nos vamos pronto?, vuestra madre necesitará ayuda para los preparativos.—No se irá de acá —sentenció Markus.—No me has entendido, Markus —repuso Ian muy sereno—. Los esperamos en Garden House a los dos. A mi hija mayor y su esposo.—Padre, descansen un poco —dijo Amy—, déjanos estirar las piernas antes de subir a ese coche.—El trayecto fue muy largo —agregó Katy—, me dieron muchas náuseas.—Grace, muéstranos los jardines, se ven preciosos. Padre, saldremos a dar una vuelta. Cuando los dos hombres se quedaron solos y escucharon el cerrar de la puerta de la cocina, se apoderó un silencio de la habitación. Mirándose seriamente, fue Ian quien habló primero.—¿Cuánto?—El matrimonio está consumado —dijo Markus—. Legalmente es mi esposa.—¿Cuánto? El dinero no es problema. Su madre y yo estamos dispuestos a pagar lo que sea... Solo fija un precio.—Ella me ama.—Ella ama al personaje que inventaste, que no existe. ¿Cuánto para

desaparecer de su vida?—Es mi esposa.—Fue engañada, eres un vividor. Todo fue una trampa, la escogiste y armaste un andamiaje para terminar en esta celada. —Después de una pausa, agregó—: Le hiciste creer que yo me oponía a su unión, cuando jamás me dijiste que deseabas cortejarla. Pero se acabó el juego. Fija tu precio y desaparece.—¿Poner un precio?, ¿un monto cuando ya he ganado? Soy su legítimo esposo, tu yerno, Ian Townsend, deseo vivir como tal. No dejarás a tu hija mayor viviendo en la indigencia, te conozco. Dale su dote, y ayúdanos a comenzar.—Mi hija merece algo mejor que tú. —Le daré una buena vida. Además, ¿cuántos pretendientes ha tenido tu hija a su edad? Alégrate de que no se quedó solterona. Fui su mejor y única opción.—¿Nunca habló contigo de nosotros? —preguntó Grace a su padre, interrumpiendo a Markus. Sus hermanas, tapándole la boca y con señas, la habían hecho ingresar de nuevo por detrás de la casa, sin hacer ruido, para que pudiera escuchar la conversación entre su esposo y su padre.—Grace. —Se sorprendió Markus de su presencia porque no había sentido cuando entraron—. Vete a tu cuarto, estas son cosas de hombres.—¿Nunca habló de que me estaba cortejando? —preguntó Grace dirigiéndose a su padre—. ¿Nunca te opusiste a que nos casáramos?—No, hija, nunca habló conmigo para cortejarte. —Ian la miraba con mucha tristeza—. Te hizo creer que yo me oponía para obligarte a huir. Es un cazafortunas que solo quiere tu dinero.—No es cierto. No es así. Grace. —Markus se la quedó mirando asustado, muy asustado de ver su expresión, estaba pálida, sorprendida; solo le dirigió unos segundos la mirada, y eso bastó para entender que había perdido—. Grace, no le creas, te está mintiendo para alejarnos. Yo...—Nada fue casualidad, ¿no, padre? — Grace habló mirando solo a Ian—. Los fortuitos encuentros, las largas conversaciones, los interminables halagos. Todo fue un gran engaño. ¿Por eso me pidió que no le contara a nadie de lo nuestro? ¿Tantas mentiras?, ¿por qué, padre?, ¿por dinero?—Sí, hija.—Grace,

escúchame. Soy tu esposo, nos amamos.—¿Podrás perdonarme, padre, y recibirme en tu casa?—¡No, Grace! —gritó Markus—, ¡estamos casados! Yo...—Siempre, hija —le dijo Ian sonriendo tristemente—. Siempre.

—Será un escándalo —mencionó Grace dirigiéndose a su hermana Amy—,podría perjudicar tu matrimonio con Julian.—¡Oh, Grace! — Amy se acercó a ella y, besando sus manos, agregó—:¿Podría ser feliz sabiéndote desgraciada, hermana?, ¿unida a este canalla? Porfavor, vuelve a casa.—Papá nunca nos ha mentido —dijo Katy—. Si te dice que es un mal hombre,es cierto.—Grace —de nuevo, gritó Markus, pero ella no volteó ni un segundo a verlo—. No te daré el divorcio, nos casamos legalmente, eres mi esposa, yo...—Solo te pido un favor, padre, antes de regresar —lo interrumpió Grace sindirigirle la mirada a Markus. Solo mirando a Ian, agregó—: No le des un centavo a este hombre, no tendrá nada por haberse casado conmigo, menos por darme eldivorcio.Grace salió de la mano de sus hermanas; en ese momento, entró Henry y consu padre se interpusieron para que Markus no saliera tras ella.—¡Suéltlenme! — rugió Markus tratando de alcanzarla—. ¡Grace!—A partir de hoy, mi hija comenzará a sanar —le dijo Ian con voz firme—.Tú, a lamentar el resto de tu vida la mujer que perdiste.—¡Grace! —gritó Markus. En ese momento, forcejeó con Henry, y este, contoda la rabia que le daba la ofensa de su hermana tan querida, le dio un golpe tanfuerte que lo dejó desmayado en el piso. Cuando despertó, lo hizo diciendo:«Grace, yo te amo, de verdad te amo...».El regreso a casa fue muy silencioso, ambas hermanas tomaban las manos deGrace, que estada sentada al centro. Amy y Katy lloraban, hasta Henry votó unpar de lágrimas, pero Grace e Ian no. Cuando paró el coche en la casa, Grace bajó rápidamente, corriendo; sus hermanas quisieron seguirla, pero Ian lasdetuvo.—Ya hicimos nuestra parte. Ahora le toca a su madre hacer su trabajo.Y ahí estaba la madre, sentada en su habitación, esperándola con los brazosabiertos. Grace se echó en su regazo y comenzó a llorar.

C APÍTULO 7

La boda de Amy sería el acontecimiento social de principios de siglo y que

daría mucho de qué hablar, habían escrito ya a la querida tía Helen para que comenzara los preparativos y, por su parte, la marquesa Elinor estaba haciendo de todo, sin escatimar gastos, para que la boda remeciera los cimientos de la nobleza londinense. A pesar de todo lo que había pasado con Grace y Katy, la casa de los Townsend se volvió un torbellino de actividades y ajetreos para preparar tan magna ocasión. Violet también alentaba con mucho entusiasmo, pensando en que sus otras hijas se distrajeran ayudando a su hermana Amy. Por su parte, esta dedicó dos horas diarias en el diseño de su espectacular vestido de novia; Katy, a elaborar la maqueta de lo que sería el gran pastel que prepararía para su hermana: cinco pisos de torta de chocolate, adornados con lirios blancos, la flor favorita de Amy. Elinor sugirió traer un pastelero francés, pero cuando Katy le puso el dibujo en frente de la torta que hacía dos años venía proyectando, le explicó cómo la haría y que ese sería el regalo de ella para su querida hermana, la marquesa cedió, enternecida por el profundo amor y también un poco intimidada por el gran tamaño de la muchacha. Grace participaba, pero muy poco. Sentada siempre sola en la terraza, miraba los jardines, sin lágrimas pero con una melancolía que a su amada familia les rompía el corazón, sobre todo a sus padres que la contemplaban a lo lejos.— A veces preferiría que llore, que grite, que maldiga —dijo Violet viéndola de lejos—, y no que esté así.— Cada quién afronta la tristeza su manera —habló Ian detrás de ella—. Déjala, no todos son como tú, esposa mía.— ¿Sabes qué la ha puesto más apenada? —suspiró Violet—. Me lo dijeron sus hermanas, le vino su menstruación, no está

embarazada. Creyeron que se alegraría, pero no fue así, les dijo que tenía la esperanza de tener un hijo, ese

niño valdría todo el sufrimiento por el que estaba pasando, pero que ni siquiera eso obtuvo de Markus Holms.—Dale tiempo, Violet —habló Ian muy apenado y con un nudo en la garganta—. Grace tiene una fortaleza que ni ella misma conoce, has criado una mujer fuerte e íntegra, querida esposa, pronto lo descubrirá.

—¿Estas segura, hermana? —le dijo Amy, llorando, mientras acariciaba los largos y hermosos rizos de Grace.—Hazlo, Amy —la apremió ella, muy seria, sentada frente al tocador—. No quiero nada que me recuerde a ese hombre.—Pero...—Por favor, hermana, hazlo. Amy lloraba junto a Katy mientras le cortaba su maravilloso cabello, cuando caían sus extensos y ondulados mechones al piso, Katy los recogía para disponerlos dentro de una bolsa de papel. Cuando Amy terminó, Grace ni siquiera levantó la vista para verse al espejo, se puso de pie y se dirigió a la puerta y le dio la orden a Katy que votara su cabello a la basura.

—Hola, Amy. ¿Estás bien?—¡Oh, Julian! Es horrible. —Corrió a abrazarse a su prometido—. ¿Quién pudo haberle hecho esto a mi Grace? A mi dulce Grace.—Un hombre malvado. —Julian la besó con mucho cariño en la frente—. Calma, pequeña, todo saldrá bien. Te traje esto antes que se enteren de otro lado.—¿Qué es? —Recibió Amy, extrañada, el periódico de sus manos—Lee.—¡Oh, es horrible! —exclamó al instante en que vio el diario, en que en una nota de media página narraba que un prestigioso instituto de cocina francés daba cuenta del fraude en su perjuicio que había cometido una señorita de nombre Katherine Jane Townsend, quien, habiéndose hecho pasar por un alumno varón, había corrompido sus instalaciones. El instituto se disculpaba de no haberse dado cuenta antes porque la mujer en cuestión era de aspecto hermafrodita, tosca y gigante, por lo cual, que era fácil la confusión—. ¡Malditos!, ¿cómo se atreven? —

Amy arrugó en sus manos el periódico.—Eso no es nada —agregó Julian—. Lee la vuelta, en la página de sección

sociales, la columna de chismes.—«Me han informado —comenzó Amy en voz alta— que Grace, la hija mayor del millonario Ian Townsend, se habría casado furtivamente con una marinera llamada Markus Holms y que este la habría repudiado. No se sabe la razón, puesto que la ahora señora está de regreso en casa de sus padres, sin su marido. Como se recordará, ella es hermana de la reina de las debutantes Amy Townsend, prometida del guapísimo marqués de Saxonhurts y hermana del no menos guapo conde de Hamilton y de nuestro preferido, el hermoso vikingo Randolph Townsend. A propósito de este último, nos cuenta que...». ¡Cómo se atreven! —gritó Amy, rompiendo el periódico—. ¡Cómo se atreven! —Seguía destrozándolo y estrujando a la par que se ponía roja de cólera. Luego, comenzó a pasear por la habitación—. ¿Quién es esta mujer que escribe tales cosas? —Recogió los pedazos del periódico en el piso buscando el nombre—. Claro, ya lo recuerdo, como varias veces me negué a darle entrevistas para su escandaloso diario, se venga de mí así, pero me las pagará. ¿Qué se habrá creído? ¡Dios mío, que no lo lea Grace! Lo de Katy no importa, conociéndola, se matará de risa. Pero mi Grace... ¡Maldita bruja! Sí, ya me acuerdo de ella... Lady Georgina de Sales. ¡Qué va a ser lady!, una bataclana salida de Whitechapel, una arribista que se casó con un anciano de sesenta años para conseguir el título... Atreverse a decir eso de mi hermana.—Cálmate, Amy —habló Julian, asustado de su reacción— Nadie daña a mi familia y sale impune, Julian —soltó Amy muy enérgica, levantando el puño—. Cómo se atreve esta casquivana. Le responderé públicamente, en el London Journal, el primo de Letty es accionista de ese diario... ¡Oh, qué rabia! Pero ya verá esa cabaretera, regresará a Whitechapel a paso de polca una vez que acabe con ella. ¡Me dejo de llamar Amy Townsend sino le hago tragar sus palabras!—Cariño, cálmate —dijo Julian y agregó—: Amy, estaba pensando. ¿No sería conveniente retrasar la boda unos meses hasta

que pase este alboroto? —No terminó de decir esas palabras y Julian lo lamentó desde el fondo de su alma al ver el rostro indignado de Amy.—¿No quieres casarte conmigo? —preguntó ella.—No, cariño, es que el escándalo está ya en boca de todos y quizá haya gente que no asista...—Acabo de cortar su hermoso cabello a mi hermana — le dijo Amy con lágrimas en los ojos— porque le hace recordar al maldito que le malogró la vida.

Mi hermana querida sufre, ¿y crees que me importa la cantidad de invitados que vayan a mi matrimonio?—Amy, yo también quiero a Grace y mucho, estás mal interpretando mis palabras.—¿No me amas?—Amy, sí te amo. Está bien, no cambiaremos la fecha. Fue una tontería que sugirió mi madre, pero yo...—Te avergüenzas de mi familia —lo interrumpió ella— y no me amas.—Amy, fue una tontería. Claro que te amo. Y adoro a Grace. Perdóname, no sé ni por qué lo dije.—Te preocupa la cantidad de invitados que vayan a tu boda. A mí solo me preocuparía que no fueras tú. He corrido toda mi vida detrás de ti, Julian, te he amado desde siempre, ¿y crees que me preocupa la cantidad de asistentes que vayan a...?—Amy —la cortó Julian tomándola de los hombros—, perdóname, fue una tontería.—No, señor marqués, no fue una tontería. —Amy se alejó bruscamente cuando él quiso abrazarla—. No me amas. Está todo claro, recién lo veo con claridad. Quizás me tienes cariño y no soy tan mala opción, después de todo, algún día tenías que casarte.—Amy, por favor.— Qué tonta he sido —exclamó dándose un golpe en la frente—. He corrido una carrera y no había nadie en la meta. Yo solo quería que me amaras tanto como yo te amo a ti.—Amy, por favor, basta.—Está bien, Julian, retrasa el matrimonio —dijo Amy dispuesta a salir de la habitación—. O, mejor, cancelalo de una vez. No me casaré contigo.

—No sé si es su pretendiente o si lo ha adoptado como mascota.— ¡lan! —exclamó Violet—, no seas maleducado. Es un chico muy tierno y bastante gentil.—No le llega ni al hombro —indicó Ian señalando disimuladamente a Katy, quien caminaba al lado de su amigo Gatito, a las fueras de Garden House.—Eso demuestra que tiene mucha personalidad —habló Violet—, y no le atemoriza la estatura de Katy.

—Un estornudo y lo mata.—lan Townsend, modérate —murmuró lady Violet dándole un disimulado pellizco en el brazo. Los padres de Katy la observaban despedir a Edward Dashwood. A los pocos días que ella fuera expulsada del Instituto de cocina, Edward, o Gatito, se había aparecido en la casa de los Townsend con una bolsa de utensilios que Katy había olvidado en su abrupta salida, las recetas de las clases que habían avanzado desde su partida, además de un ramo de flores, algo marchitas y de las más económicas. Katy se había sorprendido, pero también emocionado de su visita y lo presentó a su familia como su amigo Gatito del Instituto. Y agradeció el gesto invitándolo, en vez de a comer, a cocinar para darle el gusto a Edward, que se maravilló de la hermosa cocina de Garden House y lo bien equipada que estaba. Al despedirse, él le había prometido que le llevaría los avances de las clases todos los días, pero Katy se rehusó pensando en el trajín de su pobre amigo de cruzar la ciudad para verla y el gasto sobre todo, por eso, tras mucha insistencia, lo convenció para que dejara ese trabajo de mozo en la taberna y que fuera a su casa tres veces por semana a darle las clases de todo lo que aprendiera en el instituto y que le pagaría un poco más de lo que ganaba en su anterior trabajo. Aunque Gatito se había rehusado muchas veces a cobrarle, aceptó al final porque ella le dijo que, si no le pagaba, no aceptaría sus visitas. Así que, en casa de los Townsend, el pequeño hombrecito daba clases a Katy y fraternizaba con la familia.—Es muy simpático y gracioso —dijo lady Violet a su esposo, quien se tapaba la boca para no reírse de como Katy tenía que agacharse para que su amigo pudiera despedirse de ella con besos en sus mejillas—. Además, no ha dicho que sea su pretendiente, es solo su amigo. Siempre la llama señorita Katy.— Desde que viene a la casa, se pierden los calcetines. Eso hacen los duendes.—¡lan!—¡Mamá, Katy me quiere pegar! —Bonnie llegó corriendo y se puso detrás de su papá.—¿Qué hiciste? —preguntó

Violet—Nada —dijo Bonnie, que observaba a Katy venir hacia ella levantando el puño—. Solo le hice una bromita a su novio, hasta él se rio.—Tú y tus bromitas —pronunció Violet—. Katy, déjala, yo la voy a castigar.—Espera nomás —exclamó Katy sin bajar el puño—, mocosa malcriada. Espera nomás...

—Anda, Katy —la apremió Violet—, tía Gloria te llama. Quiere hablar con nosotras. Una vez que Katy y Violet se fueron, Ian, muy sonriente, le dijo a Bonnie:—¿Le dijiste lo que hablamos?

—Está bien, acepto irme con ustedes de viaje.—¡Oh, Grace, será lo mejor! —habló Violet, abrazó a su hija y le pasó la mano por sus cabellos cortos—. Cuando volvamos, todo estará más tranquilo. Amy habrá reflexionado sobre su matrimonio con Julian. Veremos las escuelas de cocina de Katy en París. Quizás quieras quedarte con ella a vivir un tiempo y estudiar...—No voy a huir, mamá —la interrumpió Grace—, ni a esconderme, no me importa el escándalo ni lo que sale en los periódicos. Sobre eso quiero hablar con los dos.—¿Sobre el divorcio? —indagó Ian—. ¿Has cambiado de opinión?—No, ya te lo dije, papá, si yo solicito el divorcio, Mar... ese hombre querrá chantajearme, y no quiero que le des ni un centavo. Si quiere divorciarse, que él haga los trámites, que sea él el que gaste. Lo hará pronto para poder embaucar a otra estúpida.—Grace, no hables así... —le dijo Violet con mucha pena.—Es la verdad —Grace la interrumpió, besó la mano de su madre y continuó—: Tú siempre nos has dicho que hasta de las peores desgracias se puede sacar una lección; yo obtuve varias. La primera es que yo fui la culpable de todo lo que me pasó, siempre fui muy débil, estuve demasiado sobreprotegida, todos pendientes de mí, de que nadie me lastimara, que no me marginara por ser mestiza, que nadie se burlara del color de mi piel. ¿Qué conseguí?, ser una persona débil, temerosa, fácil de manipular.—Eres una buena mujer —acotó Violet—, valiosa...—Sí, madre, pero débil. Todos en esta casa se sienten culpables por lo que me sucedió, hasta mis hermanas menores lamentan no haber estado más atentas para defenderme. Henry se siente culpable, y Josué también. Ahora tenemos que tener cuidado de que Randolph no mate a... ese hombre luego de todo lo que salió en los periódicos. Todos se

sienten responsables de la tontería que cometió unamujer de veinticuatro años.—Te amamos y...

—Violet, déjala hablar —la amonestó Ian mirando a su hija—. ¿Qué deseas, Grace?—Quiero independizarme, padre, no volveré a casarme, entonces te pido, por favor, que me des mi dote y la herencia que me dejaron los abuelos. Voy a poner una escuela para niñas, ustedes saben que es un deseo que siempre quise, quiero ser responsable de mi propia vida.—¿Te irás de casa? —dijo Violet consternada—, ¿pero cómo?, ¿y sola?—Tía Gloria se irá conmigo —informó Grace—. Ya lo conversamos. ¿Qué dices, papá?—¿Violet? —preguntó Ian mirando a su esposa.—Solo quiero verte feliz —respondió Violet después de pensar unos segundos—. Si tener tu escuela te hará feliz, está bien. Solo prométeme una cosa, cariño.—Tomó el rostro de su hija entre sus manos—. No te vuelvas una mujer amargada, comienza a perdonar para que puedas olvidar.—Te lo prometo, mamá —dijo Grace, abrazándola.—Entonces está decidido —agregó Ian uniéndose al abrazo—. Pero igual haremos este viaje, veremos esas escuelas para Katy en París, antes que se le ocurra otra locura, y haremos que Amy, esa orgullosa hija tuya, desista de anular el compromiso.—Ese orgullo la ha heredado de ti —le habló Violet sin soltar el abrazo—Y descansaremos de las serenatas de Julian —soltó Ian sonriendo.

Unas noches después del regreso a casa, Grace entró a la habitación de su querida tía Gloria. Habían hablado muy poco desde que pasó su matrimonio con Markus y su retorno a Garden House.—Tía, quiero pedirte perdón. Mi separación traerá vergüenza a mi familia y...—Ven, Grace. —Tía Gloria abrió los brazos y la sentó a su lado en la cama—, no estoy molesta porque te separes de esa porquería de hombre. Hasta me siento orgullosa que hayas tomado esa decisión. Estoy molesta de que no le contarás a nadie que te estabas enamorando, nosotros te pudimos abrir los ojos, pero tú callaste.—Lo siento, me dejé manipular y...—¿No hemos sido siempre amigas? —

la interrumpió su tía secando sus lágrimas—. Cuando llegaste a Garden House fui tan feliz, eres una niña tan dulce, cariñosa, tierna. Mi niña más querida. No se los digas a tus hermanas,

pero siempre sentí que tú y yo teníamos una conexión especial. ¿Por qué no me lo contaste?, yo te pude haber prevenido.—Perdón, tía. Fui una tonta, y ahora he traído deshonor a esta casa.—¡Va, tonterías! —exclamó la tía agitando una mano en el aire—. Con orgullo se puede salir de esto y bien librada. Y, en realidad, no estoy molesta, estoy dolida porque mi historia se repitió contigo. —Después de unos segundos en silencio y de un prolongado suspiro, le dijo—: ¿Sabes cómo terminé en Garden House?, ¿por qué amo esta casa? Hace mucho tiempo, alguna vez también fui joven, no era bonita como tú, mis padres estaban en la quiebra y lo único que tenía para tentar a un hombre era ser hija de un caballero. Ya me había pasado la edad de desposar, largamente. No fue mi culpa que no hubieran pretendientes. Entonces, de forma increíble, se presenta un amigo de la familia, a quien no habíamos visto en mucho tiempo. Era un joven muy atractivo, noble y con mucho dinero. Para sorpresa de todos, comienza a cortejarme; unas semanas de cortejo y pide mi mano. Yo estaba feliz, ¿enamorada?... Quizás. Mis padres, ni que se diga, no daban saltos de alegría por no faltar al decoro, pero ganas no les faltaban. Solo tuvieron dos hijos, y mi hermano, mayor que yo, ya sé... Ya se había casado y gastado toda la dote de su esposa. Yo era la única esperanza de la familia. Entonces se presentó el príncipe azul como un milagro, inmediatamente se fijó la fecha y comenzaron los preparativos del matrimonio. Todo era felicidad, iba a ser un matrimonio por todo lo alto. Era la noche anterior a la gran boda y yo me había percatado de que mi encantador novio nunca me había dado un beso; romántica y soñadora, me aventuré a buscarlo. Se hospedaba en una hacienda cercana a la nuestra, que había comprado y sería nuestro lugar de residencia. Había una luna llena muy hermosa y, con ese fondo, quería recibir mi primer beso antes de casarme. Fui sola, caminando entre a la casa por los jardines, escuché unas voces y risas, era la de mi futuro novio y de

otro caballero. Quise sorprenderlo saltando detrás de los arbustos, asomé la cabeza sin ser vista y lo que vi fue... a mi novio en las piernas del otro caballero, besándose, muy amorosos, a la luz de luna llena. Se percataron de mi presencia, muy sorprendidos. Ante los hechos, era innegable lo que pasaba entre ellos. Traté de correr, pero entre los dos me cercaron para que no huyera, lo cual me asustó mucho. Él comenzó hablarme muy nervioso, con argumentos enredados pero cortés. Fue el otro caballero que, sin muchas consideraciones, me clarificó el panorama, diciéndome: «Eres vieja para casarte, sin belleza, sin dote. Esta es tu oportunidad de salir de casa de tus padres, serás la esposa de un caballero,

tendrás riquezas, hijos, un hogar decente. A cambio, él y yo te pedimos discreción. Seremos amables contigo, tú miraras a otro lado y todos seremos felices». Muy asustada, acepté, y regresé acompañada por ellos a mi casa. Esperé unas horas y le conté a mis padres lo que había sucedido. —La tía Gloria calló un momento y, con pena, agregó —: A diferencia tuya, mis padres no me querían, mamá tiernamente me dijo que aceptara, aun así, el matrimonio, que esos deslices eran comunes entre los caballeros y que siempre era mucho peor ser una solterona. Mi padre me abofeteó diciendo que todo era mentira, que yo inventaba esas calumnias para no casarme solo para fastidiarlo a él, que siempre había sido una joven muy egoísta y que si me atrevía a repetir lo que les había contado, me golpearía o terminaría internada en un manicomio y que de todas maneras me casaba. Fue la noche más larga de mi vida, Grace. En medio de tanto dolor, me acordé del tío Henry, el conde de Hamilton. Lo había visto muy pocas veces en los últimos años, pero siempre había sido muy cariñoso conmigo, muy diferente a mis demás familiares. Escapé de madrugada, con una muda de ropa y joyas que mi novio me había regalado. Con mucho miedo, llegué aquí, a Garden House, casi al amanecer. Mi tío ya estaba viudo y unido a la bella Bonnie; Violet no tendría ni cinco años. Ellos me recibieron con los brazos abiertos y me dieron su protección. A los pocos días, enterados de mi permanencia aquí, se aparecieron mis padres, con mi novio, para llevarme a casa y proseguir con los planes de la boda, acusando al tío Henry de apañar cosas de mujeres, discusiones de enamorados. Mi tío, muy molesto, les dijo que él sabía la verdad y que de Garden House yo no salía. Discutieron mucho. Tu bisabuelo era un hombre tranquilo y cariñoso en extremo, pero cuando se enfurecía, parecía un león; tu hermano Henry se parece mucho a él... En fin, pero ya por esa época el tío tenía fama de no estar muy bien de la cabeza por sus excentricidades, así que sus amenazas no hicieron

mucho efecto, entonces fue Bonnie quién salió en mi defensa. Ella era diferente, sin inmutarse, ni alzar la voz, mirando fijamente a mi padre le dijo: «Harold —así se llamaba él—, tú me conoces, sabes quién soy, sabes de mis amistades, los secretos que sé y la gente que saltaría de un barranco si yo se lo pido», «Es por su bien Bonnie», le respondió, hipócritamente, mi padre. «¿Por su bien? —contestó ella cuadrándosele al frente; tu bisabuela era muy alta, erguida, tenía el porte y majestad de una reina— Ya averigüé todo. El padre de este sinvergüenza —lo dijo señalando a mi novio— le hizo lo mismo a su madre. No finjas, malnacido. Tu padre era como tú, se casó con tu madre, tuvo un heredero y la confinó en una casa, en las afueras de Escocia, para que no

lo estorbara. Nunca más se supo de ella». «¿Eso harás con mi sobrina?», gritó tubisabuelo, rojo de ira, tomándolo de las solapa. Mi novio se puso blanco demiedo y tartamudeó disculpas, al igual que mi padre. Se marcharon con la amenaza de Bonnie de que si algo me pasaba, ella vería la manera de destruirlos, de hacer todo público. Agregó, al final, mirando a mi padre, quien estaba ya en la puerta: «A mí sí me tienes que temer Harold, recuerda de dónde me conoces y de lo que soy capaz». Hasta ahora recuerdo sus palabras y la manera como las dijo. Nunca más volví a ver a mis padres, me quedé con la duda si no sabía todo eso de antemano o si hubiese sido su plan. Pasé unos meses en Garden House, sanando en estas paredes mi maltrecho corazón. Cuando estuve lista, con los consejos de tus bisabuelos y con el dinero de la joyas de mi novio, me dediqué a hacer lo que más gustaba, viajar por el mundo ofreciendo mis servicios de chaperona y casamentera para que otras jóvenes no pasaran por lo mismo que yo. Descubrí mi vocación, hice mi dinero, fui libre. ¡Cuántas parejas he unido!, ¡cuántos buenos matrimonios logré! ¿No ves qué tan buen marido le conseguí a tu madre? ¡Ay, Grace!, este es mi oficio, de solo verlo, hubiese desenmascarado a esa canalla. — Después de una pausa, cerró los ojos y, dándose palmadas a sus piernas, agregó—: En fin, lo hecho, hecho está...—¿Qué sabes de tu novio? —preguntó Grace.—¿El novio?, se casó con otra chica muy parecida a mí. Sobre mi conciencia está que sí le advertí, pero ella, aun así, se casó con él; enviudó hace unas décadas y es ahora un respetable miembro de la cámara de los lores, aun cuando nunca tuvo hijos. El otro caballero también se casó, es un hombre apreciado en la alta sociedad, tiene muchos hijos, y ambos siempre han vivido en la misma comarca. No les cuestiono su vida, pero sí la perfidia que quisieron cometer conmigo. Y nunca —le dijo la tía tomando su mentón y señalándola con un dedo—, pero nunca me arrepentí de la decisión que tomé.—Tía, quiero pedirte algo —murmuró Grace.—Lo

que quieras, cariño.

C APÍTULO 8

— ué bueno que viniste, Richard. ¿Hablaste con ella?—Sí, pero no conseguí mucho, Elinor. Los Townsend viajaran a París con las chicas, incluida Amy.—Pero ¿en serio sigue con la locura de cancelar la boda? Julian está comoloco, no come, no duerme. Está hecho un esperpento corriendo por la ciudad, llevándole serenatas, dulces, flores; no sabe qué más hacer. Me culpa a mí por darle la sugerencia de aplazar la boda.—Voy a ver a Henry para que hable con su hermana —anunció Julian cruzando la puerta de la calle, sin saludar o despedirse de los presentes.—No quiere ni hablarme —dijo la marquesa muy apenada—, esa ahijada tuya es muy orgullosa.—Ay, Elinor —exclamó el doctor también apenado—. Qué te digo, dignanuera tuya.—Richard, te lo juro. Si me incomodó las cosas de las chicas y que salieran en la prensa, no te lo niego, pero sé que no son culpables, las traté muy poco, pero me simpatizan, y esas cosas pasan. Si es un mal hombre, está bien que Grace lo haya rechazado. Yo sé lo que es un matrimonio con un mal esposo, además, los tiempos cambian, ella tiene el apoyo de su familia. —Después de una pausa, suspirando, agregó—: Le sugeriré a Julian que retrase un par de meses la boda para que se calmaran las aguas, es que el rey había dicho que asistiría..., pero no pensé que...—No pensaste en la reacción de Amy.—Que niña más orgullosa.—No es orgullo, Elinor —acotó el doctor con un gesto triste—. Hablé con ella, todos hemos hablado con ella, pero... Veo más temor que orgullo. Lo que le pasó a Grace la ha afectado mucho, a todos en la casa, pero particularmente a

Q

ella; teme que Julian en realidad no la quiera, siente que ella prácticamente lo obligó a quererla y que no resultará. Qué se yo, mejor es darles tiempo, quizá este viaje les haga bien...—¿Y si yo voy hablar con ella? —preguntó la marquesa.—Sí que estás asustada. —Le sonrió su primo, palmeándole su mano—. Conozco a Amy, ama a tu hijo. No sé cómo ni cuándo, pero esto se resolverá para bien. Dale tiempo.

—Lo siento, chicas, interrumpiremos el viaje, mamá y yo debemos regresar a Londres, hay problemas —dijo Ian al entrar al cuarto del hotel donde estaban sus hijas tomando el té.—¿Y París? —preguntó Katy asustada—, estamos tan cerca.—Seguirán con tía Helen y German, ya hablamos con ellos —les informó Violet acercándose a Katy para limpiarle con un pañuelo restos de crema en su cara—. Verán las escuelas, y si encuentras la que te gusta, te inscribes.—¿Qué ha pasado, padre? —preguntó Grace.—Alexandra Romanov —respondió él—, escapó de Nueva York y ahora está en Londres. Sus padres, muy preocupados, nos telegrafiaron para buscarla. Está en esas cosas de sufragistas y, al parecer, ya se metió en problemas.—¡Va a impedir el matrimonio de Henry! —exclamó Amy. En ese momento, las tres hermanas se quedaron mirando entre ellas, asustadas.—¿Qué saben ustedes? —indagó Violet, observándolas, muy seria.—Las últimas cartas —dijo Amy dudando—, cuando le contamos que Henry había puesto fecha a su matrimonio y que...—¿Qué? —preguntó Ian.—Que Eliza era una bruja insoportable —habló Katy levantando los hombros—. Nos escribió diciendo que había tomado la decisión de hablar con Henry antes de que cometiera ese despropósito.—Ha estado enamorada de Henry —contó Grace casi en murmullos— desde hace años.—Pero solo se han visto una vez, de niños —pronunció Ian.—Por cartas —agregó Amy.—¿Se han estado escribiendo? —preguntó el padre, extrañado y cada vez

más confundido—. ¿Desde cuándo?—No, ellos no se escriben —
aclaró Grace dando un suspiro—. Es difícil de

explicar, papá. Ella leía de Henry lo que mamá contaba, como era él y no sé...Dijo que se enamoró de él.—¿Y ha viajado sola, desde Nueva York a Londres, para decírselo? —indagólan.—E impedir la boda —añadió Katy.—¡Mujeres! —soltó Ian y, luego, se quedó mirando a su esposa—. ¿Violet, porqué sonríes?, ¿qué te parece gracioso?—¡Oh, Ian, cariño! —respondió ella—. ¿No sería maravilloso que Henry deje la odiosa de Eliza por la adorable Alexandra?Después de dar un suspiro que pareció el resoplar de un toro, Ian le dijo a su esposa:— Partamos de una vez, antes que me vuelvan loco.—Amy —nombró Violet una vez que salió Ian tirando la puerta—, ¿no quieres que le diga algo a Julian?Amy se puso nerviosa y, antes de que partiera en llanto, su madre abrió los brazos.—Ven. —Violet la abrazó y la acunó en su pecho—. Deja ese tonto orgullo.Regresa con nosotros y arregla las cosas con Julian.—No me ama, mamá —dijo Amy soltando incontenibles lágrimas.—Me lo has contado todo, palabra por palabra —pronunció su mamá, besando su frente—. Ciento de veces, todo no es más que una confusión.—Mamá tiene razón —apoyaron, al mismo tiempo, Katy y Grace con mucha pena, mirando a su hermana.—No me ama —repitió Amy, frotando su nariz—. No quiero casarme conalguien que no me ama, tanto como yo a él.Cuando Ian entró en la habitación, encontró a las cuatro mujeres abrazadas, llorando.— Hombres —murmuró para sí, retirándose lentamente—, debí tener solo hijos hombres.

Katy entró a la habitación del hotel donde estaban sus hermanas, sonrojada y muy nerviosa, con una carta en una mano y en la otra un pastel.—¡Henry se casa! —Agitaba la carta a medida que engullía el dulce con avidez—. ¡Henry se casa!—Ya sabemos que se va a casar —dijo Amy sin dejar de hacer un bosquejo del

paisaje de una hermosa calle parisina que veía desde su ventana del hotel.—¡Se casa con Alexandra Romanov! —gritó Katy, atorándose con lo que comía. Inmediatamente, Grace, que estaba acomodando la ropa, y Amy se abalanzaron sobre Katy.—¿Cómo? —preguntaron al mismo tiempo.—Dice mamá que —hablaba Katy con hipo— terminó con Eliza, que se casará con Alexandra, que están muy enamorados y que tendrá que ser lo más pronto, porque... —cambió rápidamente de papel— cree que Alexandra está embarazada. ¡Henry será papá!— ¿Qué?, ¿Henry? —indagó Amy haciendo un gesto gracioso—. ¿Nuestro Henry, el hijo perfecto, el correctísimo, intachable Henry Townsend, conde Hamilton?—Y perfecto caballero inglés —agregó Grace riéndose.—Así es —afirmó Katy, riéndose y aventándose sobre la cama—. Nuestro perfecto hermano embarazó a Alexandra Romanov sin casarse.—Chicas —dijo Grace conteniendo la risa—, nos regresamos a Londres.—Está bien —claudicó Katy riéndose a más no poder—. La boda de Henry no me la pierdo ni por Le cordon bleu. La casa de los Townsend se consagró al alboroto: una boda en dos semanas. Todos corrieron como locos de un lado a otro, hasta Grace dejó su marasmo de tristeza y participó activamente en los preparativos. Apenas llegaron a Garden House, Katy llamó a su amigo Gatito y se dedicaron a planear el menú, pero lo más importante, a hacer el pastel. Helen y German, que las acompañaron de vuelta a Londres, reían del caos formado.—Julian vendrá a la boda porque es el mejor amigo de Henry.—Lo sé —dijo Amy frotándose los dedos—. Lo sé, Grace. Estoy preparándome, tiene que venir. ¡Oh, Grace!, yo lo amo desde siempre, yo lo amo tanto, tú lo sabes, nunca ha habido nadie más que él en mis pensamientos, en mi corazón. No soy orgullosa. No con él. Solo tuve miedo., pero... lo eché a perder, lo arruiné todo. Esta semana no ha venido, seguro esa tonta de lady Alessia lo tiene cercado. ¿Qué voy a hacer? Mamá siempre me dijo que mi carácter es mi debilidad y...—Amy, basta. —Grace la abrazó

con ternura—. Ya todos en esta casa, desde papá hasta la tía Gloria, hasta nuestro reservado tío German, te han dicho que tu comportamiento es absurdo. Solo habla con Julian, él también te ama, ¿qué hombre se trepa por una enredadera a cantarte a las tres de la mañana si no es

por amor? Suerte que no se mató en la caída. —Grace sonrió—. Lo de ustedes es amor de verdad. —Hizo una pausa, pensando en ella y Markus, para luego sentenciar—: Lo de ustedes sí es amor de verdad. Como dice tu padrino, no sé cómo ni cuándo, pero se arreglará.— Chicas —se escuchó el grito de Katy desde la primera planta de la casa—, dice papá que bajen, el rey va dar un mensaje por la radio... No estoy gritando, tía Helen, eres igual que tía Gloria... Solo hablo fuerte... Me da flojera subir. Tío German, dile a tía Helen que no es de mala educación hablar fuerte... ¡Grace, apúrate!, solo tú sabes sintonizar esa cosa... Estoy con las manos grasosas, tía Gloria, ¿por qué, tía? Porque estoy avanzando con las flores del pastel de Henry.

La Gran Guerra interrumpió la vida de la familia Townsend y nada volvió a ser igual. Para empezar, se tuvo que adelantar la boda de Henry cuatro días porque tanto él como Julian pertenecían a la reserva de voluntarios. Randolph y Josué no pudieron asistir al enlace de su hermano mayor porque inmediatamente fueron encuartelados para la tropa que partiría a Bélgica. Apenas acabó la modesta ceremonia, Henry partió al igual que Julian a hacer lo mismo, tal que este ni siquiera pudo ver a Amy. Los Romanov también marcharon esa misma tarde rumbo a América, encomendando a su hija a los Townsend, quien se quedaba en casa con Nana. Helen y German, los grandes viajeros, al no poder regresar a Francia, decidieron de improviso irse con ellos a Nueva York. Y la pobre Katy se quedó con su pastel de novias a medio hacer.

—¿Qué haces aquí?—Tenía que hablar contigo, tenía que explicarte...—¿Cómo entraste?, ¿estás loca? Estas son barracas de soldados, te pudo pasar algo. ¿Cómo te dejaron pasar?—Dije que venía a verte, Julian, y que no me iría sin hacerlo, entonces me dejaron pasar.—Pudieron haberte...—Yo tenía que decirte —lo

interrumpió Amy—, antes que te fueras, lo que pasó ese día...—¿Y a esta hora?, ¿sabes lo que piensan que eres?

—¡Por Dios!, ¿quieres dejarme hablar, Julian? ¡Qué importa cómo vine y la hora! —gritó Amy—. Y lo que piensen me importa menos, tengo que decirte algo importante. Mañana te vas al frente, yo tengo que decirte...—Nada te detiene, Amy Townsend —la cortó Julian.— No, por favor, escúchame. Yo sé que te herí, que nunca debí haber anulado nuestro compromiso, pero...—No me avergüenza lo que pasó con Grace, ni a mi madre...—Lo sé, lo sé, amor. Eres bueno y por eso te amo. Pero... No fue orgullo, Julian, como dice mi madre, no fue por orgullo, fue por miedo. Tuve miedo de que en verdad no me amaras, de que este amor que te he tenido desde niña no lo compartieras tú también. Qué prácticamente te cerqué, tuve temor que no sintieras lo que yo sentía por ti, que solo mi amor no fuera suficiente para que funcionara... Y, en realidad, tú podrías haber escogido otra mujer, pero yo insistí tanto que...—Y decidiste que ya no habría boda —la interrumpió Julian.—No fue orgullo, créeme, fue miedo, de que no me amarás igual que yo a ti. Pero no puedo dejar que te vayas a la guerra pensando eso, que no te amo. Y... Amy vio a Julian comenzar a alistarse, abotonarse su camisa y ponerse la gabardina encima.—¿Ni siquiera me vas a escuchar? —preguntó Amy molesta. Se abotonó, Julian, hasta el último botón, tomó la mano a Amy y la hizo salir de la habitación. Comenzaron a caminar por el recinto militar; Julian, con pasos gigantados, y Amy, casi corriendo detrás de él.—Espera, Julian, no puedo caminar tan rápido como tú—¡Oh, sí que puedes, Amy Townsend. —De repente, se paró frente a una barraca y gritó fuerte—: ¡Randolph y Josué Townsend!, ¡salgan!—¿Aquí están mis hermanos? ¿Para qué los llamas? Puedo regresarme sola a Garden House. Julian, me aprietas la mano.—¡Randolph! —volvió a gritar, con más fuerza, Julian—. ¡Josué!—¿Qué pasa, cabeza de huevo? —De la barraca, salió Randolph despeinado, con la camisa a medio desabotonar, y, al segundo dos mujeres de ropas muy vistosas, detrás de él—. ¿Amy, que haces aquí?—¿Qué pasa? —dijo Josué

acomodándose las gafas—. ¿Amy, eres tú?—Su hermana —vociferó Julian sin soltar a Amy de la mano— vino sola y a estas horas a meterse a mi barraca.—¿Quiénes son estas señoritas, Randolph? — indagó Amy, mirando seria a las

damas que lo acompañaban—. Buenas noches —saludó dirigiéndose a ellas—, soy Amy Townsend.—Hola —dijeron al mismo tiempo, riéndose coquetamente.—¿Pueden explicarle —exclamó Julian dirigiéndose a los hermanos— a su hermana por qué está mal que una mujer entre sola a la barraca de un hombre soltero, en un campamento militar?—Pues... —habló Randolph rascándose la cabeza.—Julian, tengo que terminar unos escritos —acotó Josué muy serio—, ¿qué es lo que quieres?—Julian, ¿qué pasa? —Amy trató de soltarse, infructuosamente, de su mano.—Sí —resopló Julian—, ya sé que a ustedes los Townsend no les importa lo que los demás piensen. Pues a mí sí, estoy yendo a buscar al capellán del campamento y, si quieren entregar a su hermana y ser testigos, será mejor que nos sigan. —Acto seguido, sin soltar a Amy, comenzó a caminar a paso veloz.—¿Qué pasa, Julian? —preguntó Amy tratando de seguirle el paso—. No te entiendo, ¿capellán?—Chicas —anunció Randolph—, nos han invitado a un matrimonio. —Luego, dirigiéndose a Josué, agregó—: Cerebritito, apúrate.—Papá estará muy molesto y, como siempre, nos echará la culpa —soltó Josué ayudando a las chicas a bajar las escalinatas—. Esto sí que hará estallar Garden House. Ni que decir lo que dirá tía Gloria.—Pero... —balbuceó Amy al escuchar a su hermano.—No te volverás a escapar de mí, Amy Townsend. Esta vez, no —dijo Julian sin aminorar el paso y sin voltear a verla. Cuando Amy se vio delante del capellán y con Randolph diciéndole que era su hermano y que él la entregaría, secundado por Josué, comprendió lo que pasaba. Las amigas de Randolph, muy risueñas y amables, fueron las testigos del marqués de Saxonhursts, se sacaron unas flores artificiales de los cabellos y se las entregaron como su boquete de novia a Amy, que estaba en un estado de aturdimiento que apenas atinó a asentir cuando le preguntaron si quería casarse con Julian. Cuando él dio el sí, le dijo al oído:—Te amo, Amy, profunda, real y desesperadamente. Luego de los efusivos

abrazos y felicitaciones, especialmente de las amigas de Randolph a los novios, de unas palabras medias enredadas de Josué sobre los deberes de Julian a su hermana, las que Randolph acertó con un: «Si la haces llorar, te matamos», y después de tomar un vino rancio que trajo el capellán,

Julian se disculpó en llevarse a su esposa a sus aposentos, puesto que su trensalía dentro de dos horas.—Siento mucho que así fuese nuestra noche de bodas, en un camarote y... —murmuró Julian besando sus cabellos.—Fue perfecto, Julian —lo interrumpió Amy, llorando, pegada a su pecho—. Fue muy hermoso, la más hermosa de las noches de bodas y el más romántico de los matrimonios.—Te amo, Amy —le dijo Julian.—Vuelve a mí, por favor. —Amy se sujetaba con fuerza a su chaqueta, hasta que Julian tuvo que soltarse y entregarla a su hermano.—Randolph, llévatela —ordenó Julian.—Vamos, Amy, tenemos que partir —la apremió su hermano Josué—. Patita, déjalo, ya sale nuestro tren. Las chicas, que fueron testigos de la boda, despertaron primero al detenerse el coche bruscamente delante de una impresionante mansión; luego le pasaron la voz a Randolph para que despertara a su hermana Amy que dormía recostada en su pecho —Amy, ya llegamos —anunció Randolph moviendo el hombro para que se despertase.—Dile a mamá que me casé —habló Amy aun adormilada.—No estamos en Garden House —repuso Randolph, la con más fuerza para que terminara de despertarse—. Julian me pidió que te trajera a tu casa.—¿Aquí es? —preguntó una de las chicas del campamento—. Mierda, es inmenso.—Nunca había visto el castillo de un marqués —dijo la otra—. Es gigante.—Pueden venir cuando quieran —se dirigió Amy a ambas muchachas, con una sonrisa—. Han sido testigos de mi boda y ahora son mis amigas. Las chicas sonrieron, miraron a Randolph levantar una ceja, inclinar la cabeza y también sonreír; luego, ayudaron a bajar a Amy del coche, y esta se despidió de una manera muy amable de ellas. Parada en la entrada principal del castillo, esperaba la marquesa madre de Julian. Al verla, Amy compuso su cabello y su arrugado vestido lo más que pudo y, con Randolph a su diestra, le dieron alcance.—¿A qué debo el honor de esta visita y a estas horas? —dijo la marquesa madre, muy seria.—Buenos días, lady Elinor —respondió Amy haciendo una reverencia

— Me

casé ayer con Julian. —Después de una pausa, agregó—: Por eso estoy aquí...Madre.—Yo fui quien la entregó —informó Randolph, bostezando—, y con Josué somos testigos de la boda. Julian me pidió que la dejara aquí, en su casa.—¿Y esas mujeres? —indagó la marquesa viendo a las mujeres que la saludaban por la ventanilla del carruaje.—Amigas de su hijo. —Randolph, haciendo un gesto de asombro, soltó—: Fueron sus testigos de la boda.—Bueno, pasen —adujo la marquesa.—Yo las dejo aquí, parto en una hora. —Amy abrazó fuertemente a su hermano, y este la besó en la cabeza—. Cuídate, Patita. Randolph giró en sus talones, pero antes le hizo una sobreactuada reverencia a la marquesa madre. Después de unos pasos, Amy corrió detrás de él y, abrazándolo de nuevo, le pidió, conmovida, entre lágrimas, que cuidara a Julian. Fue ese instante, ese pedido y las sinceras lágrimas los que lograron que la marquesa madre bajara todas sus defensas. Mandó llamar a todos los sirvientes para que conocieran a la esposa de su hijo y nueva marquesa de Saxonhurts.

—¿Y bien?, ¿noticias? El Marqués de Rogarth escuchaba las novedades del mundo exterior mientras paseaba su enorme figura en esa pequeña jaula de gruesos barrotes, provisto, eso sí, con toda clase de comodidades: cama con doseles, pinturas, adornos. Un sirviente particular y comida exquisita traída del exterior.—Bueno, la chica —dijo Armand, su asistente—. Amy se casó con el marqués de Saxonhurts, en secreto, en un campamento militar. Ahora está viviendo en el castillo de...—Con la odiosa Elinor —interrumpió el marqués—, pero mi hija sabrá hacerle frente, hizo bien en casarse antes de que ese joven marchase a la guerra. Bien pensado, una marquesa. Después del escandaloso juicio donde al marqués de Rogarth se lo había declarado culpable de bigamia, secuestro y tortura de su primera esposa, de haberla encerrado en un sanatorio para

enfermos mentales, donde se comprobó, incluso, que había pagado para que la desaparecieran, fue condenado por la cortea muchos años de cárcel. Una vez encerrado, se dio el caso que se obsesionó conseguir a detalle la vida de dos de las hijas de los Townsend, Amy y Katherin,

quienes, sacando números y después de la información que le había dado Gervais, alguna de ellas podría ser la hija que había tenido con su querida Beatriz, la única mujer que juraba haber amado en su vida. —¿Y Katherine? —preguntó el marques a su asistente.—La escuela de cocina ha mandado disculpas públicas en los diarios y se la ha reconocido como alumna del instituto.—Bien. —Soltó el marqués una sonora carcajada y, aplaudiendo, agregó—:Qué atrevida, hacerse pasar por hombre para entrar a estudiar cocina, los engañó tanto meses... y ahora hace que se retracten. Tiene mi fuerza y el carácter atrevido de su madre. —Luego de estar unos segundos pensativo, suspiró—. Mi Beatriz estaría tan orgullosa de ambas. Armand, en silencio, miraba atentamente las erráticas reacciones de su jefe, reía de los logros de sus hijas, Amy y Katherine Townsend. A ambas las llamaba hijas, luego, recordando a su amada Beatriz, tomaba un pañuelo envuelto en una medalla y lloraba murmurando desbordadas palabras de amor. Armand lo miraba pensando que el marqués, desde su encierro, había comenzado a enloquecer. Él estaba seguro de que lo primero que haría el marqués sería buscar venganza por su encierro y arremetería contra Gertrudis, Valery y, sobre todo, contra Violet Townsend, puesto que su testimonio había sido el que más lo perjudicó en el juicio, esa pequeña mujer lo había ridiculizado de tal manera en el juicio que hasta tuvo el atrevimiento de pegarle en la cabeza con la Biblia del juez, diciéndole que de esa manera empezaría a sentir la justicia de Dios. Pero, extrañamente, al terminar el juicio, el marqués se había negado a proceder a vengarse de todos los que habían logrado encerrarlo, repitiendo a su asistente, una y otra vez, «le di mi palabra a Gervais. Sí, ya sé que mi palabra no valenada, pero la mujer pequeña ha criado con mucho amor a mi hija, sabiendo que es mía y de mi amada Beatriz, quien, en su lecho de muerte, rogó por ella. Ellos cumplieron, los Townsend cumplieron. Yo, por mi parte, los

dejaré vivir». No hubo manera de indagar más sobre detalles que pudieran aclarar cuál de ambas era la hija del marqués, puesto que tenían la misma edad, la manera cómo habían llegado a Garden House tenía que ver con Gervais, no había sirvientes de aquella época o alguien que hubiese visto u oído algo que pudiera dar luz sobre ese secreto. La verdad estaba en Gervais, Violet y el mismo Ian, quienes, muy astutos, habían hilado muy fino para ocultar su identidad. El marqués estaba seguro de que habían adoptado a otra niña de la misma edad para ese fin. Gervais era muy listo y, en una de sus charlas, le había dicho que lo mejor que le

había podido pasar a su hijo era haber crecido lejos de él. ¿Sería cierto? Eso se preguntaba el marqués, hombre egoísta e insensible al fin al cabo, pensaba que el hijo de la mujer que tanto había amado, porque sí, estaba seguro de haberla amado, estaba vivo. Reconocía que los Townsend eran buenos padres, aun así, él quería saber, él tenía el derecho de saber quién era su hija. Físicamente, también era imposible aclararlo, mientras Amy tenía la contextura pequeña de su supuesta madre, Beatriz, más los ojos azules y cabellos rubios del marqués de Rogarth, Katy, por su parte, tenía su altura y corpulencia, tal como eran sus hijas mayores, las que tuvo con su primera esposa. Quiso averiguar si alguna vez los Townsend habían tenido diferencias en sus afectos para algunas de ellas, pero la respuesta siempre era la misma: padres excesivamente cariñosos y dedicados a todos sus hijos sin distinción. Con el pasar del tiempo, en su mente, el marqués las unificó en una.—Señor, sus hijas mayores —habló Armand muy preocupado—, están consiguiendo que, de tal manera, en la corte les reconozca la desafiliación y han pedido que su primera esposa reciba todo su...—De esas ingratas no quiero saber nada —lo interrumpió, disgustado, el marqués, agitando su mano—. No me importan.—Pero perderá gran parte de su fortuna...—Tonterías, no quiero saber nada de esas malas hijas, nunca han venido averme, que se queden con la loca de su madre. Además, tú sabes bien, Armand, que el grueso de mi fortuna no está en papeles formales. Por otro lado, se avecina una guerra, la oportunidad de hacer mucho dinero.—Pero, señor...—Basta, esas mujeres no son mis hijas —dijo el marqués frotando el pañuelo en su mejilla—. Nunca las quise, son débiles como su madre. En cambio, la hija de la mujer que tanto amé tiene que ser como una de ellas, Katherin o Amy, ellas son mis hijas. —Luego de una pausa y de un dramático suspiro, agregó—: Ahora, hablemos de negocios.—Contrabando de armas —pronunció Armand—. Estoy negociando con ambos bandos.—Bien, la guerra donde otros ven destrucción y

muerte, los inteligentes como nosotros vemos dinero, mucho dinero. Y mientras más larga sea, mucho mejor. El sistema de Alianzas hará que esta guerra involucre a todos los países de Europa; más países involucrados, más equilibrio de fuerzas, un conflicto más largo. Estúpidos, están llevando a toda Europa directo a un acantilado...

—Está todo planificado, su excelencia, contactos, proveedores. Como usted indicó, nos estamos abasteciendo y, cuando se agudice la guerra, comenzaremos a ofertar.—Bien. —Aplaudió el marqués—. Es hora de hacer mucho dinero. Escribe a quienes debes contactar en Alemania, pero, primero, antes que me olvide, tráeme lienzos y pinturas, se están agotando, y retratar a mi amada me reconforta tanto... ¡Ah! También, muy importante, cambia el cocinero, esas trufas de chocolate estaban terribles, lastimaron con su sabor mi delicado paladar.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

CARTAS DESDE LAS TRINCHERAS [1]

Querida Grace: Llevo dos semanas en una trinchera de primera línea, al sur de Francia. Hace tres noches que llueve y el agua nos llega a las rodillas. Frío, hambre, ratas que nadan entre nuestras piernas; los hombres orinan y defecan en esa misma agua que discurre. Si no nos mata el enemigo, lo hará más rápido la peste, pero, aun así, no es lo más terrible. Somos la tercera oleada en el siguiente ataque, nos ofrecimos voluntarios a cambio de tener un rancho caliente. ¿Puedes creer que soldados acepten ir a una muerte segura por un plato de comida caliente? Meses comiendo enlatados casi congelados te dará la respuesta. En tres días saldremos de estas trincheras, ya están dispuestas las escaleras para que, cuando den la orden, subamos por ellas a poner nuestra cabeza delante del adversario que aguarda. Se programa un bombardeo que, según los oficiales mayores, eliminará al enemigo, y nosotros saldremos de nuestras seguras trincheras a dar el repaso a los pocos alemanes que sobrevivan. No lo creo. Nos esperan, lo sé. Saldremos de estos huecos con una cruz tatuada en la frente. Vi el rostro del coronel que nos transmitía la orden, aunque su voz era firme y su arenga victoriosa, solo podía fijarme en la manera nerviosa en que atenazaba el fuste entre sus manos y el ligero temblor en su barbilla. La larga vida de un timador profesional sabe reconocer cuando alguien blufea. Pero aun esto no es lo peor. Desde que empezó esta guerra, solo he tenido un gran y único dolor: que la muerte me encuentre sin haber obtenido tu perdón. He llegado a llenar mis noches de ocio recordando los pocos días que estuvimos casados, las noches que estuviste en mis brazos, la felicidad que pude palpar con mis manos, cuán inmensamente feliz fui. Recuerdo tan vívidamente todo, Grace, lo suave de tu piel, el olor de tus cabellos, la sonrisa que me regalabas al amanecer, el sabor de la última cena que preparaste para mí; luego

viene lo peor: los recuerdos no vividos. Lo que pudo ser y no fue.
Imaginar lo que no

tuvimos, la mujer que no me ama, el nido vacío, los hijos que no vieron la vida; quería muchos y tú también, «tantos como para llenar Garden House» decías. Pequeñas Grace de cabello ondulado y mirada esmeralda. Llamándome padre, pidiendo castigar a sus hermanos por enredarles ramas y bichos en sus largas cabelleras. No tienes idea cuán profundo se oscurece mi alma con esos pensamientos, lo que tuve y perdí, lo que nunca fue. Pero lo acepto, por primera vez en mi larga vida de granuja estafador, me veo como realmente soy; tu padre logró, en una frase, describirme y aceptar mi realidad: soy un hombre que no es digno de ti. Me enlisté en esta guerra buscando honor para reivindicarme ante tus ojos. Pero esta guerra no ha hecho más que fraccionarme por dentro. Hoy desayuno con jóvenes que sé que dentro de tres días veré morir, y quizás yo también. Mandaré esta carta con la esperanza de que llegue a tus manos; pido, una vez más, perdón, más espero perdonarme yo también porque aún no lo logro. Aunque sí me hago responsable del inmenso dolor que nos causé. Sí, te amé, Grace, no lo dudes, tardé en entender, en comprender y reconocer que este sinvergüenza siempre te amó, te ama aún; y si muero entre tres días, serás tú mi último pensamiento. Que mi amor más puro llegue a ti en estas líneas escritas, desde el fondo de una trinchera. Markus

P.D.: He decidido no enviar la carta por las cosas que cuento, no me arriesgaré a que la decomise el patriótico ejército británico. La guardaré en mis ropas y, si muero, he dejado la orden de que se te envíe junto a mis pertenencias. Al fin y al cabo, aunque no lo quieras, eres lo único que tengo en este mundo.

Mi muy estimada señorita Katty: Llevamos dos semanas cavando y cavando. ¡Vaya manera de hacer la guerra!, realizando huecos cada

vez más profundos, siendo la principal tarea hacer letrinas. Son zanjas de casi tres yardas de profundidad que forman pasadizos muy largos que se intrincan y comunican entre sí. Es, nos dicen,

para protegernos del enemigo. A veces siento estar en unos juegos delabermintos creados para jugar con nosotros. Su Gatito ahora es un ratón quecorre dando vueltas en un laberinto gigante. Ayer reía el recordar el incidente que hubo en la cocina con ese inocente roedor que entró y tamañoalboroto que causó. Hoy, en diez minutos haciendo la guardia, he contado veintisiete ratas, tan grandes como conejos, pero su presencia ya no nos perturba, hemos aprendido a convivir con ellas. ¡Ah, señorita Katty! Cómo añoro los días de estudiante en el instituto francés. Parecen recuerdos tanlejanos. Pero tengo el anhelo de que esta guerra terminará pronto, que pueda retomar las clases y que usted también gane su juicio y sea admitida como alumna regular; es lo más justo, tiene usted talento y unas manos virtuosas, si me permite el halago totalmente merecido. Luego, cumpliré mis metas trazadas y mis planes se harán realidad. Me preguntó en su anterior carta por qué no pedí que me enviaran a las cocinas, fui yo el que no quiso, sería un gran error, las cocinas son sitios donde solo se abren las latas, y un chef que se respeta no puede caer tan bajo; prefiero la bala del enemigo a servir una comida enlatada a un ser humano. Me preguntó también cómo me trataban mis compañeros de armas, pues le diré la verdad, solo las primeras semanas, cuando recién ingresé a este escuadrón, trataron de faltarme el respeto por mi baja estatura y débil complexión. Pedí, entonces, que me dieran turno un día en la cocina; tuve la suerte de estar cerca de un pueblo, me abastecí de algunos productos y, con imaginación, les hice un desayuno digno de reyes; ahora todos son mis amigos. También me ayudan mucho los dulces, mermeladas y panes que usted tan generosamente me manda. El día en que recibo encomienda desde Garden House (salude con cariño a sus padres y hermanos), todos dan vuelta a mi alrededor a la expectativa de que les invite algo de sus fabulosos dulces. Alaban su destreza en la cocina y lo magnífica repostera que es. Me hace sentir muy orgulloso ser su amigo. Le

cuento que un soldado me quiso poner el apelativo de ratón, y le dije, con respeto pero firmemente, que soy un gato y no un ratón, así que ahora, señorita Katy, aquí también me dicen Gatito y no me molesta, me hace recordarla a usted. Como no les puedo cocinar, y el tedio aparte del hambre es lo que más nos desgasta, trato de entretener a los amigos con mis bromas, cantos y bailes. Aunque ahora último no canto mucho porque una tos muy persistente me

agobia. Convivo bien con los demás soldados. Los días pasan muy lentos en este sitio, con decirle que nunca he visto al enemigo, nos metieron a estos huecos y nunca pasa nada. Frío, hambre y, sobre todo, aburrimiento (no puedo expresarme, nos revisan las cartas). No le miento si le digo que, en todo este tiempo, solo una vez he disparado el fusil, y fue de casualidad. Limpiando mi armamento, salió un proyectil y casi me vuelo un oído, pasó rozando tan cerca que la bala leyó mis pensamientos. Es todo lo que hacemos en estas zanjas, esperar, por eso, mis amigos aprecian tanto mis bromas, pero siento nerviosismo porque se está acabando mi repertorio. Hago ejercicios de memoria recordando los días en que trabajaba en esta taberna en Londres, para acordarme los chistes que escuchaba. Así son mis días aquí, señorita Katty, lentos y largos... Aunque el frío ha incrementado la debilidad de mis pulmones y me hace difícil estar tantas horas de pie haciendo guardias. Pienso y agradezco estar vivo. Por ejemplo, hoy, mientras le escribo esta carta, disfruto su delicioso pan de jengibre con mermelada de cerezas, y sonrió. La recuerdo a usted, hago muchos planes para cuando nos volvamos a ver; el restaurante que pondremos juntos, y la vida, aun en este hueco que asemeja una tumba, es bella, porque usted, querida amiga, la hace bella. Su amigo que la estima mucho, Edward Dashwood (Gatito)

P.D.: Señor de la armada, que tiene la misión de leer esta carta, por favor, que llegue a su destino. No cuento nada indebido y, como siempre, reitero mi amor por Inglaterra.

Querida Amy A veces pienso que estoy enloqueciendo. Ayer me sorprendí a mí mismo ordenando enérgicamente a un soldado que limpiara su calzado porque estaba lleno de barro. A un pobre hombre que llevaba haciendo diez horas de guardia, en silencio, con el rifle

arriba, en posición, en una trinchera inmunda; lo amonesté por no mantener limpio su uniforme y calzado. El soldado me miró con extrañeza, y yo me sentí tan estúpido.

Todos estamos igual, es la impotencia de no saber qué pasa encima de nuestras cabezas, qué hay afuera de estas zanjas. No podemos ver nada, no podemos asomarnos porque sabemos que el enemigo está a cuatrocientos metros de distancia. Hace dos semanas, un irlandés de Liverpool murió de un disparo en la cabeza, la había asomado fuera de la trinchera para describir a los otros soldados que había arriba; a cambio de dos chelines, le volaron los sesos. Sinceramente, creo que no fue por los dos chelines que se atrevió a asomar, creo que prefirió la muerte a seguir en la espera. Tenía tan solo diecinueve años (cada vez los traen más jóvenes). No debió enlistarse, debería haber estado en la escuela, cortejando a una bella dama de su pueblo, viviendo. Es terrible y, para acrecentar el horror, yo, como oficial mayor, tengo el penoso deber de escribir las cartas a las familias informándoles de la muerte de sus parientes. Qué frustración siento al ver a estos jóvenes que están a mi cargo, la convivencia en estas criptas hace que entre ellos nazca un nivel de comprensión y amistad profundo, a pesar de ser de distintos orígenes, poblaciones o clase social. Se hacen amigos, casi hermanos, y pronto se verán morir unos a los otros, ya que la espera llegará a su fin; después de cinco meses de inmovilidad, me han dado la orden de avanzar hacia el frente en dos días. Estas trincheras se convertirán en corredores de la muerte. Es un acto temerario y suicida, ¿cómo tendré el valor, amada esposa, de ordenar a estos soldados avanzar hacia la muerte? Yo he vivido estos avances, ya hasta en tres oportunidades, sé que pasará, no creo que sea diferente a Somme [2] o Verdún [3]. «Pérdidas aceptables», me respondió un coronel cuando cuestioné el avance de mi tropa a cargo, «pérdidas aceptables», no hombres, no jóvenes, no gente, solo «pérdidas aceptables», generales que planean batallas en salones elegantes, con maquetas inmensas, toman decisiones sobre la vida de otros y las llaman «pérdidas aceptables». Me pregunto si se

levantan y deciden quién debe morir hoy. Miles, decenas de miles de muertos y seguimos en estado de guerra estratégica de atrincherarse y avanzar. Querida Amy, recuerdo las noches de amor y resiento en mi alma aún no poder haberte dado un hijo. Si muero, quedaría con el consuelo de un niño que vea tus hermosos ojos azules y sonría como tú, que acaricie tus mejillas tan delicadas, que te diga «mamá». Desilusión de no poder dejar una parte de mí que te acompañe por siempre. Posiblemente, esta carta sea decomisada por la brigada de redacción porque

«no debemos contagiar desánimo a la población civil y, sobre todo, a nuestras mujeres», entonces debemos suponer que nuestras amadas esposas, madres, hermanas o hijas son muy tontas y viven en un mundo de ensueño, sin imaginar el infierno en que viven sus hombres. Qué locura. Si regreso, no sé cómo regresaré. He visto tanto horror desde que empezó esta deshonrosa guerra, tanto dolor. El patriotismo, que a esta altura me queda muy poco, produce en mí sentimientos encontrados; amo a mi país, pero estoy tratando de distinguir qué es Inglaterra, ¿es mi hogar?, ¿o solo es tierra?, acaso estos jóvenes que mandaré a subir por escaleras para salir de las trincheras a buscar al enemigo, ¿ellos no son Inglaterra?, siendo, ciertamente, más valiosos que la tierra, más valiosos que el anciano militar que habla de «pérdidas aceptables». Esta carta, que quizás sea la última que escriba, debería ser de amor, de evocación de nuestros momentos felices, de poder transmitir el profundo amor que tengo. Palabras bellas que se eternicen en tu piel. Pero hoy no puedo, tengo miedo, no puedo negarlo, un desasosiego tan grande de morir, de no dejarte un hijo, de mandar a la muerte a estos jóvenes soldados. Es lo que siento y necesito dejarlo plasmado en letras. Quisiera decir que pienso en ti todo el tiempo, pero, amada y adorada Amy, no es cierto. En mi mente solo se repiten las imágenes de muertos. Muerte, soledad, tristeza. Escríbeme unos días a Randolph, requiriendo un consejo y quizás unas palabras subidas de tono que me saquen de este marasmo, pero él está peor que yo. Temo por tu hermano. Nunca estuvo acostumbrado a seguir órdenes, su exacerbado honor y ansia de justicia lo están poniendo en riesgo. Cuenta que ha tenido la revelación de que el enemigo es la guerra, y no los alemanes. Dile a tu padre que le escriba para tranquilizarlo, pueden llegar a fusilarlo por rebeldía. Henry le escribe casi a diario, como Josué. También temo por ellos, por mis hermanos, por mi familia... Los Townsend, qué bendición conocerlos, pero como dice

lady Violet: «el problema de amar a muchos y mucho es temer por ellos, conocer el miedo». Amada mía, cuida, por favor, a mi madre. Cuídate tú, pase lo que pase, continúa con tu vida. Si muero, cástate de nuevo, ten muchos hijos. Te sueño muy anciana, rodeada de muchos nietos. Solo en un cajón de una cómoda abandonada guarda algún retrato mío. No importa que fuera corto nuestro amor, porque mi muerte lo convertirá en eterno. Te amo.

Tu esposo, Julian

SEGUNDA PARTE

C APÍTULO 9

—¿o es un poco temprano para tomar? Elinor encontró al doctor Gervais en la biblioteca de su casa, tomando un gran vaso de Brandy, de un solo trago y a medio día.—Querida Elinor —dijo el doctor—, llevo diez horas cortando brazos, piernas y cerrando los ojos de jóvenes soldados que podrían haber sido mis hijos y que, con seguridad, son los hijos de otros. La marquesa se lo quedó mirando y sintió más pena que horror por sus palabras.—Abre la gaveta superior, hay un borbón del difunto marqués. Sírve me un vaso a mí también. Se quedaron un rato en silencio, bebiendo, esta vez, pausadamente, ambos pensando en Julian, en todos los hijos de los Townsend y en todos los conocidos.—Y nuestro orgullo inglés nos hizo pensar que terminaríamos la guerra en dos meses. —El doctor giró un dedo en el aire y, con una triste sonrisa, agregó—: «Para Navidad estaremos de vuelta». —Espantosa guerra —dijo Elinor con voz conmovida—. Dos años de agonía. De ver pasar cadáveres de jóvenes cada vez que se abre la puerta, cada vez que abro un periódico. Tengo terror de sentir la campanilla, cuando mandan esas notas informando de la muerte de algún conocido, de algún amigo de Julian que entregó la vida por su patria. Cuánto odio esa frase; ¿por qué no somos los viejos quienes peleemos las guerras? Ya vivimos, ya tuvimos hijos. ¿Por qué ellos? Tantos jóvenes muertos. Inglaterra manda al matadero a nuestros mejores hombres, como para esterilizarnos, para mutilar nuestra progenie.—No solo Inglaterra. —Suspiró Gervais—. Es una locura que succiona toda Europa. Todos los países están peleando esta guerra, están ofreciendo lo mejor de su futuro, surtiendo carne de cañón como si se hubiesen puesto de acuerdo

N

para desaparecernos de la faz de la tierra.—Reponte, por favor —dijo la marquesa secando unas lágrimas y viendo por la puerta—. En cualquier momento baja mi Amy. Gervais sonrió por primera vez en todo el día, o en toda la semana. Se admiraba del profundo cariño que la marquesa había tomado por Amy, su nuera era ahora su amada hija. Aunque tuvieron sus grandes tropiezos en el camino, en ese momento, eran una madre y su hija. Tal como lo había dispuesto Julian, Amy se quedó a vivir con la marquesa, convirtiéndola en su casa. Elinor la había puesto varias veces a prueba y se sorprendió de lo bien preparada que estaba esa mujer tan joven para ser una marquesa. Hablaba, vestía y se conducía con propiedad, se dirigía a los sirvientes con autoridad, pero a la vez era justa y generosa; obtenía de ellos más respuestas de lealtad que de miedo. Al principio, ese rancio y cerrado círculo de amistades nobles de la marquesa madre la recibieron con recelo, pero Amy lo tomó como un signo más de desconfianza que de repudio. Ella simbolizaba los nuevos tiempos, la Inglaterra que cambiaba, la plebeya casada con un noble, adoptada, que trabajaba abiertamente. Comenzó a firmar sus hermosos diseños y a hacerse un nombre; era un soplo de aire fresco en esa sociedad petrificada. Se comportó sencilla con ellas, amable; con humor, respondía ataques disimulados a su persona y, lapidariamente, a los que intentaran atacar a su familia. Como lo había predicho Gervais, la adoraron y temieron, la combinación perfecta para ser una digna marquesa. Nunca se metía en chismes porque no le era digno y porque esencialmente no le interesaba la vida de los demás, comenzó a adoptar, en casa, costumbres de los Townsend: nunca hablar de los demás, apoyar a cualquier necesitado, ser franca sin ser atrevida, trabajar en sus viveros y ser extrovertidamente cariñosa. A veces, la intimidaba a Elinor con los abrazos y besos. Las primeras veces, hasta la asustaba. Amy tomó la broma de decirle: «Madre, no temas, te voy a abrazar. Estoy

acercándome, te voy a abrazar y, luego, te daré un beso». Hasta que la mujer se acostumbró a las expresiones de cariño de su nuera. Cuando se agudizó la guerra, lady Amy, marquesa de Saxonhurts, comenzó a dedicarse en cuerpo y alma a apoyar la causa; primero, en lo que sabía hacer, subastó sus hermosos vestidos de fiesta en veladas que organizaba en el castillo, que firmaba sus diseños como Amy Ferras, la marquesa. Asistía a los hospitales para atender heridos recolectaba ropa, calzado y alimentos para los soldados. A veces, escandalizaba a las damas nobles con su comportamiento, quienes iban con el chisme a la suegra. «Si lady Amy, marquesa de Saxonhurts, lo hace —decía

Elinor levantando la barbilla y su ceja derecha—, seguro de que es lo correcto». Al día siguiente, damas de la nobleza recolectaban en la calle dinero para la causa.—¿Cómo ha estado? —preguntó Richard por Amy.—Bien —dijo la marquesa madre—, no le diré a Julian que perdió al bebé, hizo bien en no contárselo, le crearía más zozobra. Amy no lo ha tomado tan mal como pensé, lady Violet se quedó unos días con nosotras hasta que se repuso, está más tranquila. Dice que su madre pasó por eso y lo agradecía, si no, no la hubiese adoptado a ella ni a sus hermanos, que lo dejaría en manos de Dios, dejando abierta la posibilidad de la adopción; ya lo ha conversado con Julian, que está de acuerdo.—¿Y tú, qué opinas?—Una nuera adoptada, un nieto adoptado, qué más da. —Levantó los hombros la marquesa madre, apurando el resto del licor—. Solo no quiero verla triste. Suficiente con la tensión de esperar todos los meses cartas de Julian, noticias de los hermanos, del padre. Por cierto, ¿qué novedades hay?—Randolph sigue en Francia. A Henry y Josué los han mandado a Italia. Ian está recuperándose.—¿Los hijos de Henry?—Los bebés, muy lindos, llenan de alegría Garden House con su presencia. Llegaron justo a tiempo, los nietos entretienen a Ian, mantienen ocupada todo el día a lady Violet. Alivian un poco la pena y preocupación.—¿No ha insistido Ian Townsend con la locura de alistarse?—No. Lady Violet se puso muy fuerte, lo amenazó con irlo a buscar con correa en mano, como amenazaba a Randolph. Imagínate, aún no puede mover bien el brazo derecho, aunque ya camina mejor, pero, aun así, un hombre en su estado, sería suicidio ir al frente. Solo debe descansar y recuperarse—Está desesperado por los hijos. Tres combatiendo, si yo con uno ya no vivo, pobre. ¿Alexandra sigue al mando de la fábrica? No puede aún mover el brazo derecho. Aunque ahora último lo he visto mejor, pero, aun así, solo debe descansar.—Sí, Ian le dio unas lecciones rápidas a Alexandra, y ella está haciendo un excelente trabajo. Es muy hábil, enérgica e inteligente. Ha

contratado pura manode obra femenina. —Dando un suspiro, el amable doctor agregó—: La labor queestán haciendo las mujeres del reino en todos los campos es increíble, las quefueron solo amas de casa, ahora manejan camiones, ensamblan armas, empacan

balas, bombas y proyectiles. Muchas están viajando a Bélgica y Francia como enfermeras para servir en los hospitales militares.—Este país —lo interrumpió la marquesa— deberá mucho a sus mujeres cuando termine esta guerra. Y deberán compensarnos, por ejemplo, dándonos de una vez ese maldito derecho al voto.

—«Maldito». —Rio Gervais al escuchar a su correctísima prima maldecir—. Convives mucho con Alexandra Townsend.—Soy sufragista —dijo la marquesa levantando la nariz, orgullosa—.

Alexandra dice que, cuando termine esta horrible guerra, levantaremos la tregua seguiremos con la lucha. ¿Y mi Bonnie?— Ah, Bonnie enfermó de paperas, pero ya está bien.—¿Cómo están Grace y su escuela?—Como te conté la vez pasada, Grace ha convertido su escuela en albergue para niños huérfanos de la guerra, con el apoyo siempre de tía Gloria. Katy está apoyándome todos los días en el hospital. Al final, creo que dejará la repostería por la enfermería...—Tengo ropa para enviar a Grace. Y las novelas para Bonnie están ya en una caja. Cuando te vayas, llévaselas.—¿Cómo ha crecido tu familia! —exclamó Gervais sonriendo.—Sí. —Emocionada, le dijo después de una pausa—: Le escribí a Malcolm.—¡Oh, Elinor!, qué grata noticia en medio de tanto horror.—Amy prácticamente me obligó. Se sentó a mi lado y me dijo que no se movería hasta que lo hiciera. ¿Sabías que se escribía con Susan todo este tiempo?—No.— Mis dos nueras se han comunicado todo este tiempo, Julian también con Malcolm, los hermanos nunca dejaron de escribirse; me consuela mucho que Julian no hubiese sido tan tonto de obedecerme. Estoy haciendo coordinaciones para traer a él y a su familia de Alemania, ¿sabías que hay un mercado negro que traslada personas como mercancía? Hemos contratado un especialista, un hombre con mucha experiencia en esto de traspasar fronteras, les dan papeles falsos, salvoconductos, y los trasladan como si fueran azúcar o harina. Dios quiera que todo salga bien, Alemania no es un lugar seguro para

los ingleses. Si todo sale bien, estarán con nosotros dentro de tres semanas. Mi preocupación es por mi segundo nieto, que se llama Karl, no quiere venir a Inglaterra. Te imaginarás la casa de mi hijo cuando estalló esta guerra, por supuesto, que

Malcom, a pesar de vivir veinte años en esa tierra, se negó a luchar contra supais. Hertz el hijo mayor, a escondidas de su padre, se alistó a luchar por supatria, Alemania, y se fue al frente; el segundo hijo quiere seguir al hermano.—Padres ingleses, hijos alemanes — comentó, con un suspiro, Gervais.—Y todo por mi tonto orgullo. —De nuevo, comenzó a sollozar la marquesa—. Si yo no me hubiese opuesto a esa boda. Si mi hijo no hubiese huido de mí hasta Alemania para casarse con Susan, esto no hubiese pasado.—El pasado, pasado es. —Rio Gervais. Filosofía de lady Violet—. ¿Vivirán acá?—Ni Malcom ha decidido irse a América, ahí los recibirán los Romanov, familia de Alexandra. El origen judío de Susan le preocupa, en Alemania, ya hay un fuerte antisemitismo, teme que se propague por todo Europa. Malcolm ha estado haciendo mucha labor política, piensa que lo más seguro para su familia es América, empezaran una nueva vida. Al menos veré a mi hijo y nietos antes de marcharse. Amy me dijo que Julian estaba de acuerdo en devolver sus derechos a Charles, pero que este se rehusó, no los quiere, que perderlos fue lo mejor que le pasó en la vida, pues hizo lo que ha querido, lo que más le gustaba, con la mujer que ama, y sus hijos tampoco desean recuperar sus derechos del linaje.—Hiciste lo correcto.—Sí —dijo Elinor, otra vez, secando sus lágrimas, y sonrió—. Amy amenazó con traer a su madre para que me convenza. Quiero mucho a lady Violet, pero como soy nueva en esto de los abrazos, verdaderamente me intimida.—Los abrazos de los Townsend. —Sonrió Gervais—. Y eso que no has probado los de Katy o Randolph, un par de costillas seguro que pagan su efusividad.—¡Hay, Richard!, ¡tengo tanto miedo! — exclamó la marquesa—. Mis hijos, mis nietos, mi querida Amy. Tanto dolor, tanto sufrimiento, y pensar que hace dos años mi mayor preocupación era que dirían las páginas de sociales de mi familia. ¡Qué estúpida!—No llores, Elinor, como dijiste, asustarás a Amy.—Perdón, Richard, tienes razón. ¡Ah, y Julian que no llega!—¿Ya

debería estar aquí? —preguntó el doctor consternado.—Sí, solo le darán dos días.—¡Es Julian! —gritó, en ese instante, Amy que bajaba rápidamente las escaleras.

—Niña, no corras —dijo la marquesa madre—, puedes lastimarte.—
Perdón, madre. Hola, padrino. —Amy detuvo la marcha unos segundos y, de nuevo, comenzó a correr para darle alcance a Julian en medio del jardín. Elinor y Gervais vieron a Julian arrojar su morral para correr al encuentro de Amy. Cuando se juntaron, él la alzó en brazos, y comenzaron a besarse apasionadamente, hasta hacer sentir incómodo a los observadores—Sabes que estarán encerrados en su habitación en lo que resta del día —dijo Gervais.—¡Qué grosero eres, Richard! —respondió Elinor.—¿Por qué no vamos a llevarle las novelas nosotros mismos a Bonnie? De ahí, tengo que pasar por el orfanato de Grace. Julian, con Amy aún en brazos y sin dejar de besarla, siguió caminando hacia la entrada de la casa. Elinor, entonces, asintió.—Sí, vamos, Richard, tengo muchas ganas de visitar a los Townsend.

C APÍTULO 10

—¿stás segura, Grace?—Por favor, Doger, enséñame a curarlo, cuando esté bien, se ira de aquí. Y lo más importante, no se lo diga a mis padres, no quiero que se preocupen.—Puedo conseguirle cama en un hospital —le propuso el doctor Gervais—. O, con tal de aliviarte esta pena, me lo llevaría a mi propia casa.—Doger —pronunció Grace con una sonrisa muy dulce—, no se preocupe, estaré bien, solo dígame cómo debo atenderlo. El doctor Gervais, delante de Grace y tía Gloria, desenvolvió la venda que cubría el ojo izquierdo y parte del rostro del hombre recostado en la cama, tenía gruesos arañazos cubiertos de puntos sangrantes en su frente y parte de su mejilla. El doctor con una linterna revisó la vista atentamente.—Está perdido —dijo—. Tenían razón, cariño. —Se dirigió a Grace—. Trae mi maletín, lo dejé en la sala, mucha agua hervida y paños limpios. Cuando la muchacha se marchó, Gervais le hizo una señal a Gloria para que se dirigiera a la puerta y diera la alerta al momento en que se acercara Grace.—No sé por qué estás aquí —habló mirándolo fijamente— y no me interesa, ya le hiciste demasiado daño a nuestra Grace y no lo volverás hacer. Ella ha conseguido mucho desde que se separó de ti, ya no es la muchacha débil y tontada la que te aprovechaste, ahora es una mujer independiente, que trabaja con mucho esfuerzo para sacar este lugar adelante. Es fuerte, valiente y, sobre todo, no tiene ninguna obligación contigo. Apenas te cures, te largas.—No tiene dinero —agregó Gloria sin alejarse del umbral y mirando si venía Grace—, toda su dote la invirtió en este sitio. Ha renunciado a todo el dinero de sus padres y herencia, nunca les pide nada, ni a ellos o ni a sus hermanos, es una mujer independiente e íntegra. No dejaré... —La voz de la anciana se quebró, y Gervais continuó.

E

—No dejaremos que tú vuelvas a lastimarla, estamos viejos y no tenemos nada que perder. Además, un hombre que aparezca muerto envenenado o con la cabeza partida, en una calle de Londres, qué más da en medio de esta guerra, a nadie le importará. Nunca le volverás a hacer daño a nuestra Grace.—Ahí viene —pasó la voz Gloria— Lejos de intimidarse o sentirse molesto por las amenazas de los ancianos, Markus Holms se sintió conmovido del profundo amor de estas personas que, sin tener una gota de sangre que los uniera, podrían hasta matar por ella. El doctor Gervais enseñó a Grace como debía curarlo, y ella empezó a hacerlo dos veces al día.

—¡Doger!—¡Mi Katy!—Está usted muy delgado.—Me faltan tus pasteles, mi pequeña.—He conseguido, del mercado negro, dos kilos de harina y una barra de mantequilla. Lo espero el sábado en casa, como en los viejos tiempos.—¡Ay, mi niña! —Suspiró el anciano besando las manos de la muchacha—, creo que nunca volverán los viejos tiempos. Tú engriéndome con tus maravillosos pasteles, todos tomando el té, contando chistes, riéndonos, a Bonnie y sus obras de teatro, hasta extraño a la cacatúa de tu tía Gloria. Katy sonreía y Gervais resentía esos viejos tiempos más por la muchacha que lo abrazaba que por él. Aquella encantadora mujer que soñaba con ser una chef, que haría pasteles que enamorarían al mundo, estaba vestida con un gastado uniforme de enfermera, había adelgazado mucho, estaba pálida, con ojeras, había dejado las recetas de pasteles por lavar bacinas y sábanas de enfermos del hospital donde era voluntaria, sus manos estaban rojas y encallecidas de tanto desinfectar el instrumental. Como era muy alta, la habían puesto, desde el principio, a hacer las tareas más pesadas, como cargar los enfermos, ayudarlos en sus necesidades básicas o cambiarlos, sin preguntarle siquiera si a su edad había visto alguna vez un hombre desnudo. Pero ella aceptó todo, desde los primeros meses cuando

solicitaron enfermeras, lo tomó como su deber. Grace atendía a los niños huérfanos de la Gran guerra; Alexandra se hizo cargo de la fábrica; Violet, de cuidar a los nietos y a su padre; Bonnie era muy joven para salir de casa, por tanto solo se limitaba a ayudar a su madre. Fueron ella y Amy

las destinadas a esa dura tarea de ayudar en los hospitales. Pensando en sus hermanos, su cuñado, sus amigos, como Gatito. Cada vez que atendía un enfermo pedía que, en algún lugar donde se llevara a cabo esa horrible guerra, alguien atendiera a sus amados con ese mismo cariño.—Necesitan una enfermera para cirugía en el Queen Elizabeth.—No, Doger, no puedo con la sangre. Aquí —dijo señalando el hospital donde prestaba servicios—, solo ayudo en obstetricia y en labores menores. Mándeme cualquier otra cosa, pero ver mutilar personas... No puedo, se me presentan la cara de mis hermanos y me pongo muy nerviosa.—Querida, estoy muy débil —le habló el doctor casi en murmullos, tomándose su mano—. La edad me está jugando en contra, no quiero que se den cuenta y que me manden a casa. No hasta que Julian y tus hermanos regresen. Necesito a alguien fuerte que me ayude y que sea de mi confianza. Por un par de meses.— Pero... No rogó más, Katy quería mucho al doctor. Doger, su sobrenombre de cariño que venía de la abreviación de doctor y Gervais, era muy querido para ella como para todos sus hermanos. Desde niña, fue el abuelo cariñoso que reemplazó a sus Alfreds, que la trataba de pequeña y ángel, aunque le sacara cabeza de por medio. También la había ayudado mucho cuando pasó el escándalo del instituto de cocina. Muy indignado, Doger había enviado cartas a todos los periódicos desagraviándola por los horribles comentarios que los dueños del instituto habían hecho hacia ella, hasta había prometido batirse en duelo con uno de ellos cuando las disputas llegaron a verdaderos enfrentamientos literarios en los tabloides. En fin, un sacrificio más para Katy, en ese momento, tocaba dejar Garden House.

—Te amo, Amy. —Julian besaba los cabellos de su esposa, pegada a su pecho, aferrada a su chaqueta con sus pequeñas manos—. Ya tengo que irme.—Por favor, vuelve a mí —lloraba Amy en la escalera

principal, aunque un camión tocara insistentemente el claxon para pasar la voz que era hora de marchar—. Vuelve a mí. Como sea. Por pedazos si quieres, pero vuelve a mí.—Ustedes los Townsend. —Rio Julian—. No entiendo sus bromas.—No es broma, Julian, vuelve a mí.—Lo haré, cariño. Cuida a mi madre. Esta guerra terminará pronto. Y continuaremos nuestras vidas como si nada hubiera pasado.

—Suéltalo, Amy —intervino la marquesa madre parada al lado de ellos—, tiene que irse. —Amy lo soltó y, en un echo extraño para Julian, recibió el abrazo emocionado de su rígida madre—. Vuelve a nosotras por favor.

¿Por qué había ido al hospital cuando recibió esa carta?, ¿por curiosidad?, ¿por morbo? Markus Holms, su esposo, interno y grave en un hospital en Londres, había pedido verla. Repasando sus sentimientos en verdad, solo sintió eso, curiosidad, habían pasado dos años desde la última vez que lo vio, esa mañana, de tanto dolor, sintió que iba a enloquecer. Y en ese instante tenía una carta en sus manos, del hombre culpable de su deshonra y pena. Lo encontró tendido en una cama, muy mal herido; una granada había estallado muy cerca de su rostro y le había lastimado gran parte de su cara, con pocas posibilidades de recuperar la visión del ojo izquierdo. Así fue, y apenas podía hablar y menos caminar.—Le estamos dando de alta —le había dicho una enfermera parada a su lado.—Pero... —había repuesto Grace, mirándolo—, está mal herido.—Está estable. —había observado, de nuevo, la enfermera con tono de impaciencia—. Necesitamos camas para soldados que estén aún más graves. A los que tienen familia los mandamos a recuperarse en su casa, tiene que llevarse hoy mismo.—Pero...—Es su esposa, ¿no? Y Grace sin hablarle, se lo había llevado a casa; sin hablarle, lo había instalado en una habitación y lo atendía como lo haría una esposa.—No tengo dinero —le dijo apenas él estuvo consiente—, no sé por qué me has buscado y pedido verme. Mis padres me dieron hace dos años mi dote para poner esta escuela. Con la guerra, estoy en la ruina. No tengo dinero, Markus —le repitió mirándolo a los ojos—. Entiende eso.—Lo sé, Grace —murmuró él.—Apenas te cures, te vas.—Sí, Grace. Comenzó a cuidar de él como una penitencia auto impuesta, como el de hacerse llamar señora Holms, recordatorio permanente de

su estupidez. De igual manera lo curaba hasta tres veces al día, con delicadeza cambiaba las telas, lavaba las heridas, untaba los remedios. Los primeros días, hasta le daba los

alimentos en la boca porque él tenía quemaduras en ambas manos, hasta que pudo hacerlo solo. Lo levantaba dejando que se apoyara en su hombro para comenzar a dar algunos pasos, por recomendación de Doger. Todo sin dirigirle una sola palabra. Una mañana, mientras le limpiaba las heridas del rostro, Markus la miraba fijamente, se detuvo en su cabello muy corto y, sin poder evitarlo, derramó gruesas lágrimas.—Basta —le dijo Grace, seria, sin dejar de limpiarlo—, no lo hagas.—Perdón —susurro él.No le dijo más, lo terminó de curar y, sin inmutarse porque él seguía llorando, se fue de la habitación. Markus Holms se quedó recordando una a una las palabras que le dijera Ian Townsend.— Por favor, Ian, déjame hablar con ella. — Para ti señor Townsend. En mi vida, me he ganado que me llamen señor. — Lo siento, señor Townsend, lo siento. Déjame hablar con Grace. Fue un malentendido, ella es mi esposa. Y me ama. Fueron unas palabras dichas sin...

Markus Holms había pasado por todas las etapas de una pérdida cuando Grace se fue la mañana en que había sido desenmascarado delante de ella. Primero, la negación. Cuando despertó de ese gran golpe que le había dado Henry Townsend, tirado en el piso, susurrando el nombre de Grace, ella ya se había marchado. Había tratado de tranquilizarse, era tan solo un revés, un mal cálculo, debía ser más meticoloso la siguiente vez, cuando Grace regresara, porque estaba seguro de que ella volvería; estaba muy enamorado de él para dejarlo. Cuando Grace regresara le explicaría que todo había sido más que un malentendido. Seguro que estaría herida por las insensatas palabras que había dicho a su padre de que él había sido su mejor opción, cosa que, ciertamente, él no creía. Porque era el caso de que estaba convencido de la fortuna de haberla encontrado aún soltera, con lo bellísima que era, y esa forma de ser tan bondadosa y noble. Había sido él el afortunado de que aún siguiera

soltera al reencontrarse y, si ella nunca había tenido pretendiente, era más por su mortaltimidez que por la falta de ocasión. Pero Grace comprendería que habían sidopalabras dichas para enfrentarse a lan. Volvería, lo amaba. Apenas regresara, para que nos los volvieran a separar, se irían lejos, quizás a Irlanda o Escocia. Hasta América pasó como una de sus posibilidades. Volvería. Recordaba haberla

tenido en sus brazos llorando de felicidad después de hacer el amor, con esos hermosos ojos tan cristalinos y puros diciéndole sin palabras cuánto lo amaba. Por un mal entendido de palabras, ella no renunciaría a él. Pero los días pasaban y Grace no regresaba. Entonces vino la etapa de la ira, con los Townsend, que, seguramente, utilizando su dinero, habían hecho de todo por apartarla. «Malditos ricachones, se hacen los buenos, pero la realidad es que son como todos los ricos. Manipulan a las personas a su beneficio», si él se hubiese acercado a Grace rico y dueño de fábricas, no hubiese habido ningún problema. «El dinero es el centro de todo». Y también había culpado a Grace por su falta de carácter, por dejarse manipular por la familia. «Tonta, tantos planes hechos», que fácil se había dejado convencer. Tendría que enseñarle a ser más segura de sí misma cuando regresase. «Cree que iré a rogarle que me perdone, está loca. Tiene que quedarse cuenta por sí misma. No le daré el divorcio». Al ver que no venía, había comenzado Markus a rondar Garden House con la esperanza de verla y de averiguar que, si los Townsend estarían pensando enviarla a América, por una parte, para él, esa sería una buena opción. En América, estaría sola, sería cuestión de averiguar dónde vivían los Romanov amigos de la familia, si mal no recordaba, en Nueva York. Seguían pasando los días y Markus se extrañaba de que Grace no lo buscara, eran ya semanas de estar lejos, mientras a él cada día se le hacía más pesado el aire, despertar sintiendo un vacío tan grande que no le dejaba levantar de la cama; no podía entender cómo ella estaba tan tranquila. Luego había pensado en la negociación, hablaría directamente con Ian, se mostraría arrepentido: por muy liberales que dijeran ser los Townsend, un divorcio era marcar a la familia para siempre, y significaría que Grace jamás podría recomponer su vida con otro hombre. «¿Otro hombre?», cuando había dicho eso, Markus Holms regresó a la etapa de la ira, sintió vueltas en el estómago hasta

sentirse mareado. «Jamás Grace será de otro hombre, jamás», mataría al que osara acercársele, ella era suya. Sí, se había equivocado, pero no podía por eso... Sus sentimientos hacia ella habían sido sinceros, le gustaba, le daría buena vida, tendrían una familia. El haber querido su dinero había sido para que fuera más fácil establecerse. Solo eso. Tantos juramentos de amor, tantos planes hechos, que él sí pensaba cumplir: una casa grande, muchos hijos, hasta podía imaginar a Grace diminutas con sus bellos ojos y hermoso cabello, él tratando de peinarlas, pero estas serían niñas muy seguras de sí mismas, él les enseñaría eso para que ni un hombre... como... él... se... les cruzara... Markus Holms había sentido un frío en la espina vertebral al tener ese pensamiento.

Claro, si tenía hijas, jamás dejaría que un hombre como él se acercara a ellas... «¿Qué he hecho?». Había comenzado Holms a analizar su comportamiento, por primera vez, poniéndose en el lugar de otros que no fueran él mismo. Se había puesto en el lugar de Ian Townsend, y estaba seguro de que él sí mataría a quien hiciera a su hija lo que él le había hecho a la suya. Se había puesto en el lugar de Grace, tener un corazón noble, tan ingenuo, delicado y caer en manos de un canalla como él, dispuesto a destruirlo por dinero, por tener un mejor nivel de vida. Entonces vino en él una profunda decepción, en todas las etapas de su pérdida, era la primera vez que la palabra dinero le había sonado tan hueca, ese que había sido el gran farol que iluminaba su sendero, había pasado a ser el absurdo más grande, el estorbo y maldición. Había recordado las palabras de su madre: «jamás serás feliz por siempre querer lo que no tienes y no valorar lo que está en tus manos». Ya tenía a la mujer perfecta, perfecta y enamorada de él, qué más podía esperar. Él era joven, fuerte, sobradamente hábil para los negocios, podía tener con esfuerzo el nivel que necesitaba. Él no quería dinero, él quería a Grace. Vinieron, entonces, las noches enteras sin dormir, amanecer y beber hasta perder el sentido, rondar la casa de Grace, escribir cartas una tras otra con desbordadas promesas, disculpas y sinceras palabras de amor. Le había llorado a Ian para que la dejara ver

—Está bien, te creo —dijo Ian—. La amas. No es difícil creer que alguien se enamore de Grace. ¿Y? Has llevado una vida desordenada, Markus Holms, llena de egoísmo y falta de valores. Una persona egoísta no puede amar. No por mucho tiempo. Algún día, teniéndola, te faltará una casa más grande, más dinero, más sirvientes, qué se yo. Siempre te faltará algo, siempre vivirás pensando que mereces más y volverás a lastimarla.» En algo tuviste razón —le explicó Ian al hombre ojoso y de

aspecto descuidado que le rogaba ver a su hija—. Si abiertamente hubieses cortejado a Grace, nunca hubiese permitido ese matrimonio. He investigado tu vida, Markus Holms, y de ninguna manera eres digno de mi hija.—Yo tengo dinero, señor Townsend, ahorros. Soy negociante muy hábil, puedo ser rico con mi propio esfuerzo y...—No has entendido nada hasta ahora. No se trata de dinero. O que seas pobre. El problema es que no eres un hombre correcto. Como te dije, investigué sobre ti y, ¿qué he descubierto? Que eres un hombre desordenado en tu vida

personal, Markus Holms, y en tus negocios. Todos estos son al margen de la ley, contrabando negro, apuestas, fraudes, malas compañías. Muy hábil para no caer en la cárcel, pero inescrupuloso. Es decir, un hombre egoísta. Y las personas egoístas no aman. No por mucho tiempo.—No, se lo juro. Yo cambiaré, buscaré un trabajo decente. Seré otra persona.—Cuando lo seas, la buscas. Conviértete en un hombre digno de ella. Mientras eso no ocurra, si de verdad la amas, aléjate de ella. Te lo dije, ella comenzará a sanar y lo está haciendo. Estoy seguro de que logrará salir de esto como una mejor persona, más fuerte y segura. No te acerques si no te sabes digno de ella.

C APÍTULO 11

— oy no, madre, hoy no somos marquesas ni nada, solo una madre y una esposa que esperan noticias del hombre que tanto aman, por favor, no me pidas compostura, solo abrázame. Así las encontré Gervais a las dos marquesas; Amy durmiendo sobre su regazo, y la madre secando sus propias lágrimas.—Se quedó dormida de tanto llorar, ¿alguna novedad, Richard?—Randolph ha pedido licencia — habló Doger muy bajo para no despertar a su hijada—. Mejor dicho, se la ha tomado y está partiendo hoy con Markus Holms a buscar el informante en Francia. Por otro lado, Josué y Henry están movilizándolo a gente del otro lado de la frontera. Por si no funciona el plan A.— Tres meses sin saber de él. No me doy de cabezazos en la pared por no atemorizar a mi pequeña. —Con ternura acariciaba los cabellos de Amy—. Se quedó dormida. —Después de una pausa, agregó—: Richard, está embarazada.—No me lo dijeron, debí haberla visto.— No quiso que se lo dijera a nadie. Tiene casi cuatro meses.—Por eso ya no salía y detuvo sus actividades.—La obligo a alimentarse lo mejor posible, estar acostada la mayor parte del tiempo. He trasladado sus habitaciones a la primera planta para que no suba las escaleras... pero de nada sirve con esta preocupación. Tengo tanto miedo, Richard. Los hombres pelean las guerras y las mujeres las sufrimos. Esta espera...—Calma, Elinor, debemos ser su fortaleza. Tengo fe en Markus Holms, es un especialista en esto, he averiguado de él. Ha salvado la vida de muchas personas trasladándolas de un lugar a otro en las fronteras. Es un hombre muy inteligente, habla varios idiomas. Experto en rutas y con muchos contactos. Y los datos que hemos conseguido son confiables. Sí hubo sobrevivientes del batallón. El

H

soldado que escapó describió a Julian. Estoy seguro de que lo tienen prisionero y que está vivo.—Sería un milagro, de cincuenta y seis soldados, que solo él haya sobrevivido.—Era el oficial mayor de su regimiento. El enemigo considera rentable conservar vivos a los oficiales de alto rango. Markus Holms también lo cree. Las razones, por sacarles información o para pedir rescates. Valen más vivos que muertos.—Dios quiera que así sea y mi hijo esté aún vivo. Confío mucho en Markus Holms, ya me trajo a un hijo a salvo. Espero que... —Calma, Elinor. Reza, reza mucho. Tú eres creyente, apóyate en eso. En esta guerra no sabes cómo envidio a los que tienen fe.

Seguir al doctor Gervais significaba, para Katy, tener que mudarse, ya que el hospital quedaba demasiado lejos de Garden House. Se alquiló un cuarto con otras compañeras, para estar más cerca del hospital asignado. Katy sonreía viendo su cuarto de tres por tres compartido con otras dos chicas. Tuvo cuidado de no mencionar muchas veces su apellido y que no descubrieran que era una Townsend, que era rica y que en su casa tenía un armario para ella sola más grande que ese cuarto. Cómo la guerra había hecho cambiar tanto todo y a todos. Como cuando le había dicho a su padre que iría a vivir sola a un cuarto de alquiler. Su padre, aquel hombre sobreprotector, que hacía solo un par de años nunca la dejaba salir a ella o a sus hermanas sin chaperona y un chofer. Le había sonreído y alzado los hombros. Solo le había hecho prometer que fuera todos los fines de semanas a comer con ellos. Pobres sus padres, al menos los hijos de Henry atenuaban un poco la pena. Divertían a los abuelos con sus gracias, se parecían mucho a Randolph, entonces trajo abajo las dudas de que Henry y él no eran hermanos verdaderos. Ah, cómo iba a extrañar Katy a esos pelirrojos llorones, sobre todo, a la hora de darles de comer las papillas. Tampoco tendría el gusto de ser la tía que engordaba a los sobrinos, otra cosa que le quitaba la guerra.

Salvo unas cuantas veces, nunca había podido prepararles nada especial. El pequeño Ian cumplió su primer año con una austera tarta de manzana. «Ojalá que, cuando Helen Victoria cumpla su primer año, haya acabado esta guerra, entonces sí. Le prepararé la mejor torta de cumpleaños, con flores de todos los colores y un carrusel en azúcar y trufas en forma de mariposas y ponis». Katya miraba la entrada del hospital Queen Elizabeth, suspirando, alisaba su uniforme

y entraba dejando sus sueños en la puerta.—Querida Katy —la llamó el doctor Gervais—, ven, cariño, quiero presentarte al doctor designado a nuestra área. Katherine Townsend, te presentó al doctor Abraham Chagall. Ella debió ser la que se sonrojase primero, puesto que la última vez que lo violo insultó diciéndole cosas muy feas, llamándolo muerto fresco y tantas otras cosas groseras. Pero no fue así, más bien él, al verla, fue el que se puso muy nervioso y se sonrojó, levantó primero la mano derecha y luego la izquierda, hasta que por fin logró darle el saludo.—Doctor Chagall —respondió Katy con una delicada y tranquilizadora sonrisa—, es un gusto conocerlo. —Querida, debo llenar un papeleo. Enséñale las instalaciones a nuestro amigo. Y ponlo al tanto de nuestros pacientes más urgentes. —Doger —dijo Katy cariñosamente—, prometió descansar diez minutos antes de su siguiente guardia.—Lo haré, mi ángel. —Gervais le tomó la mano y la besó. Dirigiéndose al colega, agregó—: Este es mi ángel, puesto a mi diestra para cuidarme y protegerme. Descansaré luego, Katy. Estás en buenas manos, Chagall. Una vez que se marchó el Doger, los dos se quedaron mirando y un incómodo silencio se apoderó del lugar.—Si te apellidas Townsend —pronunció el doctor Chagall sonriendo y más tranquilo.—Sí, Josué es mi hermano. Al menos no mentí del todo.—Siento mucho lo que pasó. Haberte expuesto. Fue un gran escándalo.—Sí. —Rio Katy—. Sí que lo fue. Los periódicos hicieron su feria con la noticia. Leí tu carta aclaratoria, fue muy amable de tu parte.—Era lo menos que podía hacer, la manera cómo te insultaron los dueños del instituto fue muy reprobable.—¿Por llamarme gigante hermafrodita? —Rio, de nuevo, Katy dejando ver una linda sonrisa—. Te soy sincera, no me importó. A la larga, gané más de lo que perdí, tuvieron que retractarse, darme mi certificado, que estudié cuatro meses con ellos y que fui su mejor alumna en ese tiempo.—¿Y el escándalo?, ¿tu familia?—Townsend —Katy pronunció su apellido pausadamente—. Se ve que no eres de

Londres, los Townsend no nos caracterizamos por ser muy discretos. Digamos que fue la noticia del mes.

—De nuevo, lo siento —dijo el doctor sonriendo plenamente.—Venga, usted, empecemos por el área de quemados, es mejor que nos apuremos, de un momento a otro comienzan a llegar los heridos graves y notendremos tiempo ni de respirar. Por aquí, doctor Chagall. —Abraham o Bram, por favor —aclaró poniéndose de nuevo un poco nervioso.—Está bien, Bram, llámame Katy. Odio que me digan señorita Townsend y menos señorita Katy. —Hizo una pausa—. ¡Maldición, sonó la alarma!, ¡heridos graves!, hay que correr a la entrada.

Cuando Markus se sintió un poco mejor, temió que Grace lo echara de su casa, como que así lo hizo.—Ya puedes caminar solo.—Sí, Grace.—Tienes que irte.—Lo sé, mañana —respondió Markus. Y ese mañana se hizo un siguiente y un siguiente mañana, para Grace, eterno. Su restablecimiento coincidió con el reclutamiento de los muchachos mayores que colaboraban con ella en las labores más fuertes de la enorme casona. El día que Markus tuvo las maletas listas para partir, se cayó parte del techo de la cocina, y él se ofreció a arreglarlo y prometió que cuando estuviera listo, se iría. Luego de arreglar el pozo, cuando hubiera agua, se iría. Las estufas malogradas, cuando funcionaran, se iría. De ahí, encontrar a unas niñas que se las habían llevado con engaños unos proxenetes a Londres, cuando las trajera de vuelta, se iría; de ahí, vinieron los ladrones de gallinas y ese «mañana me voy» se fue haciendo una rutina entre ellos. La primera que se resignó de que ese mañana no llegaría nunca fue la querida tía Gloria.—¡Tú, a defesio!, no estamos para mantenerte —le gritó entrando de golpe en su habitación—. Levántate, arregla el granero. —Ella, a diferencia de Grace que nunca le hablaba, se deshacía en insultos apenas lo veía—. Ve a comprar las provisiones y luego refuerzas el tejado, nos están robando los alimentos. Gervais me ha traído dos escopetas, en la noche, harás

guardias nocturnas. ¡Y no esperes de paga más que tu plato de comida! Él, agachando la cabeza, muy feliz, obedecía. Markus se convirtió, entonces, en el padre adoptivo de los niños. Era fuerte y

sobre todo paciente, los niños recurrían a él cuando estaban en apuros, él les ocultaba sus travesuras y los ponía a salvo de los castigos de tía Gloria. Pronto los niños se encariñaron con él y lo perseguían por toda la casa, otra de las razones por las que aún no se marchaba.—Markus, necesito hablar contigo. Después de seis meses desde que lo trajeron a la casa de Grace, fue la primera vez que le dirigió una oración completa. Él estaba en ese momento con los niños más grandes, preparando un refugio en el sótano para salvaguardarse de los bombardeos. Fue su labor desde que se repuso, acomodar esa antigua casona que se caía a pedazos.—Recibí una carta de Amy —dijo Grace—. Encontraron a Julian, está prisionero en Francia, en una cárcel de la frontera... Y necesitan de tu ayuda.—¿Quieren que pase a la Francia ocupada y lo traiga?— Iras con Randolph y la gente que necesites. —Después de una pausa, agregó—: El precio no es problema.—El precio no es problema —murmuró Markus—. He cambiado, Grace.—No se trata de mí o de nosotros. El esposo de mi hermana está prisionero, y aparentemente tú eres experto en esto, es tu trabajo.—Trabajé para los buenos, para mi patria. Tengo medallas que lo prueban. —Rió Markus sin obtener respuesta de Grace, como siempre, solo de ella, seriedad—. He perdido la vista de un ojo, ya no tengo buenos reflejos. —Mi hermana está embarazada y, con todo lo que te odia, te ruega, te suplica que, por favor, la ayudes a traer a su esposo.—¡Señora Holms! —interrumpieron la conversación los gritos de un niño—. ¡Alarma!—¡Dios, no otra vez! —dijo Grace asustada.—Ve por los más pequeños —ordenó Markus y gritó luego—: ¡A correr al refugio! ¡Rápido! Peter, suena las campanas. Los niños comenzaron a correr al refugio. La escuela de señoritas de la señora Holms se había convertido, desde el comienzo de la guerra, en un hogar de tránsito de niños cuyos padres habían muerto o eran no habidos en la guerra. Llegó a albergar hasta cuarenta huérfanos de diferentes

edades. Las aulas eran en ese momento habitaciones, las carpetas se habían acondicionado a camas, gran parte del mobiliario, pizarras y armarios se habían utilizado como leña en la época de invierno; el sueño de la escuela de señoritas de Miss Grace... no era lo que pensó que sería su escuela cuando le pidió a su padre toda su dote, y lo

invirtió en ese sitio, pero era la guerra. Katy ya no era chef, había dejado la cocina por lavar bacinicas de enfermos; Amy, de diseñar sus elegantes vestidos, para coser sábanas que mandaba al frente; sus pobres hermanos luchaban una guerra que cada día parecía tener menos sentido. Cuánto había cambiado la guerra la vida de los hermanos Townsend. Grace abrazaba a los más pequeños tratando de tranquilizarlos.—Calma. No lloren, el ruido es fuerte, pero Londres está lejos, no lloren. Vamos a cantar la canción de la tía Gloria y su gato gruñón.—A ver —gritó tía Gloria desde el fondo del granero, sonando la nariz a un niño—. Todos canten mi canción, si no, me molesto.—¡Señor Holms! —chilló un niño en medio de los llantos—, faltan los hermanos Mildeton.—Maldición —rugió Markus y se hizo paso para llegar a la puerta—. No abran hasta que regrese.

Katy doblaba sábanas pensando en él, planchaba las vendas pensando en él. Cuando lavaba los utensilios, cuando cortaba las gasas. Odiaba las actividades en solitario porque eran los momentos en que él regresaba con más fuerza, sonriendo, cantando, bailando; como un duende, la perseguía dando vueltas a su alrededor, «un gato duende», murmuraba ella sonriendo, pero algunas veces era peor estar con gente, como los momentos en que un soldado la llamaba «señorita Katy» y, por casualidad, el acento o su tono de voz se parecía, entonces sus ojos se le llenaban de lágrimas.—¿Estás bien, Katy?—Sí, Bram, no te preocupes.—Te quedarán marcas en el cuello.—Así parece.—¿Qué pasó, Katy?—El soldado comenzó a gritar incoherencias. Fue mi culpa, me acerqué demasiado para tranquilizarlo y, de repente, me quiso ahorcar. Me confundió con el enemigo, supongo.—Lo he visto, es muy fuerte. Lo han tenido que reducir entre tres. ¿Cómo pudiste soltarte?—Me acordé de las lecciones de mi hermano Randolph. —Katy sonrió levemente. Sentada en el pequeño tóxico, se frotaba un ungüento en el cuello—.

Me separé lo más que pude, caí con todo el peso de mi cuerpo y le incrusté el codo en sus costillas. Espero no haberle roto alguna.—No —dijo Bram, sonrió y la miró muy apenado por la mancha azul que comenzaba a brotar alrededor de su piel tan blanca—, lo hemos dormido con morfina.—Pobre hombre. —Suspiró con tristeza.—Y pobre tú.—Esas cosas pasan. —Sonrió de nuevo, acomodó sus cabellos despeinados, producto del forcejeo con el soldado, y acondicionó su uniforme— ¿Sabes qué es verdaderamente aterrador, Bram? Cuando están alucinando y te confunden con su madre, o con su esposa, o con la novia de su pueblo. Es horrible, porque tienes que seguirles la corriente. Entonces te confiesan su amor, te piden perdón por alguna infidelidad o que les prepares su comida favorita cuando regresen... No te deja huella en la piel, pero... —no dijo más, solo hizo un gesto de escalofrío.—Katy, ¿por qué no te tomas el día libre?—No, estoy bien, Bram, en serio, hay muchos pacientes, no podría. Estoy triste porque me acordé de mi hermano Randolph. Es el loco de la casa. Una vez se le dio que iba a ser boxeador. Como no tenía con quien practicar, lo hacía conmigo.—¿Cómo? —preguntó extrañado.—No, no te asustes, era muy gracioso. —Comenzó a reír sinceramente—. Porque el trato era que yo le podía pegar a él, pero él no a mí, era para practicar cómo rehuir los golpes del adversario. Si me tocaba un cabello, papá lo mataba. Bueno golpes que le daba a mi hermano. A mis hermanas y a mí nos enseñó a defendernos. A escondidas de papá, nunca le gustaron esos deportes bruscos. Pero dio resultado. —De nuevo, su cara se puso triste—. ¡Dios!, ese soldado me lo recordó vívidamente.—¿Dónde está tu hermano?, ¿está...?—No —contestó Katy rápidamente—, está vivo. Ahora está Bélgica. Mis otros dos hermanos, en Italia. Y mi cuñado, en Francia. Todos vivos por la gracia de Dios, todos vivos.—Cuando salgamos, te invito un café.—Gracias, Bram. Acepto.

Markus se fijó que Grace, aparte de sus cabellos muy cortos, había cambiado

mucho. Era diferente a la Grace que él había conocido. Parecía mayor. No, no era eso. Parecía más serena, más altiva, más madura. Como un animal asustado, Markus, al poder levantarse de la cama, arrastraba sus huesos por los rincones de la gran casa, observando, tratando de pasar inadvertido. Lo que le sorprendió primero fue la gran cantidad de niños, todo el día había bulla, mucha bulla, risas, pleitos, llantos. Miss Gloria andaba por la gran casona con un gran pito colgado al cuello. Apenas los niños lo escuchaban, se formaban delante de ella. La tía de Grace, como un Mariscal, comenzaba entonces a repartir órdenes. Los que tenían que limpiar los graneros, los que les tocaba ayudar a la cocina, los que les tocaba bañarse. Grace estaba siempre con los más pequeños o ellos estaban detrás agarrados a sus faldas y ella con alguno en brazos. Como lady Violet en Garden House. Markus recordó a la madre de Grace con un niño siempre en brazos y muchos alrededor, después de eso, comenzó a imaginar los hijos que no tuvo con Grace, que tanto habían planeado y que no fueron. Entonces se dibujaba en su rostro un rictus de dolor. Los niños al poco tiempo se le comenzaron a acercar. Le daban quejas: «Señor Holms, se comió mi pan», «Señor Holms, se robó mi chaqueta», «Señor Holms, me amarró mi pasador». Luego los niños fueron intermediados entre él y Grace. «Señor Holms, dice la señora Holms que vaya conmigo a buscar a un niño que no regresa del pueblo», «Señor Holms, dice la señora Holms que me acompañe al mercado». Para sorpresa de Markus, en el pueblo, la gente lugareña lo recibía con una amable sonrisa, «esta hierba es para la señora», lo saludaban quitándose el sombrero. «Señor Holms, saludos a la señora Holms». Era graciosa la bondad de Grace que ya lo estimaban y porque tía Gloria la había presentado como casada y que su esposo estaba en el frente. Ciertamente, a medias. Pero a él le complació que su esposa hubiese seguido teniendo su apellido, «dígale que gracias a su esposa por las cartas», ¿no era, acaso, el respeto que él

siempre pensó merecer?, y en ese momento lo tenía por su esposa, era un hombre respetable. Colaboró en todo lo que Grace hacía desde hace dos años para sobrevivir, era una casa muy grande a las afueras de Londres, en un lugar muy parecido al pueblo donde habían ido a vivir los primeros días que se casaron. Lo único bueno de esa casa casi en ruinas es que era muy grande y permitía tener varios negocios a la vez, como la granja de huevos, una pequeña panadería, la había puesto con la ayuda y asesoría de Katy, y un herbolario para la venta de plantas, generalmente medicinales, con la ayuda de su mamá. Clases para niños y adultos a cambio de víveres. Contrató a las mujeres de la

localidad para que la ayuden. Al poco tiempo, fue muy querida por todos los habitantes de la villa. Además, Grace y tía Gloria escribían casi todas las tardes, cartas a los campesinos analfabetos, para enviárselas a sus familiares al frente, o les leían las respuestas, eso sí, completamente gratis. Esta era la tarea más difícil, sobre todo cuando llegaban las terribles cartas con el sello del ejército británico. «Léalo, señora Holms —le había dicho una madre con los ojos llenos de lágrimas, poniéndole la carta en frente—. Ya sé lo que dice, pero igual léamelo. Usted es buena, sonará mejor si usted lo lee». —No te di tanto dinero —le dijo, extrañada, Grace al sacar la cuenta de la compra de los víveres—, has comprado el doble de lo que tenías que traer. ¿Y esas ropas?—Se necesitan —respondió Markus probándole la chaquetas a un niño regordete—, no resistirán el invierno sin abrigos decentes.—Markus, ¿de dónde sacaste tanto dinero?—Tengo mis ahorros —pronunció él, cerró el último botón de la chaqueta al niño y, pellizcándole las mejillas, lo despidió mientras mandaba pasar al siguiente.—Markus, no quiero nada ilegal o de lo que tenga que avergonzarme. Además, no quiero recibir nada que...— Conseguí mi dinero honradamente, tú has leído mi baja honorífica y mis condecoraciones. No he hecho nada vil o despreciable —la interrumpió Markus— y es mi dinero, yo lo dispongo.—Pero...—¿Por qué te sigues llamando señoras Holms? —le preguntó a su vez.—No lo sé. El apellido Townsend es muy reconocido en Londres, y quería un nuevo comienzo. No anulaste el matrimonio, y con la guerra, todo se... No importa.—Te sigues llamando señora Holms, yo soy el señor Holms, es mi dinero y también tuyo, ¿quién sigue? Otra cosa muy importante en que Markus colaboró fue a la hora de que familiares reclamaran a los niños para llevárselos. Junto a tía Gloria, les hacían un exhaustivo interrogatorio. Para la ocasión, incluso Markus se vestía con su uniforme de guerra. Algunos, en realidad, eran delincuentes que querían llevárselos para explotarlos o venderlos.

Entonces venía la experiencia de tía Gloria y Markus en identificar canallas. Con Grace no se podía contar porque

ella quería quedarse con todos los niños.

—Aquí están —gritó Markus trayendo dos niños pelirrojos, uno debajo de cada brazo.—Ustedes, Middleton, me van a matar. Vengan aquí, satanaces. —Se los quitó Gloria y los agarró de las patillas—. ¡Qué susto nos hacen pasar!—Tía —habló Grace—, no los lastimes. Mándalos al rincón mirando la pared. ¿Markus, ya podemos salir?— Unos minutos más —estableció Markus, también abrazando a los pequeños—. Que se apaguen las alertas. Una vez que pasaron las alertas y que acomodaron a los niños, Grace, a solas, retomó la conversación con Markus. Se sentaron en la mesa delante de un tazón de té. Después de varios minutos en silencio, Markus habló primero.—Está bien, lo haré —dijo—, no cobraré, solo el dinero que se necesitará para poder pasar las fronteras y pagar los sobornos de los contactos.—Gracias Markus. —Grace sonrió y bajó la mirada—. No sabía que a esto te dedicabas desde que comenzó la guerra. ¿Es de eso que has conseguido tanto dinero? Traslado personas, dice Amy que salvaste al hermano de Julian y a toda su familia.—Siempre me dediqué al contrabando, Grace, de una manera incorrecta. Ahora lo hago con personas. Es un trabajo riesgoso y no es ilegal. Cobro a los que tienen dinero, pero también he rescatado gente que me ha pagado con las gracias. Y he servido a la corona, como te dije, tengo medallas que lo prueban. Mi dinero es limpio, Grace, y puedes disponer de él.—Markus, yo...—Es más. Traeré a Julian. Es una misión muy peligrosa, pero, a cambio, acepta mi dinero. No quieres la ayuda de tu familia, lo entiendo. Pero yo soy tu esposo.—Markus...— Te dañé, Grace —dijo mirando el cabello cortísimo de su esposa—, pero medañé aún más yo, créeme. Ni el infierno de la guerra se compara al dolor que tuve al perderte.—Basta, Markus...—Lo siento, Grace. Voy a hacerlo. Solo por ti. Pero te pido a cambio una cosa. Si algo me pasa, dispón de mi dinero, está enterrado debajo de tu cama,

y sigue

llamándote señora Holms o viuda Holms.—Tu sentido del humor es perverso, como el de mis hermanos Markus rio y comenzó a alistar sus cosas para el viaje.

C APÍTULO 12

—¿e odiaste mucho, Katy?—¿Cuándo públicamente me desenmascaraste y me expulsaron del instituto decocina, arruinando mi sueño de ser chef? —Rio Katy de buena gana al ver que el pobre Bram se ruborizaba intensamente—. Pues bien, sí, te odié demasiado, quería golpearte, mandar a golpearte. Hacer esos muñecos de brujería y clavarmuchos alfileres. y te hablo de lo que te puedo contar.—¿Y luego? —Rio Bram al ver los adorables hoyitos en las mejillas de Katy cuando reía.—Ya no, mis padres me hicieron comprender que no fue tu culpa, que era tu trabajo y que solo cumplías con tu deber de médico. Era tu obligación dar cuenta de mi engaño. He hiciste lo correcto. Luego, cuando mandaste esa carta al diario defendiéndome, la cólera se esfumó.—Era lo mínimo que podía hacer. La manera que te trataron los dueños del instituto fue execrable. —¿Por llamarme gigante hermafrodita? —Katy soltó una carcajada como la de su padre, fuerte y cantarina—. No me importó y me dio más bien risa.—¿Se molestaron tus papás al descubrir lo que hiciste? —Mucho, sobre todo papá, me castigaron con no ver la calle por un mes, por poco me paran mirando la pared, como cuando era niña. En fin, pero después se puso de mi lado y logramos que los del Instituto se retractaran. Me reconocieron los meses que estudié con ellos y que fui la mejor alumna. Hasta conseguí permiso para ir a estudiar a París a la escuela de cocina, donde sí aceptan alumnas mujeres, entonces vino la guerra. —Luego de una pausa, agregó—: También la odié.—Me acabas de comparar con la guerra —le dijo Bram riendo.—Cuando empezó, ya estaba lista para irme a París, todo estaba planeado, viviría con tía Helen y tío German, teníamos los pasajes, cartas de

M

recomendación, pagado el Instituto, todo...—Y vino la guerra.—Como te dije, al principio, odié esta guerra porque se interponía en mis planes y frustraba de nuevo mis sueños. No puedo creer que haya sido tan superficial y egoísta, ahora sigo odiando la guerra, pero por lo que realmente es y por todo lo que nos quita.—Todos sentimos lo mismo, Katy, yo había ahorrado para irme a América a especializarme en cardiología y darle el alcance a mi familia.—¿Eres casado? —preguntó Katy—No, no —inmediatamente, Bram lo negó—. Tuve una novia que marchó a América unos meses antes de que empezara la guerra, pero de lejos no funcionan los amores.—Lo siento.—Está muy bien, ya se casó y a veces me escribe. Yo quería viajar a América para reencontrarme con mis padres y hermanos.—¿Todos se han ido?—Los judíos no estamos siendo muy bien vistos últimamente en Europa, tenemos familia en Boston, y mis padres decidieron un nuevo comienzo en el nuevo continente. Ellos partieron primero, a mí me faltaba una par de meses para cumplir con unos trabajos y hacer algo de bolsa. Cuando vino la guerra, aunque soy judío y mis padres son polacos, yo nací en Inglaterra, consideré que era mi deber servir a mi patria.—Servir a la patria —murmuró Katy. De repente, exclamó sobresaltada—: ¡Santo Dios, la alarma!—Vamos Katy —le dijo Bram con una amable sonrisa.

—Debí haberte matado por lo que le hiciste a mi hermana —exclamó Randolph después de darle un puñetazo en el vientre que lo dobló de rodillas en el piso—, tuviste suerte que no me encontrara en el país. Es más, si no encontramos a Julian, lo haré.—Está bien, Randolph —dijo Markus, recuperó el aire y levantó la mano aún arrodillado en el piso—, pero después de la misión. Y, mientras tanto, yo soy el que sabe de esto y tú obedeces.—Pero que te quede en claro, Markus Holms, que me la debes.—Lo sé. Toma, ponte este abrigo.

—Apesta—Es la idea, que apeste, se vea viejo y nadie quiera robártelo. Toma, son botones de oro bañados en bronce, cóselos fuerte a la chaqueta... Necesitaremos mucho oro para llegar al campamento de prisioneros, y aún más para los sobornos. No hables con nadie, de aquí en adelante, solo yo hablaré y, cuando crucemos la frontera, solo lo haremos en alemán.—No sé.—¿Estudiaste en el internado más prestigioso de Inglaterra y no sabes alemán?—No. —Levantó los hombros Randolph—. Solo me gusta el inglés, y el inglés británico. Todavía me duele la cabeza cuando escucho hablar a mi cuñada.—Solo yo hablaré —dijo Markus entornando los ojos—. El plan es pasar desapercibidos hasta la Francia ocupada. Hay barcos piratas que salen de madrugada para el contrabando. Cuando estemos en él, los marineros nos embriagarán la primera noche y nos quitarán todo el dinero que llevemos encima. Te mareas antes, no pongas resistencia y que se lleven las bolsas (en ese instante le arrojó pequeñas bolsas con unas cuantas monedas).

Gigantón energúmeno, escucha, no pongas resistencia. Una vez que crucemos el territorio, amigos nos esperan con uniformes alemanes.—Jamás vestiré un uniforme de esos cer... Está bien.—Si la información es cierta y Julian está donde dicen, estaremos de suerte, es un campamento de tránsito. Poco resguardado. Nos hacemos pasar por oficiales alemanes, y dentro... improvisaremos. Todo depende cómo encontremos a Julian.—Ojalá que vivo. Hasta la llegada a suelo ocupado, todo resultó como Markus se lo había dicho. Las personas reaccionaron como él esperaba, pudo controlar a Randolph y su volcánico carácter. En ese momento estaban acostados en una trinchera cercana, muy cerca al campamento enemigo; esperaban el cambio de turno para escabullirse entre los relevos.—¿Por qué le hiciste eso a mi hermana? —preguntó Randolph rompiendo el silencio de la noche—, esa mierda, hombre.—Porque era una mierda de hombre —respondió Markus sin dejar de mirar hacia el campamento

con unos binoculares.—No puedo concebir un ser humano más bueno y noble que Grace.—Y no lo hay —dijo Markus sin voltear, sin dejar de mirar a la puertas del improvisado fuerte enemigo—. No lo hay. Grace es... perfecta.

—¿Y por qué lo hiciste?—No lo sé. Ahora ni yo mismo me entiendo. Eres joven y se te ocurren esas ideas estúpidas. —Suspiró Markus y continuó—. Crecí en tu casa, como hijo de la cocinera, creyendo que ustedes los Townsend, los huérfanos Townsend, eran los malnacidos más afortunados del mundo. Envidiando su buena suerte. Deseando su dinero. Creí que casándome con Grace lo obtendría y...—Perdiste todo —lo interrumpió Randolph.—La perdí a ella. —Haciendo una pausa, continuó—: Lo único que importaba. En el momento que la vi mirarme con desprecio, cuando tu padre me desenmascaró, me di cuenta de cuánto la amaba. No prendas el cigarro, pueden vernos. Sentí, por primera vez en mi vida, miedo, un miedo real. ¿Sabes lo que es tener algo bello, puro, que ya sea tuyo y echarlo a perder? Intenté acercarme a ella y pedirle perdón, decirle cuánto la amaba, que no quería su dinero, le pedí que renunciara a todo, hasta le escribí decenas de cartas..., pero... nada... Lo code la desesperación, pasé no sé cuántos días parado al frente de tu casa, hasta que tu padre me encontró rondando Garden House. Le lloré para que me dejara verla, y él me dijo: «No te le acerques si no te sabes digno de ella». Tu padre hizo que me viera por dentro, que descubriera quién era yo, y ciertamente no era digno de Grace, entonces me alejé, vino la guerra y me dediqué a esto, contrabandear vidas en misiones suicidas. Como una manera de olvidar, o de ser alguien de quien ella se sintiera orgulloso. Si moría, que le dijeran que su esposo lo había hecho por una causa noble.—No hay nada noble en esta guerra, en la gran guerra —le dijo Randolph con amargura, en ese momento, la mirada se le perdió en la lejanía—. Nos engañaron a todos diciéndonos que encontraríamos honor y gloria en luchas valientes cuerpo a cuerpo, con sables brillantes y polainas lustrosas. Mentirosos de mierda, desde que estoy en el frente, solo he estado metido en trincheras, tumbas de barro que huelen a sudor, orina y sangre, escuchado silbidos de balas, viendo morir soldados cuando a un general se le

antoja que salgamos a buscar al enemigo, ya ni deseo hacerme amigo de soldados que después veré morir. Como dice mi padre: «esta guerra es inmoral en su misma esencia, nos han robado nuestra juventud. Han mandado a una generación, no a una guerra, sino a un acarnicería».—Somos Inglaterra.—Nadie más inglés que mi padre. Más decente, caballero y justo. No hay padre que haya enseñado a amar a su patria con más amor que él a sus hijos.

¿Sabes que me dijo Ian Townsend en una de sus últimas cartas? «No le debes yanada a un país que te traicionó, sálvate y trata de salvar a quién puedas. Soloregresa a casa». —Después de una pausa, agregó —: Bueno, en ese caso, tienes razón Markus. Si le salvas a alguien la vida, eres menos mierda que el que mata.—Salvé a muchos, Randolph, si yo no salgo de esta, díselo a tu hermana.—Lo pensaré. ¿Cómo regresaste a vivir con Grace?—¿No te contó?—No hablamos de eso. Solo le pregunté si te quería muerto o vivo.—Caí mal herido —continuó Markus, sonriendo—. Pensé que iba a morir, en mi agonía, solo pensaba en tu hermana, quería verla aunque fuera una última vez. La llamé, y ella acudió a mí. No estaba yo tan grave, no moriría después de todo. Me botaron del hospital, y ella me recibió en su casa. Me atendió, me curó. Por lástima, por su gran corazón. Qué se yo. Aunque nunca me habla, pocas veces me mira, yo... tengo esperanzas. Sí, sé de su bondad, que posiblemente haría esto por cualquiera. Quizás ya no me ama, pero... no voy a dejarla, Randolph. Aunque sea solo su sombra el resto de su vida, su sirviente, su peón, yo estaré a su lado porque no concibo estar en otro sitio. Aunque nunca vuelva a amarme, con estar cerca de ella me conformo. —Umm —le dijo Randolph rascándose la barbilla—. Yo no te perdonaría, ni nadie que conozca. Pero quizás Grace es demasiado buena. Mierda, qué frío hace.—Dentro de cinco minutos cambian de guardia, es nuestra única oportunidad.—¿Funcionará? Me parece tan loco.—Los mejores planes son los más arriesgados. Es un campamento de paso, no hay mucho resguardo. Ni oficiales de plana mayor. El enemigo, al igual que nosotros, está cansado. Han comenzado a echar mano de lo que encuentran. Si los ves bien, muchos de ellos son muy jóvenes e inexpertos. La clave, Randolph, es improvisar, y no hablar. Ya es hora. Cuando cuente cinco. Nos ponemos de pie y caminamos con total naturalidad hacia el campamento. Ni corras ni camines lento.—Ya revisé las carceletas de

ambos lados —murmuraba Markus al lado de Randolph, que se hacía pasar como un inspector, revisaba los camarotes, ojeaba los apuntes y miraba con gesto muy serio a quien estuviera observando. A enfermeras y algunos oficiales de menor rango, les movía negativamente la cabeza, juntando violentamente las cejas, lo que hacía que salieran corriendo del ambiente—. ¿Has visto algo?

— Nein —contestó en alemán, fijó su mirada seria a un soldado que lo veía con insistencia, lo que hizo que este bajara la cabeza y se pusiera a barrer prestamente.—Solo me falta revisar el tópic, dicen que hay un oficial inglés de alto rango, lo han golpeado mucho y está grave. Acompáñame, si no es él, nos vamos inmediatamente. Randolph sin dejar de mirar muy serio a todos los de esa sala, se marchó siguiendo a Markus.—Mierda, es él...— Julian, Julian.—Randolph, ¿qué haces aquí? Váyanse.—¿Puedes caminar?—No —respondió Markus, quien había levantado las mantas que cubrían suspiernas—. Están rotas. No hay fracturas expuestas, pero no podrá dar un paso.—Randolph, lárgate de una vez, te matarán, lárgate, esto es suicida.—Amy me pidió que te llevara a casa —le dijo Randolph en murmullos, mientras saludaba a un oficial que pasó por delante del tópic—. Y eso haré.—No —exclamó Julian muy nervioso y alzando la voz—, Amy no puede verme así. Tienes que dejarme, váyanse, esto es un absurdo. Mi regimiento, todos muertos... No merezco vivir... Todos mis compañeros, muertos; al hijo de Sir Williams lo partió en dos la granada... No merezco vivir... Me golpearon mucho, pero no hablé... Todos muertos, Randolph... Quemé las órdenes, están aquí —Se golpeó la cabeza—. No hablé... Dile a Amy que no delaté a nadie. Otra vez, pasó otro oficial que se detuvo a verlos desde la puerta, a este Markus le dijo que los habían enviado, especialmente a ellos, para interrogar al prisionero inglés. El oficial alemán acotó algo, entonces Markus y él se rieron.—Tiene fiebre —dijo Markus una vez que el oficial se marchó—. Delira.— ¡Váyanse! —gritó Julian.—¿Qué hacemos? —indagó Randolph.— Tiene que colaborar, hay que dormirlo. Tengo morfi... ¡Mierda, Randolph!, ¿qué hiciste?—Me dijiste que lo durmiera.—Con la morfina, imbécil, no de un puñetazo. ¿Quieres matarlo antes de salir de aquí?, ¿cuánto nos da?—Ese golpe, una hora.—Ponle el abrigo que traes debajo. Me robé estos botines de las habitaciones.

¡Rápido, Randolph! La guardia de la entrada vio a tres altos oficiales alemanes salir cantando por la puerta. Uno cantaba, el otro tarareaba y el que estaba más borracho iba cargado en hombros por los otros dos. Ni siquiera podía caminar por ser tal subborrachera. Dos veces los interceptaron. Markus, en su perfecto alemán y fingiendo una gran borrachera, la primera vez, los hizo reír. En la siguiente que los interceptaron, se puso furioso. La tercera vez que los pararon y que duró más la confrontación, Randolph vomitó. Asqueados, los oficiales los dejaron ir adormir afuera para que no apestaran las barracas.— Improvisación —dijo Markus estando ya lejos de los oficiales alemanes—. Estuviste genial, Randolph.— Vomité del miedo, idiota, y por poco me orino.— Está despertando, duérmelo de nuevo... ¡con la morfina! Si pasamos esta última parada, a la altura de la curva del camino, nos esperaran unos amigos que nos llevarán a la playa. Cuatro botones para el chofer, dos más para el vigía, y para el barco pirata serán...

C APÍTULO 13

— Richard.—Lo trajeron, Elinor, está en el hospital.—Mi hijo está vivo. ¡Dios mío, gracias, gracias!—Sí, prima.—Llamaré a Amy.—Espera, antes debo hablar contigo.—¿Qué pasa?Gervais habló muy consternado mientras la marquesa madre se tapaba la boca para no gritar de horror. Lágrimas y desesperación en el rostro de ambos ancianos.—No hay manera de hacerlo cambiar de opinión — dijo Gervais—. Las piernas tienen que amputarse.—¿Ambas?—Sí, Elinor, ambas piernas. Julian no quiere dar la autorización, tiene que ser ya. La infección está progresando, un día más y morirá. Se lo hemos explicado, pero él no quiere cambiar de opinión...—Yo haré que dé la autorización. —Amy estaba detrás de ellos y, sin hacer senotar, había escuchado toda la conversación.—Hija — exclamó la marquesa madre mirándola asustada—, estas muy delicada, él bebé.—Yo lo haré, padrino, él dará su autorización. — En ese instante, la joven marquesa llamó enérgicamente a su doncella, le ordenó que le tuviera listo sumejor vestido y le pidió a su suegra que también se cambiara—. Nada de vestidos negros, madre. Adela, por favor, también tenme listo un chal grande que me cubra el vientre. Cuando Amy vio a su esposo, pensó por un instante que había llegado tarde y

R

que ya estaba muerto. De ese hombre hermoso, enérgico, alto y fuerte, quedaba un esqueleto de rostro amarillo cubierto de una espesa barba. Felizmente, estaba con los ojos cerrados, lo que le dio tiempo de pararse tras un biombo y llorar un poco. Se sobrepuso y, con una voz muy dulce, le habló:—Amor, soy yo.—Amy, ¡vete!, ¡vete, no quiero que me veas así! ¡Vete! —Volteando la cara, Julian gritó aún más fuerte—. ¡Gervais, sácalas de aquí!—Esposo mío —Amy se acercó aún más a él—, estás grave, tienen que amputarte las piernas o morirás. Y por una razón que no puedo entender, teniegas. —Ella hablaba seria, masticando las palabras sin ningún temblor en su voz, mucho menos lágrimas—. Da tu autorización.—No, Amy, no me veré convertido en un medio hombre, en un despojo de ser humano, no lo haré. Prefiero morir en una pieza, no a pedazos.—Julian, no te dejaré morir —le dijo su esposa—. No morirás joven y en la plenitud de tu vida, condenándome a mí a una vida larga de amargura y resentimiento, pensando solo en ti.—No, Amy, no puedo, no me pidas esto.—Darás esa autorización —ordenó Amy después de una larga pausa, se acercó a centímetros de su rostro y agregó—: Decidí amarte por el resto de mi vida cuando tenía seis años y lo hice, ahora vivirás porque así lo he decidido. Mírame, Julian, mírame. —Cuando Julian se fijó en ella, agregó—: Conociéndome como me conoces, dime si no seré capaz de coger esa sierra y cortarte yo misma esas malditas piernas.—Madre —gritó Julian, miró con temor a Amy y pidió su intercesión, pero solo obtuvo la siguiente respuesta:—Yo cogeré el otro extremo de la sierra, querido hijo.

—¿Podrías venir, este fin de semana, a mi casa? Quiero que veas a mi papá. No acepta ningún otro médico que no sea Gervais, y ahora que el Doger se ha ido a Francia, tengo mucho miedo. Está bien, pero tengo miedo de que recaiga. Se había hecho costumbre para los del hospital, ver esas altas figuras recorrer una y otra vez el pequeño

jardín frente a la capilla del hospital. Llamaba la atención lo altos que eran, la enfermera robusta de gruesos brazos y el delgado doctor de piernas muy largas.—¿Qué tuvo? —preguntó Chagall.

—Gervais dice que es la presión de las arterias. Cuando empezó la guerra y mis hermanos se fueron a pelear, comenzó a sentirse mal, le dolía mucho la cabeza, pero no decía nada, hasta que tuvo un desmayo. Al despertar, su brazo y pierna del lado derecho quedaron muy torpes. Gervais lo está tratando con pequeñas dosis de láudano y mucho reposo. Descansa de la fábrica en casa, pero con tres hijos en la guerra, ¿qué cerebro descansa? O mejor dicho, qué corazón.—
¿Mañana?

—Es muy hermosa tu casa.—Verdad que sí —habló Katy muy orgullosa mientras le mostraba los jardines a Bram—. Y debiste verla en sus mejores años. Mamá ha mandado a podar sus mejores plantas para no hacer gastos innecesarios y, como dice ella, superfluos, es preferible antes que mueran por falta de cuidado. Garden House tenían los jardines más fabulosos de Londres, turistas hacían visitas guiadas para admirarlo, había tulipanes, madreselvas, dédalos, plantas de durazno y manzanos. Era muy hermoso.—Aún lo es.—Sí, esta casa es muy bella. He conocido más grandes, más lujosas, como la de mi hermana Amy, la que está casada con el marqués de Saxonhurts. Pero no hay como Garden House. Amy también lo reconoce.—Has tenido una infancia muy feliz.—Idílica. Siete hermanos creciendo juntos, de edades no muy dispares. En esta casa había mucha bulla. Aparte, mamá nos dejaba traer a todos nuestros amigos. Siempre había algo entretenido cada semana, torneo de luchas, fiestas de té, concursos de bailes, obras de teatro representadas por nosotros mismos. Nuestros amigos morían por estar aquí. Para todos había mucha comida, flores, libros... Parece todo tan lejano.—¿Tú te pareces más a tu papá o a tu mamá?—En carácter, mi mamá dice que a mi papá. Hasta nos reímos igual. En físico, a ninguno, soy adoptada.—¿Adoptada?—Sí —respondió Katy sonriendo ante la expresión sorprendida de Bram—, al igual que mis

hermanos, seis, solo mi hermana menor Bonnie, que la vas a conocer, es hija biológica de mis padres, los demás somos huérfanos, adoptados por Violet e Ian Townsend.

—¿Cuántos hermanos son?—Siete en total. Los más traviosos, Randolph y yo. El hijo perfecto, Henry. Lamás noble, Grace; la más pleitista, Amy; el más serio, Josué, y la recontraengreída, Bonnie. La adoración de todos, pero no se lo digas. Mamá dice queella resume los defectos y virtudes de todos nosotros. Pobre mi madre, no sé cómo se las arregló con todo ese batallón. Espera que la conozcas, no me llega nial hombro.—¿Quiénes están en casa?—Mis papás, mi hermanita Bonnie, mi cuñada Alexandra, esposa de mihermano mayor Henry, aunque a esta hora debe estar en la fundición, sus dosbebés y una tía de ella. Por cierto, cuando la conozcas a ella, la tía de mi cuñada, la señora es muy cariñosa, pero un poco especial. Estuvo interna en un hospitalpsiquiátrico por culpa de su esposo, un horrible hombre, que felizmente está en la cárcel y, si Dios quiere, ahí terminará su vida para pasar directo al infierno. Bueno, el caso es que ella solo le habla a Alexandra, a mi mamá, a Bonnie y, algunas veces, a nosotros. Seguro le hablarás, te va a sonreír, pero no te va a responder. ¡Ah! Delante de ella, no digas que eres médico, les tiene terror. Unavez lo echó a Doger a escobazos, cuando revisaba a papá. Le hemos hecho creer que es un actor que ese día se hacía pasar por médico. Fue muy gracioso cuando correteó a Doger, y buenos golpes que le dio. La señora ha tomado posesión de la casa como si fuera suya, supongo que en su cabeza estaba defendiendo a papá.—Es lo más probable. ¿Cuánto tiempo lleva con ustedes?, ¿no tiene más familia?—Dos años. Es una historia un poco intrincada. En realidad, no es nada de Alexandra, es su tía de cariño, la familia de mi cuñada la rescató del sitio donde la había internado el... sinvergüenza ese. Ella tiene dos hijas, las hijas que tuvo con ese hombre. Unas señoras muy amables que se reencontraron con su madre casi después de veinte años. Siempre vienen a verla. Intentaron llevársela a vivir con ellas, pero no quiso. Mamá me dice que es porque se siente segura en Garden House, que esta casa la hará sanar, no

pierde las esperanzas de que algúndía se conecte a la realidad.—
Puede ser, de la mente, que es lo más importante de nuestro cuerpo,
es de lo que menos sabemos.—Mamá dice que va a sanar. Entremos
a la casa, de pasada, revisas a mis sobrinos. Helen Victoria, la menor,
es mi ahijada, dice Bonny que está babeando mucho...

Violet recibió a Bram encantada, se olvidó de que era un doctor que venía a ver a su esposa y lo trató como si fuera pretendiente de su hija, haciéndole todos los honores, atenciones y miles de preguntas. Hasta que Katy, muy sonrojada, tuvo que llamarle la atención.—Qué alegría que almuerces con nosotros —habló Lady Violet poniéndolo a la cabecera de la mesa—. No estábamos preparados, espero que te guste el pato asado. Abriré una botella de vino. La tenía guardada para una ocasión especial, pero si Katy me hubiera avisado que venía con usted, conseguía algo mejor.—Mamá, Bram es un doctor que viene a ver a un enfermo que es mi papá.—Shuuuu. —Le hizo Violet un gesto de silencio muy gracioso—. Que no escuche Nana. Vamos a fingir ante ella que es tu pretendiente.—Mamá, por favor.—Katy, deja a tu madre —la corrigió Ian—. Siéntate, Bram. ¿Eres inglés?—Sí, señor. De ascendencia judía—Pero ¿eres inglés? —preguntó, de nuevo, Ian.—Sí, señor.—Bien —dijo Ian muy sonriente, desdoblado su servilleta—. No me gustan los extranjeros. Mi nuera Alexandra es americana, pero tiene sangre inglesa.—Papá... —Suspiró Katy.—Ustedes son altísimos. Sus hijos serán gigantes —dijo Bonnie para terminar de abochornar a Katy. El almuerzo se llevó a cabo con las graciosas observaciones de Violet, el exhaustivo interrogatorio de Ian sobre sus hábitos personales, como la puntualidad y la disciplina, las bromas de Bonnie, que no pararon hasta que Katy dio un puntapié. La curiosa Nana, que se le acercó a Bram, extrañamente, sin temor alguno, aunque no le habló, se atrevió a observarlo muy de cerca, hasta que revisó las orejas.—Le caes bien —le dijo Violet mientras Nana le acomodaba la servilleta a Bram en el cuello—. Nuestra Nana es un ser muy sensible, si se te acerca sin miedo, es que debes ser una persona buena. Terminado el almuerzo, revisó al enfermo evitando la presencia de Nana, al igual que a los niños con mucho disimulo.—No es doctor, Nana —le dijo Violet—, es el pretendiente de Katy, deja que vea a los pequeños, quiere ver cómo serán sus hijos. Ya de

camino a casa, terminada la tortura para Katy, le pidió disculpas a Brampor esa extraña velada.

—Lo siento, mi familia es un poco singular.—Me encantaron.—
¿Cómo está papá?—Está bien, un poco cansado. Más es la preocupación de la guerra que la misma enfermedad.—Lo hubieses conocido hace unos años. Mi padre era un hombre tan fuerte, enérgico todo el día activo, trabajando, jugando con nosotros. Me entristece verlo sentado en una silla. Esperando las cartas de sus hijos.—Se pondrá bien, es un hombre fuerte. Cuando termine esta guerra...—Cuando termine esta guerra, si algún día termina...
¿Sabes?, a mi papá fue al primero que escuché decir que esta guerra duraría años cuando recién empezó, y todo era desfiles, fiestas de despedida, preparándonos para darles el recibimiento cuando ganaran, creyendo que terminaría todo en unos meses. Él estaba muy serio, entonces se lo oí decir a Gervais: «esto será una carnicería, fuerzas iguales, alianzas iguales, armamento igual, terquedad igual, demasiado parejas las fuerzas para que termine pronto.—Fue de los pocos.—Sí, mi padre presintió cómo sería en realidad la gran guerra. Mamá dice que es por su inteligencia en los negocios y lo dura que fue su vida de niño. Él, antes que muchos, supo cómo sería todo esto.—¿Cuándo le dio el primer ataque?—A los pocos meses de empezar la guerra. No supimos de Josué dos meses, y él estaba como loco, hasta quería enlistarse. Entonces llegaron las noticias de que estaba bien, pero sucedió la desgracia en casa de mi amiga Letty.—¿Qué pasó?—Mi querida amiga Letty, ellos. Ella, su padre y hermanos vivían muy cerca de aquí, nos hicimos amigas del parque, y luego paraban ella y sus hermanos todo el día en casa. Su mamá murió cuando ellos eran pequeños. Su padre era un historiador de noble cuna y muy amable que siempre estaba de viaje. Es temporadas todos paraban en casa. Nuestros amigos del alma. Tenía tres hermanos de la edad de los míos, hasta menores. Murieron los tres en la batalla de Somme, el mismo día porque estaban en el mismo batallón. Fue horrible. Amigos de nuestra

infancia, de nuestros juegos, de nuestra mesa. Muertos antes de cumplir los veinte años. El barón, su padre, al recibir la noticia, se dio un disparo en la cabeza.—Qué terrible. ¿Y tu amiga?

—Mi pobre Letty, de un momento a otro, se quedó sola en el mundo, casi se volvió loca del dolor, no habló por meses. La chica más alegre y divertida que he conocido en mi vida, soñaba con ser actriz. Vino unos meses a vivir con nosotros y conseguimos convencerla para que se fuera a América con mi tía Ivanna, la familia de mi cuñada, para que tratara de olvidar y empezar una nueva vida. Eso le afectó mucho a papá. A las pocas semanas de lo que les pasó a los muchachos, tuvo su primer desmayo.—¿Y tu mamá?—Mamá es más fuerte, siempre dijo que ella era la fortaleza de papá, a las finales era cierto. Creo que su fortaleza radica en lo llorona que es. ¿Sabes que tiene hasta horarios para llorar? A una determinada hora de la tarde, llora por sus hijos en el frente, cuando escribe las cartas. Lady Violet tiene esas cosas tan suyas, pero dice que es la manera como tiene para resistir. Mi pobre madre.—Es encantadora.—Única. Mamá es tan diferente y extraña y, a la vez, tan simple. Papá la adora. Tuve mucha suerte al ser adoptada por ellos. Mucha suerte.—¿Cuándo supiste que eras adoptada?—Desde siempre. Mamá detesta las mentiras. Y tiene razón, mientras más pequeños les expliques a los niños que son hijos del corazón y no de la barriga... No te rías, era su explicación. Lo tomas como un hecho natural. No podríamos imaginar padres más amorosos que ellos. ¿Qué te dijo mi mamá cuando te llamó aparte?—Un secreto.—Dime.—Quiere saber por qué ya no cocinas. Que antes era lo que más te gustaba, pero casi desde que comenzó la guerra no has vuelto a cocinar.—No tengo tiempo.—Era tu sueño, tu vida.—Era muy dramática en ese entonces.—Rio Katy.—Apasionada diría yo, ¿qué te pasó?—Intenta hacer un clafoutis de cerezas sin cerezas, con harina con gorgojos y con media onza de azúcar.—Vamos, Katy, hay algo más, tu mamá me dijo si tiene que ver con Gatito.

—Lo siento, es más de lo que pudimos hacer —habló Gervais

secándose las

lágrimas que salían sin parar—, es lo más...—¿Vivirá? —lo interrumpió Amy muy seria, tomando firmemente las manos de su suegra.—Sí, cariño, vivirá,—Es lo único que me importa —dijo tocándose su vientre—. Su hijo y yo seremos sus piernas.—Una pierna logramos amputarla por debajo de la rodilla, podrá usar una prótesis, pero la otra...—Padrino. No me importa. Solo quiero que viva.

—Había empezado la guerra —desde que empezó hablar Katy, comenzó a llorar y no paró hasta terminar su relato de Gatito—, solo habían transcurrido seis meses, pero ya se podía ver lo que haría esta guerra con todos. Estando de guardia, una enfermera me llamó diciéndome que había un soldado que quería verme, que había escuchado nombrarme y decía conocerme. Intrigada, fui a ver. Y era él. Mi querido amigo del Instituto de Cocina, Edward Dashwood, Gatito. Yo le puse ese nombre por sus manos pequeñas. «¿Señorita Katy, es usted?», preguntó muy sonriente cuando me vio.» Nunca me llamó Katy, siempre me dijo señorita Katy. Era un muchacho muy humilde, de un humilde pueblo, que llegó a Londres con el sueño de ser el mejor cocinero y de poner el mejor restaurant de la ciudad, pero en su vida también se cruzó esta guerra de mierda. Había contraído tuberculosis, estaba muy avergonzado de haber enfermado y de no estar en el hospital por una herida de guerra, pero siempre me decía: «Sí luché, señorita Katy, estuve tres meses en trincheras y en primera fila, luego, enfermé. Pero cuando sane, volveré a las trincheras». «Claro, Gatito, así será», le respondía yo.

—¿Dónde está Amy?—Se quedó en casa, Julian, preparando tu llegada —le habló la marquesa madre mientras daba órdenes para que lo subieran al coche.—No quiero nada de celebraciones ni fiestas —dijo él muy molesto—. No estoy de humor para ver a nadie. Es más, que no se sepa que estoy de regreso. Tenga cuidado —le gritó al

ayudante que acomodó mal sus piernas cortadas. El traslado al castillo fue en absoluto silencio. Cuando lo ayudaron a bajar de

la carrosa y lo instalaron en la silla de ruedas, la marquesa madre sintió su corazón partirse en dos, pero mantuvo la compostura. Julian, ya sentado, se sorprendió de la rampa que habían acondicionado a los laterales de la escalera que daba a la puerta principal. Había temido, desde que saliera del hospital, que lo tuvieran que trasladar en brazos todas esas escalinatas. Al final de la rampa y parada en la puerta, estaba Amy con un bonito vestido que hacía notar su avanzado embarazo. Tan concentrado estaba Julian de las rampas y de la reacción de los sirvientes al verlo en ese estado que no le prestó atención hasta que estuvo a su costado.—Estas... —Julian enmudeció, puso una mano en su vientre, aún asombrado, y sin poder hablar, agregó—: Estás...—Te damos la bienvenida, Julian —dijo Amy sonriendo—. Y, por si acaso, estoy. Y por primera vez después de muchos meses, Julian sonrió.

—La enfermedad había ganado gran parte del cuerpo de mi Gatito y no había medicación que le hiciese efecto. Los doctores no le daban mayores posibilidades. Sufría Gatito, y aumentaba su pena que nadie fuera a visitarlo. Toda su familia es de Helstone, gente muy pobre como para hacer el traslado a la ciudad y atenderlo. Yo procuraba todo el tiempo estar con él y, cuando lo veía, siempre me recibía con una sonrisa y hablábamos de la época del instituto, de nuestros planes cuando acabara la guerra. De irnos a París juntos, yo me especializaría en repostería y él, en salados. «Luego podemos ser socios, señorita Katy, y poner nuestro restaurante ». «Claro, Gatito, seremos socios», le respondía yo, «lo haremos de todas maneras, si es que queda algo de París después de esta guerra, lo haremos». Y nos reíamos. A los pocos días, comenzó a tener fiebres muy altas, vómitos de sangre y delirios.

Desde la colina cercana, subidos en un montículo de tierra, Randolph

y Markus divisaron a Grace. Parada e inquieta, caminaba a todos lados mirando el camino. Ya Amy le había enviado una nota avisándole que en cualquier momento ellos llegarían. Randolph estaba preparado para darle un último golpe a su cuñado, como advertencia de lo que le pasaría si lastimaba de nuevo a Grace, pero cuando lo vio tan conmovido al verla, se había puesto pálido, los ojos se le

llenaron de lágrima y hasta le temblaban los labios, lo dejó ahí. Randolph silbó fuerte para pasarle la voz a su hermana, con ese silbido característico de él. Markus empezó a caminar, pero al ver que Randolph no lo hacía, se detuvo.—¿No vienes? —le preguntó.—No, ya me voy, tengo hasta las diez para regresar a mi batería o me fusilarán por desertor.—Pero despídete de Grace.—No, lo que tenía que hacer, ya lo hice y me voy. —Mirándolo fijamente y extendiéndole la mano, agregó—: Le prometí a Grace que te regresaría sano y salvo, y he cumplido. Randolph se quedó unos instantes mirando la escena del encuentro de Grace con su esposo. Randolph desde pequeño no retenía las palabras como recuerdos, sino las imágenes. Como la primera vez que se fijó en los ojos violetas de su madre y su bonita sonrisa, la vez que ella lo levantó en hombros y se sintió tan alto, o la mano de Henry jalándolo para huir del orfanato. Imágenes sin palabras. Y esta era una que guardaría emotivamente en su memoria. Markus se acercó lentamente a Grace, cuando ella empezó a llorar y le abrió los brazos, él fue corriendo a su encuentro, cayó de rodillas y se abrazó a sus piernas. Hasta que ella se arrodilló también y lloraron juntos. Al rato se acercaron un montón de niños gritando «¡regresó el señor Holms!», y rompieron el momento. Randolph levantó los hombros y se fue.

La marquesa madre no intervenía en las terribles discusiones entre Julian y Amy. Porque si Julian había salido del infierno de la guerra, regresó convertido en un demonio. Se quedaba callada o fingía que la labor de bordado que tenía en las manos requería de tal manera su atención como para no escuchar los gritos e insultos que los esposos se brindaban. Desde el primer día que llegó del hospital, se veía venir que la convivencia no sería fácil. Apenas si Julian se había alegrado del embarazo de Amy. No había querido sentarse con ellas a almorzar a pesar de los esfuerzos preparados para recibirlo, pidió o, mejor

dicho, ordenó que lo llevaran inmediatamente a sus aposentos. Cuando supo que se lo habían trasladado, para su comodidad, a la primera planta, se contrarió sobremanera. Disgustado, lo habían ayudado a acostarse en la cama y, sin mucha cortesía, le había pedido a Amy que durmiera en otro cuarto. A ella casi no le hablaba si no era con monosílabos y siempre dando órdenes. Solo aceptaba las visitas de Gervais para

las curaciones diarias, también sin casi dirigirle la palabra al tío que se deshacía en bromas y atenciones. Hasta se había negado a recibir la visita de los padres de Amy. Dos días exigió que le llevaran las comidas a la cama, negándose a comer con su esposa y la madre. Gritaba a su esposa cuando se atrevía a contradecírsele. Pero ella callaba y salía de su habitación sin decir palabra. Ya preocupada, la marquesa madre le había dicho a Amy que si no era conveniente que ella interviniera para que no la tratase de esa manera tan descortés. —No te preocupes, madre —le había respondido Amy—, yo entiendo, es un proceso que tiene que pasar, y yo esperaré con paciencia que pase. Seré una esposa con una infinita paciencia. La paciencia de Amy duró hasta la tarde del día siguiente. Esa misma tarde la marquesa madre se sobresaltó al oír los gritos de su nuera, que retumbaron por toda la casa. —¿Quién te has creído que eres para hablarme de ese modo y de esa forma, Julian? De ahora en adelante, se acabó: me hablas, me miras y me tratas con respeto... A mí no me importa quién eres... Yo sé quién soy. Soy Amy Townsend. Y a una Townsend nadie le falta el respeto. Así que piensa antes de abrir la boca de nuevo, marqués. Porque tendrás al frente quien te responda. Alguna vez te bañé de estiércol por malcriado, no busques que lo vuelvo a hacer... Así comenzó a tratar Amy a su esposo, le pedía las cosas con mucho humor, amor, pero cuando no tenía respuestas positivas de él... —No, Julian. ¿Cómo se te ocurre? De ahora en adelante, nuestras habitaciones estarán en la primera planta... No hay personal... ¿No has vistos a nuestros sirvientes? Solo hay varones ancianos y mujeres. ¿Quién te va estar cargando y subiendo todos los días?... No... No te quedarás encerrado todo el día en tu cuarto y, además, es más por mí. Ya perdí un bebé, no voy a perder otro por subir y bajar escaleras... No te lo dije porque estabas en la guerra... Pero ya lo sabes, soy yo la que necesita más cuidados que tú.» ¿Cómo que dónde voy a dormir yo, Julian? Yo duermo con mi esposo. No puedo

subir y bajar escaleras. ¿De qué estás hablando?... Ya te he visto. Ya sé que cortaron ambas piernas... No, señor marqués, estás muy equivocado... Voy a dormir contigo, en tu cuarto, en tu cama... Entonces tú dormirás en el piso. No, no tendremos habitaciones separadas. Mi esposo no está muerto, no estoy separada de él, no te he echado de mi habitación... ¿Tú, qué?... ¿Tú me vas a echar a mí?... Atrévete, Julian... Ya me tienes hasta la coronilla. Mi paciencia,

que sabes que no es tanta, se me está agotando... En las noches, me das masajesen la espalda y en las piernas porque me están dando muchos calambres. Queeegoísta eres, Julian... Sí egoísta. Mira el tamaño de mi barriga. Tu hijo esenorme. ¡Qué desconsiderado eres!»No, Julian, tú mismo te aseas, te vistes y te atiendes... No... Eres un hombre muy grande, no puedo... con... ¡Que no hay sirvientes!, ¿no entiendes? Todos los jóvenes de la comarca los han reclutado, ¿qué quieres?, ¿quizás, que tecontrate una mujer joven y fuerte? ¿O quieres que te traiga a lady Alessia? Sí, hazte el tonto, ya me contaron que ha estado preguntando por ti... Hay de ti, Julian, que sepa que... ¡Ah, tonterías! Claro, como si no supiera el calavera queeres. Cada semana llevabas novias distintas a Garden House... No estoy hablando tonterías. Hasta sé que te ha enviado notas... Atrévete a engañarme, marqués, y te juro que termino de cortar el resto de pierna que te queda... Ya me conoces.

—«Señorita Katy, cuando termine esta guerra, nos casaremos». «Así será, Gatito». «Pondremos un restaurant Yo lo salado y usted los dulces». «Sí, Gatito». En sus delirios, me decía: «Señorita Katy, está usted muy bonita con su vestido de novia», «mi mamá quiere que pruebe su asado de carne», «mi mamá es una excelente cocinera». A veces gritaba muy fuerte: «Katherine, los niños no han comido», «Katy, hay que abrir el restaurant», «Esposa mía, nuestros hijos son muy hermosos». En sus alucinaciones, había pedido mi mano, nos habíamos casado, puesto nuestro restaurant y tenido muchos hijos. Mentí a los doctores diciéndole que era mi novio para que me dejaran estar con él. «Sí, Gatito», le decía siempre. «Sí, esposo. Así es. Ya voy por la leche». Deliró tres días con sus noches, con fiebres y vómitos interminables de sangre. Vasijas enteras de coágulos. Parecía que algo lo trituraba por dentro y su interior, pulmones, hígado, qué se yo... salían diluidos de su cuerpo. A veces regresaba a la realidad se

sentía avergonzado de vomitar tanto, me miraba muy triste, mientras yo lesostenía la bandeja...

La marquesa madre no reconocía que aquel correcto joven que fue su hijo, enese momento, estuviese hecho un filibustero, grosero y malcriado, pero se encontró con una esposa que le contestaba de dos por una. Las discusiones

siempre partían por Amy pidiéndole que hiciera cosas que él siempre estuvo acostumbrado a hacer. Porque era el caso que el marqués de Saxonhurts no quería ni levantarse de la cama en todo el día.

Entonces Amy primero se lo pedía con mucho cariño; luego, con bromas, hasta que estallaba en cólera. La mayoría de las veces, solo por no escucharla gritar, Julian obedecía. Hasta los aparentemente crueles comentarios de Amy, que la hacían estremecerse, los pasaba por alto, algo en su interior le hacía presentir que su nuera hacía lo correcto. Cuando Julian pedía su intercesión para que Amy lo dejara en paz, ella solo levantaba los hombros y le decía:—Es la mujer que elegiste como esposa. Tanto que te rogué que buscaras a otra. —Reía la marquesa tapándose la boca—. Y yo no me meto con Amy. — Recordando las palabras de Richard, agregaba—: Pídemme pelear con víboras cascabeles en el desierto, lo haría antes de meterme con ella... No, cariño... mi querida nuera tiene una lengua que, si pudieran mandarla al frente, esta guerra ya hubiese acabado hace rato.

—La última noche, mi Gatito se tranquilizó, hablaba menos nervioso, hasta pensé que se había recuperado, su rostro había adquirido una forma hermosa, su piel casi brillaba y sus ojos se volvieron aún más negros y profundos.

—Katherine —le dijo.—Sí, Gatito.—Dime Edward.—Edward.—Me hubiese gustado llevarte a mi pueblo, presentarte a mi madre y a mis hermanos. Ponerte en tus cabellos unas flores que solo existen en Helstone y cantarte una canción que los novios de mi pueblo cantan a sus futuras esposas.—Lo haremos, Edward —le correspondió, tomó su mano y le dio muchos besos—. No hables, te vas a cansar.—Dile a mi madre que fuiste mi novia, que me amaste mucho y que nunca me dejaste solo.—Soy tu novia, Edward, te quiero mucho y nunca te dejaré solo.

—Cerró sus ojos y no habló más, pensé que se había quedado dormido. Al rato pasó un doctor, este se acercó y me dijo que desocupara la cama, que estabamuerto.

C APÍTULO 14

—¡ienes que recibirlos, Julian! —gritó Amy tocándole la puerta con insistencia—. Son los administradores... de tus tierras. Yo he hecho lo que he podido con la ayuda de Alexandra. Pero no puedo seguir abusando de su bondad. Además, tú estás en casa y estás bien... Sí, te cortaron las piernas. ¿Y?... ¿Te cortaron, acaso, la cabeza?, ¿pensabas con tus piernas?, ¿tus neuronas se fueron con los dedos de tus pies?... Dios sabe si esos contadores no habrán llevado estoya a la ruina. Pero ya estás bien... No, tú te harás cargo de los negocios de esta familia, yo ya me cansé. Ya estoy por dar a luz y no he preparado nada para el bebé. Ni su cuarto... No, Julian. Te hemos acondicionado la biblioteca como tu oficina... ¡No me importa! Si quieres quedarte sin dinero es tu problema. Yo tengo el de mi familia, mi propio dinero... ¿Qué crees, que me asustan tus groserías, que esas palabras no las he escuchado antes?... Randolph te las enseñó, ¿recuerdas?, y a mí antes que a ti... Hablas estupideces, claro que saben que te cortaron las piernas... Pues sí, puede ser que inspires lástima..., pero depende de ti y tu comportamiento para que vuelvas a inspirar respeto... Hazles frente, ¿no eres un marqués de noble cuna?... ¿Dónde está tu nobleza?, ¿tu casta superior, señor marqués?... ¡Estás vivo, Julian!, ¡agradece a Dios que estás vivo!... Bien, no los recibas, muérete de hambre entonces, que quiebren todos tus negocios. Encima de mutilado, pobre. Ese es tu problema... Pero yo no me encargo más de tus asuntos... de los arrendatarios ni de nada que tenga que ver con cosas que tú puedas hacer.

—Ha peleado todo la mañana con los contadores —le habló la marquesa madre a Amy, sentándose a su lado, mientras ella, despreocupada, tejía unos botines—. Los ha hecho sacar cuentas una y otra vez, amenazó con despedirlos si no le traían los libros al día,

esta misma tarde.

T

—Lo sé —dijo Amy viendo el figurín—. Me están saliendo bonitos, ¿sabequién teje muy bonito? Nana, la tía de Alexandra. Vio a mi mamá tejiendo, ellano es muy hábil para esas cosas, y que le desarma todo lo avanzado y lo havuelto a hacer. Me ha hecho un ajuar completo, también madame Diana me está confeccionando unos lindos trajes, todos en blanco. Y cuando nazca, le agregaremos flores rosas o celestes según sea el sexo del bebé. Mañana pintarán la habitación de blanco y mamá me traerá los muebles de Bonnie cuando erabebé. Los gritos de Julian a sus administradores se hicieron más intensos cuando estos cruzaron la puerta. Tanto que la marquesa madre se sobresaltó, pero cuando vio a Julian asomarse a la estancia donde ellas estaban, inmediatamente disimuló.—Este color me gusta más, hija —habló la marquesa mostrando una revista.

—En persona llevé sus pocas pertenencias a su madre en Helstone. Son personas muy pobres, Gatito, mi Edward, era el hijo mayor. La señora era viuda con cuatro hijos pequeños. Edward era su esperanza de salir de su miseria. Mereció muy amorosa. Y sí, me presenté como su novia. Se consoló mucho pensando en que nunca estuvo solo, ni en su enfermedad ni cuando murió. Sabía todo de mí porque él le había hablado de que algún día se casaría conmigo. Aunle escribo. Es una señora muy buena, hubiese sido una segunda madre para mí... Lo que te he contado no se lo dicho a nadie más. Cuando mis padres me preguntan por él, les dije que volvió a Helstone y que de vez en cuando nos escribimos. Le tomaron también mucho cariño en casa. Al principio, papá lo miraba ceñudo, pero comenzó a estimarlo, mi Gatito era muy respetuoso y también gracioso, muy bueno contando chistes. Hasta creo que mi padre está resentido con él porque cree que me abandonó por otra mujer. Y si mamá preguntó por él, es porque quizás sospecha. Pero no puedo hablar de esto, es muy doloroso para mí confesarles la verdad sobre mi Edward. Que lo

imaginenaún vivo.»¡Oh Bram! Todas las semanas llega a casa alguna novedad de los caídos, amigos, conocidos. Hace tres semanas, en una misma batalla, murieron dos amigos de Josué, de su misma promoción del internado. No, mejor que crean que Gatito aún vive. Algún día, cuando duela menos, se los diré.

—Te lo advertí, Julian, si no te bañabas, te echaría agua fría encima, no digas que no te lo advertí... ¿Te ofende lo que te digo?, a mí me ofende tu olor... Aver, pues, levántate de esa silla, ven, levántate, señor marqués, y pégame, pero levántate solo, ponte esas prótesis y las muletas, párate solo y ven a pegarme... Cumple tus amenazas, nadie te va a ayudar... Y no me provoques, que estoy más que tentada en desaparecer esa silla de ruedas... ¡Y hoy te afeitas!, ¡o dormido te pasó la navaja!

—Por favor, amor, intenta, ponte las prótesis, Julian... Póntelas y te ayudas con las muletas, te trasladarás más fácil que con la silla de ruedas. Es para tu comodidad. Mi padrino dijo que ya podías usarlas... Intenta si quiera... No podemos estar cargándote... Tienes que salir de esta casa, ver a los arrendatarios, ver las cuentas en los bancos, hablar con tus socios, tienes que... No te metas con mi madre, Julian, que yo me meto con la tuya y a ver cómo nos va. No... No me mires así... Y sí... así fue... ¡Reputa la madre que me parió!... ¿Y?... Ya te dije, basta de amenazas, levántate de esa silla y ven... Ahí están las prótesis, póntelas y ven a pegarme, ¿qué esperas?... No te tengo miedo, marqués..., pero de pie, me vas a pegar como un hombre entero, de pie... ¡Ponte esas malditas prótesis!...

—No lo sé, Bram. No tengo ganas de cocinar, muchos recuerdos, muchos sueños rotos, demasiada nostalgia. No hay comida que salga bien con tanto dolor. Papá dice que nos han robado nuestra juventud, y es cierto. Esta guerra, aparte de horrible, es tan injusta. Los hermanitos de Letty, ¿a quién se le ocurrió enviar a tres hermanos a un mismo batallón? Yo ayudé a Letty a recoger los sesos de su padre desparramados en su biblioteca. Y mi Gatito. Si tú hubieses conocido a Edward, no se te hubiera ocurrido enviarlo al frente, era tan pequeño y delgado, parecía un niño. Él se alistó pensando que lo enviarían a

las cocinas; la primera semana lo mandaron a la primera trinchera por tres meses. Era tan frágil, claro que tenía que enfermarse, pero como era pobre... «Carne de cañón», como dice Doger. Amo a mis hermanos y a mi cuñado, dime cuál brazo me parto por alguno de ellos y lo hago. Pero ellos son ricos, nobles y oficiales, tienen privilegios, otra clase de comida, vestimentas, calzado. Mi Gatito tenía los pies destrozados por esa infección de las trincheras, meses sumergido en el barro; si

no lo mataba la tuberculosis, lo hacía la infección de sus pies, hasta estaba llenode piojos y sarna. No, la guerra no es igual para todos. Cuando entré al instituto, descubrí que había una sociedad de clases, estratificada y separada por el dinero. La guerra me enseñó que hasta la muerte escogía primero a los que estabanabajo. Estoy horrorizada, Bram, y cansada de sentir horror. Cuando me enlistécomo enfermera, yo también, como Gatito, pensé que me destinarían a lascocinas. Según yo, prepararía maravillosas tartas a los soldados para motivarlos a ganar la guerra. La primera semana me pusieron a cuidar a los primerossoldados que traían con quemaduras de gas mostaza. Hombres jóvenes que nopodían tragar su propia saliva. Uno de ellos me tomó la mano y me dijo: «mamá, tengo sed», antes de morir. — Katy hizo una pausa y, secándose las lágrimas, agregó—: Odio esta guerra.—Yo también la odio —le dijo Bram tomándole la mano muy conmovido y con los ojos húmedos—. Odio la guerra más que al enemigo. Y es con quien realmente debemos luchar. No debemos permitir que nos quite nuestros sueños. Si nos quita nuestros sueños antes que nuestra vida, habrá ganado.

Tantas veces como se cayó, Amy se sobresaltaba detrás de la puerta. Se tapaba laboca y lloraba en silencio, sintiendo en su corazón cada caída. Pero no entró a la habitación y les indico con señas a los sirvientes, que se habían apersonado porel ruido, para que se retiraran. En toda la casa retumbaron las maldiciones y groserías de Julian, hasta que se quedó en silencio, entonces Amy fue corriendo a la mesa del comedor donde la esperaba la marquesa madre. Cuando Julian se presentó de pie apoyado en unas muletas y sus piernas postizas, a la marquesa madre se le llenaron los ojos de lágrimas. Amy, que estaba sentada a su diestra, le dio un puntapié y, murmurando, le dijo:—No llore.—Querido —exclamó la marquesa madre con una sonrisa y desdoblado la servilleta—, ¿qué piensas

desayunar?—Solo café negro, madre, y dile al mayordomo que preparen el coche, voy a salir.—¿Me llevas al centro, Julian? — preguntó Amy—. Voy a ver unas cosas para el bebé.—Claro — contestó Julian acomodándose con dificultad en la silla.—¿Y podemos pasar un rato por Garden House?

—Sí, Amy. Cuando Gervais llegó a visitarlos, acercándose por los jardines, observó a Julian apoyado en las barandas de la escalera principal, de un momento a otro, sujetándose firmemente de ellas, comenzó a saltar y bajó las escaleras. Al pie de ellas, Amy lo esperaba con las muletas. Cuando vieron al doctor, apenas los saludaron con un leve levantamiento de cabeza, estando los esposos más preocupados en la logística para que Julian subiera al automóvil. Después de varios intentos fallidos, Julian subió y le tendió la mano a Amy para que hiciera lo mismo. Gervais, parado al lado de Elinor, miraban la escena en silencio. Cuando el coche partió, la marquesa madre le dijo:—Tenías razón, Richard. Ella era la indicada.

Bram notó que la mayoría de enfermeras, viendo a Katy de gran estura y fuerza, se aprovechaban dándole los trabajos más pesados, además se enteró de que había corrido ya el rumor de que era una de las herederas Townsend, lo que provocó en algunas de ellas cierto rechazo, y más ganas de hacerle la vida pesada.—Se aprovechan de ti.—Algunas, no me importa.—Pero son más severas contigo que con el resto.—Bram, esto no es nada. Mi patissier del instituto, ese sí que era malo. Medía sesenta pulgadas, pero cuando gritaba, por poco me orinaba.—Pero...—Tengo tres hermanos en el frente —lo interrumpió Katy—, estoy aquí por ellos. Y no me asusta el trabajo duro, mamá nos crió a todos muy laboriosos. Todos aprendimos a hacer diferentes tareas de la casa, todos sabemos cocinar, remendar, limpiar, hombres y mujeres. Yo viví mi niñez y adolescencia dentro de una cocina. Y prefiero, te soy sincera, prefiero lavar sábanas o cambiar bacinilla a entrar a cirugía. Además, conversas mucho conmigo y eres uno de los pocos doctores jóvenes y solteros.—Y guapo —agregó él levantándole un ceja.—Y guapo. —Río Katy y dos bonitos hoyitos se formaron en sus mejillas.—Están celosas.—Lo que hace la guerra, me he vuelto un galán codiciado.—Y yo, una dama envidiada por sus

galanes.

—¿Hay otro aparte de mí? —preguntó juntando las cejas.—Claro... Doger.—Bueno, y lo otro es que...—No me lo pidas, Bram.—Mandarán a veinte enfermeras a Bélgica. A partir de la próxima semana, se duplicará el trabajo y tendrás que entrar a sala.—Esta mierda de guerra. He llegado a pensar que ya no me importa quién se declare ganador. Porque cuando eso ocurra, todos seremos perdedores. El único consuelo que me queda es, como dice mamá, que la humanidad se dará cuenta de no volver a cometer esta estupidez. Que la gran Guerra del catorce será la última. Papá, en cambio, no lo da por cierto. Que si algo le ha enseñado la vida es que la estupidez humana no tiene límites.—Concuerdo más con tu padre. —¿Tú lo crees, Bram? Después de tanto horror, tantas muertes, ¿es posible que deliberadamente los países no escarmienten y se les ocurra otra guerra? No puedo concebirlo. La gran guerra será la última que verá el mundo. Al menos yo. Si viene otra, espero estar bien muerta. No podría pasar por esto otra vez.—Saliendo, ¿vamos a tomar un café?—Quieres que me odien más las enfermeras, ¿no? Aunque sí... quiero ir donde estudié cocina. Lo han cerrado y convertido en oficinas de guerra, pero dos de mis antiguos profesores han puesto un cafetín a dos calles. Tengo mucha nostalgia de esos días.

—Julian, ven. —Acostados en la cama Amy, tomó la mano de Julian que en esos momentos leía los estados de cuentas y, sin darle tiempo a reaccionar, la llevó al vientre—. Siente.—Se mueve mucho. —Sonrió Julian, siendo la primera vez, desde que había regresado de la guerra, que tocaba a Amy. Comenzó a acariciarle su enorme vientre hasta que el bebé se tranquilizó, pero siguió moviendo su mano hasta rozar el busto de Amy. Se la quedó mirando fijamente, cuando quiso retirarla, ella lo detuvo.—No, Julian, yo también te necesito. —Se quedaron viendo a los ojos por unos instantes y, al ver que su esposo

se quedaba quieto, roja de cólera, Amy comenzó a gritar—. ¿O ya no te gusta?, claro, te parezco gorda y fea; claro, preferirás estar con...

Julian la interrumpió con un feroz beso para que dejase de hablar y, también, porque la amaba mucho.

—¿Gervais? —preguntó Bram.—Doger se sintió mal —dijo Katy frotándose los dedos, muy nerviosa—. Ledimos un poco de morfina y lo hicimos dormir. Ya no es joven. Pero quiere seguir y seguir. Es terrible. Cada vez son más y más jóvenes.—Katy, tienes que ayudarme.—Bram, no.—No hay nadie más, Katy. Katy pasó catorce horas seguidas entre heridas infectadas, mutilaciones, quemaduras y decesos. Con ambientes totalmente abarrotados. Ya a los pacientes no los trasladaban a una sala especial para operarse. No se podía perder tanto tiempo. Donde estuviesen acostados, se ponían cortinas a los laterales, se rezaba por que hiciera efecto la anestesia lo más pronto posible y se procedía, la mayoría de las veces, las terribles mutilaciones. Se terminaba con un paciente, se levantaban las cortinas y se continuaba con el siguiente. A Katy le dieron, además, la tarea de trasladar las partes mutiladas en una trastienda para su posterior incineración. Después de horas haciendo lo mismo, Katy no sentía nada, parecía estar viendo a otra persona que hacía lo que ella. Hasta que se pasó la mano en la frente para secarse el sudor y vio que no era sudor, sino sangre lo que le había salpicado; tenía sangre en su frente, en sus mejillas, en su mandil, sus zapatos, su pelo; tenía sangre por todo su cuerpo, y una sangre que no era la suya. De repente, se sintió tan sucia y pegajosa. Dejo caer la bandeja de instrumental que tenía en sus manos, giró en sus talones y comenzó a caminar hacia la salida. Bram la llamaba y las otras enfermeras, pero la mirada de Katy estaba ausente, siguió caminando, solo veía sangre y más sangre y quería alejarse de ella. A la mitad del jardín Bram, le dio alcance.—Katy, Katy —gritó—. Entra, no puedes dejarnos. Ella se lo quedó mirando extrañada.—¿Quién dice? —chilló—, ¿quién dice?, yo no debería estar aquí. Soy cocinera. —Sacó un

dibujo del bolsillo de su delantal y agregó—. ¿Ves?, yo voy a hacer el pastel de bodas de mi hermana, mira, aquí tengo su dibujo, tendrá cinco pisos y lirios, su flor favorita, yo no debería estar aquí...— Katy —le dijo Bram, la tomó de los hombros y comenzó a sacudirla—,

mírame. Katy.—Yo no debería estar aquí. Soy chef. Iré a Paris.—
Perdón. —Bram entonces la abrazó con fuerza—. Perdón, a veces
me olvido, todos olvidamos, que solo eres una niña. Es cierto, no
deberías estar aquí.—Quiero irme a casa, Bram. —Comenzó a llorar
Katy, abrazada a él—. Ya no puedo más. Déjame ir. Mañana vendré,
mañana.—¡Doctor Chagall! —gritaron desde el hospital—. Doctor
Bram.—Ve, pequeña, ve.

—Te fui a ver muchas veces, Grace, para pedirte perdón, me paré no
sé cuántas noches esperando ver prender la luz de tu cuarto. Hasta
pensé escalar los enormes muros de Garden House y meterme en tu
habitación para hablarte y, sino me querías perdonar, secuestrarte.
Te escribí también muchas cartas.—Lo sé —dijo Grace curándole un
raspón de su rostro, hecho cuando los niños se le abalanzaron encima
para darle una efusiva bienvenida—. Lo sé. Papá me lo dijo y me dio
todas tus cartas.—Yo pensé que...—Mi padre, a diferencia de ti,
Markus Holms, nunca tuvo una madre, ni familia y pasó una niñez en
casi la indigencia. Y es, nunca lo dudes, el hombre más decente y
noble que puedas imaginar.—Es cierto.—Siempre me dijo de tus
visitas, lo que le decías, y me entregó tus cartas. Sino te vi, no fue
porque él me lo prohibiera, fui yo quien no quería. Estuve muchas
veces tentada en perdonarte, pero ambos teníamos que cambiar. Y
así lo hicimos.—Lo siento Grace. ¿Aún me amas?—¿Por qué crees
que me sigo llamando señora Holms? —Grace sonrió, acarició su
frente, su parpado del ojo lastimado para siempre y sus labios—.
Leí cada una de tus cartas, hasta me diste la idea de que, en vez de
renunciar a mi dote, me la dieran directamente para cumplir mi sueño
de ser maestra mientras te esperaba. Un día, papá me dijo que,
cuando estuvieras listo y cuando te convirtieras en el esposo que
merezco, regresarías. Y así fue.—Te amo, Grace. Desde siempre, fui
tan canalla, te prometo que nunca...—Sin promesas. —Grace lo besó

con mucha ternura—. Sin perdones. Volteemos la página, y esto se olvidó. Eres otro hombre, yo soy otra mujer. Y lo

demostraremos con hechos el resto de nuestra vida...—¡Señor
Holms! —Un niño interrumpió con sus gritos el romántico momento—,
a uno de los Midleton se le ha atorado su cabeza en la cerca... no lo
podemos sacar...

C APÍTULO 15

—¿o habremos lastimado al bebé? —habló Julian besando el cuello de Amy.—No, si su mamá es feliz, él también lo es.—Amy, te amo tanto, siento mucho haberte hecho pasar este infierno. Amormío, eres la única mujer en mis pensamientos, en mis profundos deseos. Desde siempre te amo. ¿Podrás perdonarme?—Mierda —dijo Amy sobresaltada—. Julian llama a mi padrino, se me rompió la fuente.

—Siento lo de ayer.—No te preocupes, Katy. Tuviste un colapso nervioso.—No volverá a pasar, Bram.—Tomate unos días. Ve a Garden House. Cuida a tus padres, a tus sobrinos.—No, estoy bien. —Mientras le hablaba, alistó su cabello debajo de su gorro de enfermera y se puso su mandil—. Ayer llegué a la casa destrozada, crucé el umbral de la puerta, fui a Garden House, no al cuarto, entonces vi a mamá y papá alistarse agitados porque Amy iba a dar a luz. Tomé una ducha de un minuto y los acompañé, ¿y qué crees? Doger no llegaba, su coche había tenido un accidente, nada grave, él está bien. En fin, Amy gritaba como loca, Julian estaba a punto de desmayarse, entré a la habitación con mi mamá y, ¿adivina quién trajo al mundo a Julian Malcom II, próximo marqués de Saxonhurts?—Tú. —Me sirvieron mucho los meses que me enviaron a obstetricia. Es un bebé precioso, grande, no sé cómo ha crecido tanto en el vientre de mi pequeña hermana. Cuando llegó Doger, ya Amy estaba limpia, el cordón curado y mi bello sobrino en brazos de su padre.— Felicitaciones, Katy. Tu primer nacido.

N

—Ayudé en muchos partos, no pensé que me serviría algún día. Estoy feliz, muy feliz. Y tuve una epifanía. La guerra, que es muerte, no logrará vencernos; Inglaterra vivirá; los Townsend viviremos; yo seguiré viva. Tienes razón, Bram, no me dejaré vencer. Muerte y vida, los reversos de una misma moneda. Y voy a celebrarlo. ¿Cuándo es tu cumpleaños?—Dieciocho de agosto.—No, será esta semana. Te voy a preparar una cena y te demostraré que tan buena chef soy.

—¡Por Dios, Julian, tranquilízate! —gritó Amy a todo pulmón—. Madre, dame morfina o láudano, algo, pero que deje de taconear... Me pones más nerviosa... Ya debe estar por llegar mi padrino... ¡Madre!, ¡el láudano era para él, no parati!...—Perdón, hija, estoy muy nerviosa.— ¡Ay, Dios!, ¡Quiero a mi mamá!—A aquí estoy, cariño. —En ese momento, entró a la habitación lady Violet con Katy y Bonnie y, sin mucha cortesía, botó a empujones del cuarto a Julian y a la marquesa madre.—¿Y papá? —preguntó Amy.—Se quedará afuera para tranquilizar a tu esposo.—Si es necesario, que le dé un puñetazo —dijo Amy pujando—, lo autorizo. No, ven, Bonnie, acércate, hazme un favor, hermana, ve y escóndele las muletas. Y que se siente en la silla de ruedas, si lo veo asomarse una vez más... Aaaaah..., mamá, ¿por qué no dijiste que dolía tanto? Katy, Katy, hermana, ayúdame.—Lo haremos juntas, hermana —dijo Kathy.—No puedo, duele mucho.—Vamos, Amy, está por salir. Tú puedes, somos unas Townsend, ¿no es así? Violet secaba el sudor su hija. Katy daba órdenes a Amy como si fuera un general.—Cálmate... Solo cuando yo te diga.—Madre, déjame decir lisuras en tu presencia.—Claro, hija. —Lady Violet besó su frente—. Cuando una mujer da a luz, puede decir todas las que se le vengan por la cabeza. No te limites. Yo maldije a tu padre hasta por la tatarra abuela que no conocí.

—¡Katy! —gritó Amy.—Calma, Amy.—Hermana. —Se tomaron ambas las manos, e Ian, que estaba pálido en el umbral de la puerta, recordó cuando era niñas aquella vez que se les dio por vestirse iguales y saltaban por el prado tomadas de la mano. Tan diferentes físicamente, pero gemelas del corazón.—Bien, Amy —dijo Katy poniéndose en posición—, a la cuenta de tres, ¡puja con toda tu alma.

—Pasa, Bram, a mis amigas les ha tocado turno y nos han dejado solos. Cuando les dije que cocinaría para ti, se rieron. «Sí, cómo no», dijeron.—Somos muy grandes o esta habitación es muy pequeña.—Las dos cosas.—Bien, Bram. No te mentí cuando te dije que era una chef. —Katy sorprendió a su amigo doctor con una pequeña mesa vestida con exquisito mantel blanco delino, platos de porcelana y copas de cristal. Pan fresco y una rosa roja en el centro—. Te explico, primero, lo que vas a comer. Comenzaremos con una delicada La soupe à l'oignons , seguiremos con el siempre sencillo pero infalible ratatouille y, de fondo, un Boeuf Bourguignon , tuve que aceptar que el anciano carnicero me pellizcara mis mejillas por este octavo de carne. Y para postre, Crêpes salés et sucrés . He variado muchos ingredientes. Me he acomodado con lo que he podido, pero yo misma me aplaudo por el resultado. Bram se acomodó en la elegante mesa y comió cada plato con absoluto deleite, saboreando cada bocado y prácticamente en silencio. No había necesidad de hablar, solo sentir el placer de comer. Katy lo observaba encantada y recordó la razón por la que tanto le gustaba cocinar, porque podía hacer sentir esas emociones a las personas y dar todo el amor que sentía sin necesidad de palabras. Terminado el postre y servido el café, recién Bram pudo hablar.—Absolutamente exquisito. —Tomó la mano de Katy y la besó con mucha ternura—. Ha sido una cena maravillosa, chef.—Un placer cocinar para ti. Después de una pausa, aun Bram sin soltar su mano, le dijo:—¿Y qué te parece cocinar para mí el resto de

tu vida?—¿Vas a abrir un restaurant? —Katy sonrió y se puso seria cuando lo vio a él muy serio—. ¿Bram?

—Botaste esto el día que saliste corriendo del hospital. —Sacó de su saco un papel doblado en cuatro.—Oh, mi diseño de la torta de matrimonio de Amy —dijo Katy mirando el dibujo—. Al final, se casó en una barraca de guerra, no hubo pastel. Grace huyó para casarse y Henry adelantó la boda por la guerra, por lo que quedó mi pastel a medias. Creo que nunca haré ese pastel.—Hazlo para ti. Para nuestra boda.—Bram. —Aún mirando el dibujo y con una triste sonrisa, le dijo—. Yo no te amo. O no lo sé. Me gusta estar contigo. Conversar y reírnos, pero no sé si es amor.—Yo sí te amo, Katherine. Eres una mujer maravillosa, bellísima.—¿Bellísima?—Sí, por fuera, por dentro, y tengo más experiencia que tú en esto del amor. Y sí es amor.—Mis hermanas eran las que todo el día devoraban novelas románticas soñando con su príncipe azul. Yo, en cambio, desde muy joven deseché la idea del matrimonio o de tener mi propio hogar. No era bonita como ellas, o lista. No, no me interrumpas. Lo digo sin rencor... Yo tenía un único sueño. El sueño de ser chef, y luego una cosa, luego otra, la guerra y el sueño se fue diluyendo. Pero casarme no estaba en mis planes. Con Gatito lo pensé, porque me lo pidió casi muerto..., pero...—Katy, tenemos lo que muchos matrimonios hubiesen deseado para empezar. Amistad, respeto, atracción, admiración y buena comida. Además, dudo que encuentres un hombre al cual puedas mirar sin doblar el cuello.

—Dice Julian que los siguientes hijos los adoptaremos, que no pasará por lo mismo otra vez. —Amy reía mientras amantaba a su bebé en presencia de la marquesa, cuando le propusieron, la marquesa y una amiga de esta, contratar a una nodriza, Amy las miró de tal manera que se disculparon y cambiaron de tema inmediatamente. Y ahí estaba ese niño pelado de ojos celestes, tomando su leche, haciendo ambos un retrato hermoso—. ¿No es lindo?—Hermoso —respondió la marquesa, sonriendo—, y estoy de acuerdo con Julian. Si quieren

tener una gran familia, adopten, por favor. Otro parto y no locuento.—
Haremos las dos cosas. —Rio, de nuevo, Amy, cambiando al bebé al
otro

seno—. Le he prometido a mi mamá Violet que, aunque tenga y pueda tener hijos propios, también adoptaremos. Criando a todos con el mismo cariño. Quiero darles la oportunidad que mis padres me dieron a mí, dice mamá que ya hay otros hijos que deben de estar esperando por mí. Por cierto, Julian estará ocupado todo el día en el centro. Quisiera ir al cementerio a ver a mi mamá verdadera y presentarle a mi hijo. ¿Me acompañas, madre?—Claro, cariño, dispondré del carruaje.

—¿Y? ¿Lo pensaste, Katy?—¿Me enseñas a fumar? —le preguntó Katy, tomó el cigarrillo de sus manos y se sentó a su lado después de una larga jornada—. Apesta horrible. Pero debe tener algo de bueno, que hasta matan por esto.—Despacio —le dijo Bram, dándole golpes en la espalda, y sonrió por la tos de Katy.—Es asqueroso, toma. Renuncio.—¿Y?—No me presiones, doctor. ¿Es cierto que te vas a Bélgica?—Sí, faltan médicos.—¿Es por eso tu apuro?—Nos casaremos cuando tú quieras. Pero quiero irme con tu palabra, que, cuando vuelva, serás mi esposa.—Si vuelves.—Su sentido del humor es muy retorcido, señorita Katy.—Es un distintivo de los Townsend. —luego de una pausa, y mirando al aire pensativa, le dijo —: «Señorita Katy», así me llamaba Gatito. Si no vuelves, seré dos veces viuda. He estado pensando y, por respeto a Edward, me consideraré a mí misma viuda. Sí me casé con él y todo lo que alucinó en su agonía fue cierto. Nos casamos, tuvimos hijos, tuvimos un gran restaurant. Suena loco, pero quiero que sea así.—Está bien — exclamó Bram tomándola de la mano—. No me opongo a casarme con una viuda. Y que Edward sea parte de nuestra vida.—Gatito será parte de mi vida y es irremplazable. —Luego, suspiró cansada—. ¿Sabes lo que más me tienta para casarme? Hacer de una vez ese maldito pastel de chocolate de cinco pisos y lirios blancos.

La madre de Amy había sido enterrada en el cementerio de la familia, en un lugar privilegiado, al lado del conde de Hamilton y de Bonnie. A ella desde muy pequeña, como a los otros niños adoptados Townsend, Violet e Ian le explicaron que no era su hija biológica o de la barriga, sino la hija que buscaron y que Dios quiso que la encontrasen, y fue amor puro apenas se conocieron. Le enseñaron, en el caso de ella, a visitar a su mamá verdadera, a llevarle flores, cartas, dibujos y oraciones. Le enseñaron a amarla. Llegaron las marquesas y el futuro marqués a una tumba cubierta de muchos lirios blancos, con una lápida sencilla que solo decía: «la madre de Amy». —A diferencia de mis hermanos —le habló Amy a la marquesa madre—, yo sé quién me trajo al mundo. Mamá Violet la conoció y dice que era una mujer muy joven, hermosa, valiente y que, antes de morir, solo pedía que cuidaran de mí.—Seguro, hija —le dijo la marquesa madre con mucha ternura—. Richard también me contó lo mismo.—Hola, mamá —saludó Amy dirigiéndose a la tumba—. Mira, aquí está tu primer nieto. Julian Malcome II, el primero de muchos nietos que te he de dar.

—Bien, Markus —le dijo Grace conteniendo la risa—, nosotros pasamos la página y estamos bien, pero hay una persona que es muy rencorosa y que te hará pagar el resto de tu vida tus malas acciones. Tía Gloria los había visto salir de su cuarto juntos, hizo el gesto de mirar a Markus de pies a cabeza, para voltearle luego la cara.—¿Y vivirá con nosotros para siempre?—Sí.—¿No extrañará Garden House?—No, tía Gloria se quedará conmigo. Y ahora que estamos juntos, con más razón. Te tendrá vigilado día y noche.—No hay descanso para el pecador. Bueno, a cambio de buenas noches como la de ayer, acepto la condena.—Markus. —Se sonrojó Grace—. No seas impertinente.—Es más... es muy temprano para...—Basta, hay mucho trabajo. No me convencen tus arreglos del tejado.—Te

amo, Grace —le dijo Markus besando su corto cabello—, y mucho.—
Lo sé, sé que es verdad.

—No sé, tía, estoy agradecida por lo que hizo por Julian, pero no me convence.—Katy observaba a su hermana y esposo jugando con unos niños en los jardines. Había ido a visitar a Grace al orfanato y se dio con la sorpresa de encontrarlos juntos. Como siempre, fue cariñosa con Grace y fijó, seria, su mirada en Markus.—¿Qué fue lo que le dijiste a Markus? —preguntó tía Gloria, quien también observaba por la ventana a los esposos.—Qué si volvía a lastimar a Grace, lo deshuesaría como a un pato.—¿Y el qué dijo?— Nada, sonrió, agachó la cabeza sin pronunciar una palabra.—Ahí está tu respuesta: la humildad. ¿Quieres reconocer cuándo un canalla se ha redimido?, prueba hincándole el orgullo. Cuando este se quiebra, es señal de que esa persona está pensando en alguien más que en sí mismo.—Como dice papá: «los egoístas no pueden amar». —Nunca aman. Y por si acaso, aquí estaré yo para ponerlo en su sitio hasta el último día de mi vida.—Ahora siento pena por él. —Sonrió Katy, estrujando a su tía con uno de sus brazos—, ¿así que no volverás a Garden House?—Katy, ya mis huesos no están para soportar tus abrazos. Y no, este es mi hogar. ¿Y tu doctor?—No lo sé, tía. De verdad, no sé qué hacer. Me gusta Bram, es guapo, divertido, algo torpe, demasiado bueno y decente. ¿Es suficiente?—Tus padres se conocieron en un fin de semana y se casaron. Les resultó a ellos.— Cuando le preguntamos a mamá por qué se casó con papá, nos dijo: «yo era pobre, él era rico; yo era noble, él era plebeyo. Fue amor a primera vista». Papá pega una de sus risas escandalosas cuando mamá resume su gran historia de amor.—Coincidieron dos personas buenas y decentes. ¿Sabes por qué funcionó? Porque ambos decidieron ser felices. Optaron por la felicidad, lo tomaron como un deber y lucharon día a día por ella.—¿Y si no estoy enamorada?—¿Y si ya lo estás? La gente cree que la gran historia de amor termina cuando dices «acepto». Y es al revés, recién empieza. La prueba son tus padres.

La boda de Katy fue muy hermosa, se hicieron para la ocasión unas barandas de

bellas flores que llegaron desde la casa hasta la glorieta del jardín, donde Ian Townsend, por fin, pudo llevar a una de sus hijas al altar. Un sacerdote muy pequeño casó a los novios muy, muy altos. Katy no esperó que terminara la guerra, o que Bram se fuera a Bélgica, ni siquiera a estar segura de que lo amaba, y organizó su propia boda en dos semanas. Decidió, como se lo hizo saber a su futuro esposo, que ella ya no esperaría a la vida, que comenzaría a vivirla con guerra y todo. Además, decidió que tendría ya su propio restaurante, teniendo como socia a la mamá de Gatito, de su Edward querido, su primer esposo. Comida sencilla y de paso, para gente trabajadora que no podía regresar a casa. El nombre del restaurante no podría ser otro que Katy & Kitty. La señora aceptó, se trasladó inmediatamente a Londres con sus hijos y, con el adelanto que Katy pidió de su dote, se encargaría de organizar el negocio mientras ella se iba como enfermera acompañando a su esposo. También su futura socia dio su bendición para el matrimonio y, como regalo de bodas, le obsequió el cuaderno de recetas de su hijo, además de participar de manera activa y emocionada en la boda. Todos los hijos Townsend, como un milagro, consiguieron permisos para estar presentes en la boda de su querida hermana. En esa boda, Bram fue testigo de primera mano de otro distintivo de los Townsend, no eran rencorosos. Cuando Grace llegó a casa del brazo de Markus, la primera en ir a recibirlo con dos besos en las mejillas fue Violet, seguida de Amy y los demás asistentes, incluido el propio patriarca. Lo trataron como un miembro más de la familia, era un Townsend. Fue una tarde hermosa de cantos y bailes, y como no podía ser de otra manera en la boda de Katy Townsend, hubo abundante y muy buena comida. Felicidad que se interrumpió porque los muchachos tenían que marcharse de nuevo al frente. No sin antes llevarse, cada uno, un gran trozo de pastel de chocolate hecho por la novia. Llegó la hora de la fotografía oficial, la que después de muchos intentos, se logró una gran toma con todos

juntos. Randolph Townsend no necesitó llevarse esa foto para guardar en su mente la imagen de toda la familia, sus padres, sus siete hermanos, su cuñada y cuñados, los adorables sobrinos, los queridos tíos y amigos. Hermoso retrato de todos sus afectos juntos, que no se repetiría nunca más.

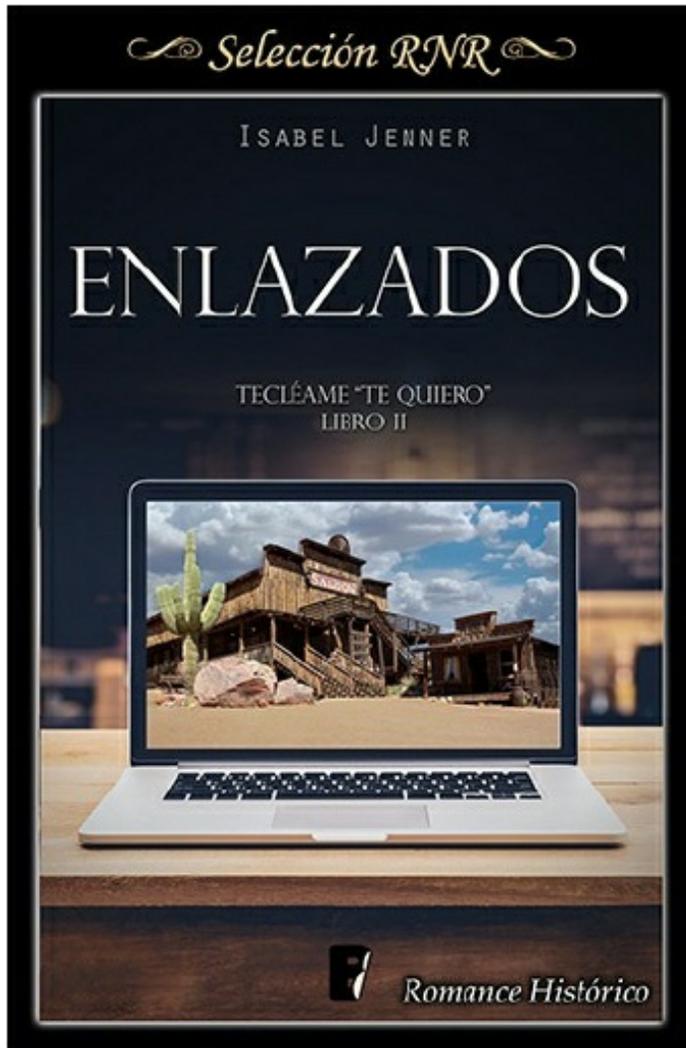
FIN

E PÍLOGO

—¿ovedades?—Varón, la marquesa de Saxonhurts tuvo un hijo.—
¡Varón! —gritó el marqués de Rogarth dando de aplausos y pasos de baile—. ¡Varón! Por fin, un varón. Si hubiese podido darle mi apellido a Amy, eseniño sería aún... No importa, es el próximo marqués de Saxonhurts y unido ados de las castas más nobles y ricas de Londres. ¿Y Katy?—Se casó con el médico judío, se han marchado a Bélgica como voluntariosde hospitales de campaña.—Judío, no me agrada, pero es médico, lo compensa un poco, y Bélgica, qué peligroso. No vendas armas a los alemanes, al menos no a los que están en esazona. Que mi hija no muera por una de mis armas. ¡Ah!, su restaurant, que todos los obreros de nuestras fábricas vayan a comer allí.—Sí, excelencia, ya di la orden. —Agachó la cabeza Armand, confirmando, cada día más, que el marqués ya había perdido la cordura—. ¿Algo más?—Lo más importante. —El marqués había vuelto a dar pincelazos a un cuadro; con una mano agarraba un pincel, con la otra se engullía un gran pastel—. Ahora que todos están tranquilos, mi hija a salvo, es hora de ejecutar mi venganza contra quienes me quitaron a mi amada Beatriz. Lástima que tendré que exponer el secreto de Ian Townsend.

N

Si te ha gustado



Quando aman las Townsend

te recomendamos comenzar a leer

Enlazados

de Isabel Jenner

C APÍTULO 1

En unos Estados Unidos de América del siglo XIX...Wyoming, invierno de 1894

Algo no iba bien en el rancho KC , pero Josh Sheridan no conseguía averiguar

de qué se trataba. Terminó de vestirse con ropa de abrigo, se colocó las botas y salió al porche de madera para contemplar la cumbre desigual de Cedar Mountain, bajo cuya destalada sombra se cobijaba su hogar. Más allá de la oscura montaña, en el oeste, se alzaban los picos nevados de las Rocosas, rodeados de bosques vírgenes y lagos cristalinos. Si miraba hacia la derecha, en cambio, las Grandes Llanuras, abrasadoras e inhóspitas, se extendían durante cientos de kilómetros hasta llegar a orillas del Missisipi, cuyas turbulentas aguas hacían de frontera natural con el civilizado Este. Era una tierra dura pero generosa si uno se entregaba a ella en cuerpo y alma, como Josh había hecho durante sus veintinueve años de vida. Sin embargo..., algo no iba bien. Envuelto en las tinieblas previas al amanecer, prendió un fósforo y una única llama iluminó su cara cuando la acercó al cigarrillo que tenía colgando de los labios.—Es este maldito silencio, ¿verdad? A mí tampoco me deja dormir. Josh exhaló el humo y se giró hacia su hermano menor. Sintió la conocida punzada de angustia cuando lo vio renquear hacia él y apoyarse en la barandilla algo astillada. Harry se frotó la pierna izquierda con aire ausente, sin decir nada más. «El silencio», repitió Josh en su cabeza. ¿Sería ese el problema? Aunque así fuera, él poco podía hacer para solucionarlo. Dio otra calada al cigarro antes de responder:—Tendremos que acostumbrarnos, Harry.—¿Y si no queremos acostumbrarnos? La tercera voz llegó desde algún lugar bajo el porche. Un segundo después, Everett subió las escaleras con

una taza desportillada, que desprendía un intenso aroma a café, en la mano. Josh miró a su otro hermano pequeño con cara de pocos amigos.

—¿Y qué sugieres? ¿Que vaya a por Kelly y la traiga de vuelta al rancho? La pregunta detuvo el movimiento de Everett de llevarse la taza a la boca.—Si no quieres que su marido te vuele la tapa de los sesos, será mejor que nilo intentes.—Entonces, ¿solo voy a buscar a los gemelos? Josh pudo distinguir el gesto horrorizado de su hermano entre la luz grisácea que anunciaba la próxima salida del sol.—¿Y encargarnos Harry, tú y yo de los mocosos? La casa se vendría abajo.—Pues ya te has respondido tú solo. Así que se acabó el tema.—Su tono fue seco y cortante.—Joder, Josh. Por eso espantas a todas las mujeres de aquí a Cheyenne. Gruñes como un oso al que se le ha escapado un salmón.—Y hasta te pareces a uno. —Se sumó Harry a la pulla. Josh se pasó la mano por la barba rubia y descuidada, sin importarle lo más mínimo lo que esos dos pudieran decir sobre su apariencia. Sin Kelly en casa para regañarlo, no se había molestado en mirarse en un espejo durante semanas. Soltó un hondo suspiro. No confesaría que los echaba de menos a ella y a los gemelos. Con el paso de los años, había aprendido a no demostrar sus sentimientos a nadie, y no lo haría en ese momento. La lección más valiosa que podía transmitir a sus hermanos era que se enfrentasen a cualquier circunstancia que les deparase el destino con las emociones bajo control.—Kelly ha comenzado una nueva vida. Y lo mejor es que se haya llevado a Luke y a Will con ella; es como si fuera su madre, los ha criado desde que nacieron.—Ya lo sabemos, Josh. Pero también es cierto que, sin esos tres, el rancho parece una tumba —protestó Everett. Sí. Ese era silencio que Josh se empeñaba en ignorar desde hacía muchos días. La ausencia de golpes, peleas y risas de dos gemelos de nueve años con una energía desbordante que transmitían a todos los habitantes del KC, y el canto suave de Kelly mientras estaba ocupada con alguna tarea del rancho o sus airados reproches al perseguir a sus cinco hermanos varones con una cuchara de madera por toda la casa. Porque, hasta hacía poco

tiempo, habían sido una familia muy unida. Satisfechos con lo que tenían, a pesar de las adversidades. Josh era el mayor de los hijos de Owen y Kelly Catherine Sheridan, seguido por Harry, y este, a su vez, por la pequeña Kelly, a quien nombraron como a su madre. Un par de años más tarde llegó Everett, y todos pensaron que el

matrimonio Sheridan no tendría más descendencia, hasta que, un buen día, veinte años después del nacimiento de su primer hijo, la señora Sheridan se quedó embarazada de gemelos. La mala suerte quiso que Owen Sheridan contrajera una infección pulmonar que no le permitió llegar a ver nacer a sus hijos y, lamentablemente, su mujer pronto se unió a él, ya que falleció durante el parto. Dos almas que se fueron, a cambio de otras dos que llegaron. Para aquel entonces, Josh ya era un hombre hecho y derecho, que se hizo con las riendas del rancho y se entregó a la cría de excelentes caballos, mientras que su hermana había sido el pilar en el que se había apoyado para cuidar de los Sheridan más pequeños. Hasta que un oficial de Fort Yellowstone se los había llevado a ella ya los gemelos de su lado, además de los caballos que había ido a comprar para su regimiento.— Si no te hubieras negado a instalar Internet en el rancho, ahora por lo menos podríamos hablar a menudo con ellos —le reprochó Everett.— Por si no te has dado cuenta, es un gasto que no nos podemos permitir.— Eso es porque ni siquiera te has molestado en mirar los papeles con ofertas de tarifa plana que te dejé en el salón.— ¿Y de dónde sacarías el puñetero ordenador? ¿O te vas a conectar Internet al trasero? —Josh estaba empezando a perder los estribos.— Podríamos intercambiarlo por uno de nuestros caballos.— ¡No pienso perder a uno de los caballos por tus caprichos! —estalló—. Además, pasamos casi todo el día fuera, con los animales. ¡¿Cuándo demonios íbamos a utilizarlo?! El rostro de Everett también se había puesto rojo por el enfado.— Pues por las noches, como la mayoría de los usuarios de por aquí. Los dos hermanos se habían ido acercando hasta que sus rostros quedaron muy próximos.— Yo no apostaría por eso —murmuró Josh.— Kelly parecía muy feliz, ¿no creéis? Harry tenía un carácter sereno, que imponía algo de cordura en el temperamento fuerte de Josh y en el impulsivo de Everett cuando era necesario. Dejaron un poco de espacio entre ellos y fijaron la vista

en Harry.—Casi tuvimos que empujarla hasta el altar para que se separara de nosotros. Pero, sí. Opino que ese majadero va a hacerla muy feliz —respondió Everett aregañadientes—. Además, Luke y Will vendrán al rancho en primavera, y lo más seguro es que dentro de poco tengan sobrinos con los que jugar en Yellowstone.

—Tal vez eso sea lo que hace falta aquí, Josh. El aludido miró a Harry sin comprender.—¿Nos hacen falta sobrinos?—No. Que tengas tu propia familia. Hijos escandalosos que devuelvan el ruido al rancho KC.—¡Y una mujer que te rape el pelo! —se mofó Everett. Josh casi se quemó con el cigarro cuando se le escapó de las manos y fue a parar al suelo.—¡No digáis idioteces! —ladró, mientras apagaba la punta encendida con labota para no prender fuego a la casa.—No creo que lo sean. Mírate, Josh —lo pinchó Everett—. Pareces un coyote con greñas, que está aullando a la luna.—Tus paralelismos con animales están empezando a hartarme.—Eso es porque están cerca de la diana.—Piénsalo, Josh —volvió a intervenir Harry—. Puede que ya vaya siendo hora de tener una esposa. Y niños. Por un instante, la imagen de del cuerpo suave de una mujer que descansaba junto a él con un bebé en brazos se dibujó ante sus ojos. A pesar de lo crudo del invierno, el viento Chinook eligió ese momento exacto para soplar su brisa cálida sobre Wyoming, como si arrojara la visión de Josh en un cómodo abrazo. Luego, una ráfaga gélida lo hizo volver a la realidad con un estremecimiento. Tener mujer e hijos no era una opción. Sin embargo, no quería discutir con Harry. Nunca lo trataba con la misma rudeza que a Everett.—Lo importante ahora es que necesitamos provisiones —masculló—. ¿Por qué no vais los dos a Cody y pasáis un par de días allí? Os vendrá bien para despejar esas enormes cabezas llenas de serrín. Yo me encargaré del rancho y de los caballos. Sus dos hermanos se miraron entre sí y asintieron de mala gana. Sabían cuando una batalla estaba perdida.—De todas formas, los tres estamos de acuerdo en que ni una sola mujer del Oeste querría acercarse a ti —lo picó Everett por última vez, antes de apurar el café y entrar en casa. Harry lo siguió, no sin antes lanzarle una mirada especulativa a Josh.—En eso tienes razón, Ev, ni una sola mujer del Oeste...

La carreta en la que viajaban los hermanos Sheridan entró como una exhalación en el pueblo. Aunque Harry no había podido volver a montar desde la lesión en su pierna, todavía conseguía disfrutar de la sensación de la velocidad en pleno rostro gracias a las enloquecidas carreras de Everett, que solo podían hacer cuando Josh no estaba presente para retorcerles el pescuezo. A pesar de que tenía veintiséis años y Everett veintiuno, Harry no podía negar que seguían comportándose como niños. Se sujetó el sombrero a causa del frenazo en seco que dio su hermano al tirar de las riendas cuando llegaron a la altura de la tienda de comestibles, y sus ojos fueron incapaces de apartarse del negocio de dos plantas que se alzaba justo al lado. El letrero, algo torcido, se balanceaba sobre unas cadenas oxidadas y Harry resiguió las letras pintadas en negro sobre la madera con la vista:



Además de un burdel, era el único saloon y cibercafé en kilómetros a la redonda, donde era posible conectarse a Internet en cualquiera de los ordenadores situados a la derecha de la oscura barra de madera del bar por unos cuantos centavos la hora. Aunque solo si se era el más rápido en conseguir sitio. En los últimos meses, se habían producido unos cuantos duelos frente al saloon para resolver quién

había llegado primero o para ajustar cuentas sobre quién se había excedido del tiempo de su sesión. Sin embargo, Harry estaba dispuesto a arriesgarse a encontrar algún pistolero con malas pulgas dentro. Cuando Everett rodeó la carreta y se acercó para ayudarlo a bajar, Harry le tocó el hombro con un amago de sonrisa.—No vamos a entrar en la tienda de comestibles, Ev. He tenido una idea

magnífica... gracias a ti. Se inclinó hacia él para susurrar unas cuantas palabras en su oído. Al escuchar el plan, la expresión de Everett se volvió diabólica y, sin vacilar un ápice, los dos hermanos se acercaron a las puertas batientes del Click Cody Cibersaloon. Nada más entrar en el edificio, los recibió la conocida vaharada a alcohol y tabaco que desprendía cada porción de madera y cada cliente del bar, junto con una música estridente que procedía de un escenario alzado en el fondo izquierdo del saloon. —¡Claro, hoy es martes! Es nuestro día de suerte. —Se alegró Everett por lo bajini. Las chicas del cancan estaban en pleno espectáculo, lo que significaba que los hombres estarían más atentos a su alegre coreografía que a los ordenadores durante un buen rato. Se escabulleron entre las mesas para llegar al codiciado rincón de conexión a Internet, sin poder evitar mirar de reojo a las bailarinas, cuyas piernas se levantaban hasta alturas insospechadas entre volantes de llamativos colores. Encontraron un puesto libre pegado a la pared algo mugrosa y con un mal ángulo hacia el escenario, y se abalanzaron sobre él. Harry se sentó primero y encendió la PC, mientras Everett arrastraba una silla desocupada de una de las mesas donde se jugaba al faro y la colocaba a su lado. En lugar de sentarse, se dirigió a su hermano. —¿Quieres algo de beber? Yo voy a necesitar un buen trago para celebrar este memorable momento. Harry se quitó el sombrero unos segundos para pasarse la mano por los cabellos, rubios como los de todos los hermanos Sheridan. —Tomaré un Mula Skinner. Everett torció el gesto. —Qué manera de desperdiciar un buen whisky por mezclarlo con eso que sería de licor de mora. Harry solo se encogió de hombros. —Yo no tengo el estómago a prueba de fuego como tú. Me gusta rebajarlo. Ev chasqueó los labios y agitó la cabeza con total desgana. —Como prefieras. Iré a por mi bourbon, a por tu brebaje y a pagar la sesión de Internet... ¿Con una hora será suficiente? Harry hizo un rápido cálculo de los pasos a seguir. —Supongo que sí. Es la primera

vez que abro un perfil en una página de citas,

¿sabes? Su hermano soltó una risotada maquiavélica y, sin decir nada más, se encaminó hacia el viejo Moses, el barman, quien pareció encantado con todos los centavos que cambiaron de bolsillo en cuestión de segundos. Luego Everett se acercó de nuevo a Harry con un vaso de un cristal sospechosamente opaco en cada mano y le tendió el suyo antes de sentarse con un suspiro y pasar la manga de la camisa por el borde deslucido.—El viejo Moses me ha dicho que, como derramemos una única gota de nuestras bebidas sobre el teclado, nos agujereará el esternón. Le empieza a fallar el pulso y casi ni ve las manchas en los vasos, pero estaremos muertos solo con que intente dar en el blanco. Harry se rio ante el guiño pícaro de su hermano y dejó su Mula Skinner a una distancia prudencial del ratón después de limpiar también el borde y dar un buen trago.—Bien, vamos allá. Tú mismo dijiste que Josh ha espantado a todas las mujeres de los alrededores, así que esta es la solución perfecta para poner fin a la soltería de ese terco cascarrabias. Tecleó en el buscador las palabras «novia del Este para vaquero del Oeste» y entró en la primera web de la lista que apareció en pantalla. El diseño de la página tenía buen aspecto y contaba con un elevado número de usuarios registrados, así que creó un perfil a nombre de Josh Sheridan presionando unas cuantas teclas más. Everett lo ayudó a responder de forma sugerente a las preguntas que atraerían a posibles esposas desde ciudades tan refinadas como San Luis, Boston o Nueva York. E incluso tuvieron la suerte de que Ev guardase una foto de su malhumorado hermano mayor en el móvil que había comprado aun montañés que solía bajar de las Rocosas a hacer negocios de tanto en tanto con pieles y diversos cachivaches; aunque la mala calidad de la cámara había captado una imagen oscura y algo borrosa de Joshua. Pero tendría que servir. Pidieron prestado un cable a Moses para transferir la foto del móvil al ordenador porque el trasto que había adquirido Everett parecía del siglo pasado y ni siquiera tenía bluetooth

. Cuando no faltaba mucho para que los sesentaminutos llegasen a su fin, alzaron la cabeza del teclado.—Ya está hecho. —Harry le dio un sorbo satisfecho a su bebida sin apartar losojos de la pantalla.— De todas las ideas descabelladas que he secundado en mi vida, y te puedoasegurar que han sido muchas —dijo Everett, antes de hacer una pausa para

imitar a su hermano dando un largo trago al bourbon —, esta se lleva la palma. Harry alzó el vaso hacia él con una enorme sonrisa.—
Brindemos por la futura y elegante novia de Josh... y recemos por que nuestro hermano no nos muela a palos si se entera de que tiene una cuenta abierta en Western Darling.

En Garden House han florecido hermosas violetas: las jóvenes mujeres Townsend, y ellas también se enamoran. Continúa la historia de la familia inglesa Townsend, entrando ya en un nuevo siglo.



Grace, Katy y Amy son las hijas mayores de Violet e Ian. Padres amorosos que han criado a tres mujeres, de carácter distinto entre ellas y únicas. Las hijas de una madre tan especial como Violet tenían que ser absolutamente adorables. Aman, sufren y se enfrentan a la vida con el orgullo de ser unas Townsend. Todo cambia cuando un inesperado enemigo, tan feroz como despiadado, está dispuesto a destruir el mundo que ellas conocen. ¿Podrán unas delicadas violetas hacer frente a alguien tan cruel? Con un formato original y un estilo narrativo fresco, el tipo de lecturas que ofrecen las novelas de esta saga se leen de un tirón. Son historias de amor, pasión y esperanza que brindan a los lectores momentos dulces y entrañables.

Nunila de Mendoza nació en Lima, Perú, el primero de abril de 1973. Está casada, tiene dos hijos y es odontóloga. Escribe desde hace muchos años cuentos y novelas de ficción. Es una apasionada de la literatura inglesa romántica y ha sido finalista en concursos de escritura internacionales.

Edición en formato digital: febrero de 2018 © 2018, Nunila de Mendoza© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. ISBN: 978-84-9069-977-5
Composición digital: Plataforma de conversión digital
www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

CARTAS DESDE LAS TRINCHERAS

[1] Fortificaciones cavadas en el suelo y enfrentadas en las cuales los ejércitos combatientes mantienen líneas estáticas. Llegó a su punto máximo de brutalidad y mortalidad en el Frente Oeste de la Primera Guerra Mundial.

[2] La batalla del Somme de 1916 fue una de las más largas y sangrientas de la Primera Guerra Mundial, con más de un millón de bajas entre ambos bandos.

[3] La batalla de Verdún fue la batalla más larga de la Primera Guerra Mundial y la segunda más sangrienta tras la batalla del Somme.

Índice

[Cuando aman las Townsend](#) [Nota editorial](#) [Primera parte](#) [Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#) [Capítulo 3](#) [Capítulo 4](#) [Capítulo 5](#) [Capítulo 6](#) [Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#) [Cartas desde las trincheras](#) [Segunda parte](#) [Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#) [Capítulo 11](#) [Capítulo 12](#) [Capítulo 13](#) [Capítulo 14](#) [Capítulo](#)
[15](#) [Epílogo](#) [Si te ha gustado esta novela...](#) [Sobre este libro](#) [Sobre](#)
[Nunila de Mendoza](#) [Créditos](#)